

HEBE T. MAGUIRE

LA
VOCACION
DA
TRABAJO



**Los secretos de la elección vocacional
en un lenguaje comprensible y directo**

En la orientación vocacional pude encontrar a Hebe, que me guió en el recorrido de desentrañar, de la madeja de tantos intereses que uno tiene a los 17 años, aquello que uno quiere (¡y puede!) ponerse a aprender en serio, y en lo que quiere abocarse a pensar por un largo tiempo. Pero también recuerdo, ya en la recta final, cuando dudaba de mi propia elección, la tranquilidad que me dio cuando me dijo: “Igual siempre podés cambiar.” Y hoy, tantos años después, pienso que si tuviera que volver a elegir lo haría exactamente igual.

Laura Zarebsky (bióloga)

A los dieciocho años me vinieron con que ya podía manejar, votar e ir preso. Yo me sentía un niño, y la idea de decidir qué hacer con mi vida me llenaba de terror. Tenía un problema raro: me gustaba casi todo. Veía un futuro de felicidad posible en las ciencias, en las artes y en las humanidades. En unos pocos encuentros Hebe resolvió el problema de manera genial: “Probá con las artes combinadas”. A veinte años de aquello, vivo feliz haciendo cine y teatro. No sé qué hubiera sido de mí de no haber aparecido Hebe. Sé que agradezco el habérmela cruzado.

Agustín Mendilaharsu (cineasta y teatrista independiente)

Yo tenía clara mi vocación artística, pero eran tantas las cosas que me gustaban que no lograba distinguir con precisión si ser músico, actor, escritor... Hebe no sólo me ayudó a aclarar y ordenar mis prioridades, sino que también me dio las herramientas para emprender el camino. Ahora, en la mitad del recorrido, recuerdo esos encuentros con cariño y gratitud.

Joaquín Bonet (director y guionista)

Desde mi experiencia personal, la Orientación Vocacional fue un proceso que me permitió verdaderamente elegir un futuro. Esto incluyó no sólo elegir una carrera, sino elegir un proyecto personal. Me planteé qué quería para mi vida y cómo podía darle sentido a la misma, en aquel momento en que la decisión estaba por primera vez en mis manos... Y esto implicó conocerme (mis gustos/rechazos, habilidades/limitaciones, ganas, posibilidades, deseos, etc.) y conocer la realidad. Como también implicó despojarme de toda influencia (positiva o negativa) del ambiente, presiones y expectativas, para que esa elección fuera verdaderamente libre y propia. Me enseñó a tomar una decisión no sólo para ese momento, sino para todas las futuras. Lo más importante fue poder hacer ese proceso acompañada por una experta en esto, que me guió de su mano: Hebe.

Eugenia López (psicóloga)

Acerca de este libro

Las complejas características que hacen al trabajo y la educación en la actualidad han vuelto mucho más difícil lo relativo a la elección vocacional. La presente obra explora, en un lenguaje sencillo y directo, aquello que resulta impostergable conocer para arribar a una buena decisión vocacional. Para ello se analizan las habilidades, los intereses y las emociones de quienes eligen y también de sus familias, además de las inquietantes condiciones de un mundo que se encuentra en permanente transformación.

La obra consta de tres partes bien diferenciadas, acorde a la idea central del libro, según la cual la decisión vocacional es fruto de la armonía de tres factores distintos: la persona que elige, su núcleo familiar y la sociedad que se aspira integrar a través de la fuerza productiva. A lo largo de los distintos capítulos se analizan las preferencias, habilidades, recursos intelectuales y modelos laborales de las familias de origen y las condiciones de producción del conocimiento y del trabajo, en un contexto en acelerado cambio y expansión.

Se trata de una guía indispensable para adolescentes y educadores, que brinda también conocimientos que ayudarán a psicólogos y psicopedagogos que trabajen en orientación vocacional.

Acerca de la autora



Hebe T. Maguire es Licenciada en Psicología (UBA) y especialista en Orientación Vocacional, área en la cual es una reconocida autoridad. Su experiencia docente en escuelas primarias, secundarias, institutos terciarios y universidades nacionales y privadas, se articula con su experiencia como orientadora y con una intensa práctica privada de la psicología en consultorio por más de treinta años, privilegiando siempre la búsqueda del bienestar psíquico con un acento especial en la satisfacción vocacional.

Este libro condensa los ya más de treinta años de experiencia que lleva la autora orientando vocacionalmente a sus consultores, en particular a los jóvenes en la elección de sus carreras profesionales. Antiguos orientados regresan hoy a su consulta acercando a sus propios hijos, convencidos de que una realización laboral satisfactoria constituye, junto con el amor, la mejor base para una adultez plena.

Maguire, Hebe T.
La vocación da trabajo.

© 2012. Hebe Maguire, para todos los países.
Copyright © 2012 by Hebe Maguire.
All rights reserved for all countries.

Diseño de tapa: Silvina Pérez Pícaro

Dibujos: Blas Castagna

Diagramación: Germán Serain

Revisión y edición: Germán A. Serain, 2015

ISBN: 978-987-33-8640-4

La vocación da trabajo

Hebe T. Maguire



Queda expresamente prohibida cualquier modificación de la presente obra, como así también su reproducción total o parcial sin autorización escrita de la autora y propietaria de todos los derechos intelectuales. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual y pasible de ser sancionada. Se autoriza la libre distribución de la obra en forma de archivo digital sin alteraciones.

*Dirección General de Derechos de Autor:
Depósito de obra realizado en enero 2012, expediente N° 4990007.*

Prólogo

Cuando la gente se saluda suele preguntar: ¿Qué hacés? ¿Cómo estás?... Hacer algo y estar bien o mal parecen ser dimensiones que tienden a equipararse, a tener un valor similar ante nuestra mirada.

Es que el trabajo tiene una enorme importancia en la vida e incluso puede llegar a definir la identidad de cada uno de nosotros.

Quiénes somos y qué hacemos son dos aspectos que se encuentran tan incorporados en nuestro pensamiento que al hablar de alguna persona decimos, por ejemplo, que “es” arquitecto, abogado o médico, otorgándole así al trabajo que realiza esa persona una condición que en apariencia sería esencial a su ser.

Y esto no deja de ser cierto, pues se trabaja no sólo por razones económicas, vale decir para cubrir las necesidades básicas y dar lugar a otras satisfacciones materiales, sino también para *ser y trascender*. Se trasciende a través de las obras que uno deja.

El hombre es, entre todas las criaturas que pueblan este planeta, el único ser que al morir deja patentizada en obras la huella de su paso por la tierra: catedrales, barcos, acueductos, códigos, melodías, vacunas, carreteras, trenes, esculturas... todo ello da prueba de un deseo insaciable que nunca se conforma, que siempre quiere más.

Ya en el principio de los tiempos los hombres descubrieron el sentido del trabajo. Desafiando la ira de los dioses, atraparon el fuego. Después develaron el secreto de la semilla, aprendieron a hilar la lana, a atesorar la información y, venciendo terrores ancestrales, fueron poco a poco doblegando la naturaleza. Así se adueñaron de la tierra, creyendo –equivocadamente– que ella estaba a su servicio.

Por eso muchas veces –demasiadas veces– el hombre, a la manera del *aprendiz de brujo*, ha sido destructivo con esa naturaleza. Sin embargo, esto tampoco lo detuvo. Sólo que ahora tiene un nuevo trabajo: el de reparar lo que antes hizo mal, de componer lo que él mismo ha dañado.

Por donde miremos se ven las señales del *Homo faber* (el hombre que hace o fabrica). *Homo faber* es también el hombre que destina una enorme porción de su vida al trabajo. El hombre que necesita permanentemente estar activo.

“Plantar un árbol, tener un hijo, escribir un libro”, parece ser la síntesis de una vida *realizada*, la mejor manera de enfrentar la muerte inexorable, la prueba de que no hemos existido en vano. Sin embargo, la relación del ser humano con el trabajo es contradictoria. Por un lado

idealiza la vida de holganza, sin obligaciones. Y por otro, cuando consigue vivir sin trabajar, extraña sus tareas y no puede estar sin ellas.

No se concibe la vida sin el trabajo. Por eso, en el pasaje hacia la juventud, los chicos se preguntan: ¿Qué voy a hacer? ¿Quién voy a ser?

Pero no todos tienen la posibilidad de formularse estas preguntas. No todos pueden elegir. Solo una parte de la población mundial dispone del privilegio de poder decidir cuál será su trabajo. Solo una pequeña proporción de gente se ve favorecida por la chance de reflexionar a los fines de optar por aquellas labores que le resulten más gratificantes, o para las cuales se sienta mejor preparada. Sin embargo, en estos afortunados brotan los interrogantes:

*¿Y si me equivoco?... ¿Tendré trabajo o seré un fracasado?
¿Cómo puedo estar seguro de estar eligiendo bien y evitar las dudas?
Si después me arrepiento de mi elección, ¿qué haré?*

Es en este espacio en el cual flotan tantas preguntas, que en definitiva llenan de angustia y que la mayor parte de las veces carecen de una respuesta precisa, donde surge la necesidad de la orientación vocacional. Ella intenta contestar algunos de esos interrogantes, ayudando con sus herramientas específicas a que cada persona descubra cuál es la labor que le resulta más placentera y adecuada.

Pero orientar a alguien no es una tarea fácil, ni tampoco es *arte de magia*. Estamos hablando de un trabajo serio, en el cual no se puede improvisar, donde no alcanza con la *buena voluntad*. A medida que la realidad laboral se complejiza, también la orientación se torna más compleja. Por eso el profesional requiere, cada vez más, una cantidad de información mayor y permanentemente actualizada.

¿A quién se dirige este libro?

La serie de temas que aquí se enuncian pretende constituir un aporte positivo para el tema de la orientación vocacional y su complejidad cada vez mayor. Si esta obra logra funcionar como un eficaz disparador del pensamiento creativo de quienes la lean, habré de sentir que mi intención al escribirla se ha cumplido.

Este libro no apunta a especialistas en el tema. En nuestro medio, desde hace mucho tiempo se desempeñan profesionales sumamente capacitados, de los cuales he aprendido muchísimo y a quienes estoy profundamente agradecida. Si en algo este trabajo puede aportar al

conocimiento teórico de la orientación vocacional y retribuir, en alguna medida, esos valiosos conocimientos recibidos por mí, me sentiré ciertamente muy honrada.

Pero el objetivo primordial de esta obra es llegar a aquellas personas, sean o no adolescentes (pues es posible elegir –o volver a elegir– en cualquier momento de la vida), que se encuentren enfrentadas a una opción vocacional. Confío también que padres o profesores, en el caso de los más jóvenes, puedan encontrar en estas páginas aportes que les resulten de utilidad.

Debo adelantar que no se ofrecerán aquí recetas, fórmulas mágicas ni tests de maravillosa eficacia, simplemente porque nada de eso existe. Orientarse es un trabajo profundo y serio. Es un desafío que debemos enfrentar con todos los recursos disponibles a nuestro alcance. Y entre los medios con los cuales contamos nuestra capacidad de reflexión ha de ocupar un lugar prioritario.

En las poéticas palabras de Antoine de Saint Exupery encontramos la mejor de las definiciones para incluir en este prólogo:

“Conoces lo que tu vocación pesa en ti. Y si la traicionas, es a ti a quien desfiguras; pero sabes que tu verdad se hará lentamente, porque es nacimiento de árbol y no hallazgo de una fórmula.”

(Antoine de Saint Exupery, *Tierra de hombres*)

Agradezco

...a todas las personas que me brindaron su ayuda, comprensión y tolerancia para la realización de este proyecto: a mi esposo e hijos por su constante estímulo, a mis amigos por su apoyo moral, a mis profesores y colegas por sus generosas enseñanzas, a los consultantes -de quienes permanentemente he aprendido y seguiré aprendiendo- y muy especialmente a sus padres que me honraron con su confianza y me entregaron lo mejor que ellos tenían: sus propios hijos, para que los orientara.

Quiero agradecer especialmente a mi amigo, el artista plástico Blas Castagna, por los hermosos dibujos de su autoría que acompañan la presentación de las tres partes de este libro.

Debo agregar, con mucho orgullo, que el *Árbol Genealógico Profesional* que se encuentra en el Capítulo 1 de la Segunda Parte, *Factores familiares*, fue realizado por un antiguo orientado: Andrés Mendilaharsu, a quien también agradezco muy especialmente.

Las tapas del libro son obra de Silvina Pérez Pícaro, quien supo interpretar con inteligencia y profundo conocimiento del tema el espíritu de esta obra.

Aclaración final.

Por último debo señalar que los nombres, las profesiones elegidas y las circunstancias de los ejemplos citados en esta obra han sido deliberadamente distorsionados, de tal manera que la privacidad de las personas implicadas no se ha visto afectada. Simplemente constituyen ejemplos de posibles intervenciones en Orientación Vocacional y sirven a los efectos de ilustrar los puntos teóricos.

Introducción

Orientación Vocacional.

Factores que intervienen en la decisión y división de la obra.

Después del secundario.

Cada año, muchísimos chicos y chicas egresan de las escuelas secundarias con sus flamantes certificados de estudios bajo el brazo y enfrentan una decisión fundamental: con dudas o sin ellas, deben elegir qué hacer de su futuro.

Muchos eligen estudiar. En Argentina, por ejemplo, cada año ingresan al sistema universitario alrededor de 375.000 nuevos estudiantes.

Evidentemente, la proporción de adolescentes que resuelven emprender estudios superiores es crecida. Sin embargo, considerada en proporción al número de ingresantes, la cantidad de egresados es muy baja. En el año 2008, por ejemplo, solo se graduaron 65.581 estudiantes.

Esta es la evidencia de un nivel de deserción muy significativo, que marca un desfase importante entre los niveles de ingreso y egreso en los estudios terciarios o universitarios.

¿Qué le pasó a Felipe, que había comenzado con tanto entusiasmo su carrera y que hoy, habiendo abandonado ya el CBC (*Ciclo Básico Común*, que constituye el primer año de estudios en la Universidad de Buenos Aires) no sabe qué hacer con su vida?

Y como a él ¿qué les pasa a tantos otros chicos en el camino? ¿Por qué entre el primer y segundo año de los estudios se registra un 60% de abandonos? ¿Por qué fracasan tantas ilusiones personales y familiares, al mismo tiempo que pierde la nación valiosos recursos económicos y humanos?

¿Cuánto le cuesta a un país como el nuestro cada fracaso universitario? La Argentina, que necesita todavía desarrollarse, no puede permitirse un despilfarro semejante, al cual hay que sumar además el éxodo de profesionales ya formados.

Si bien las deserciones, los cambios de carrera o los estancamientos crónicos pueden deberse a veces a factores personales, no podemos negar que existe un problema complejo que no puede agotarse, encarado con seriedad, en el análisis de las problemáticas individuales.

Trataremos entonces de ver cuáles pueden ser las causas del fenómeno de la deserción. Pero para ello deberemos tener en cuenta ciertos hechos.

Hablemos de la orientación vocacional.

La elección de una carrera no es un mero hecho individual. No se elige una actividad o profesión en el vacío. La sociedad es la que ofrece o no opciones a aquel que aspira a incorporarse a ella con su fuerza productiva.

Vivimos en un contexto geográfico e histórico determinado: como en todo país, como en toda época, las pautas culturales, sociopolíticas y económicas no pueden dejar de influir en sus habitantes. Estas pautas, tanto como los factores personales, condicionan el campo de la elección vocacional.

Asimismo, factores familiares ayudan a determinar el campo de la elección: anhelos, expectativas, ideales del entorno familiar tienen también un peso indiscutible en el área vocacional.

Por eso la orientación vocacional no puede estar ajena a estos factores y, aunque hunda profundas raíces en la psicología y la pedagogía, necesita nutrirse también con los aportes y el auxilio que le brindan otras disciplinas: la sociología, la política, la economía o la antropología, que pueden agregar mucho a su quehacer.

La orientación vocacional se erige así en una transdisciplina que apunta a tres aspectos implícitos y articulados en toda elección vocacional: el individuo, la familia y la sociedad.

La orientación vocacional no es mágica.

Aunque pueda resultar obvio hacer referencia a las ventajas de la orientación vocacional, diremos, en primer lugar, que ella permite el ahorro de esfuerzos de todo tipo: de tiempo, de dinero, de energías, de ilusiones.

Dado su carácter preventivo, evita también futuras frustraciones por errores cometidos en la decisión vocacional, y aumenta y sostiene la auto-confianza laboral de la persona satisfecha con lo que hace.

No menos importante, merced a ella se puede lograr mayor placer y alegría en las labores que se realicen. Las personas debemos vivir lo mejor posible. Pasaremos trabajando durante una enorme cantidad de

horas de nuestra existencia. Hacerlo con plenitud y satisfacción no sólo mejorará la tan mentada calidad de vida sino que será, en relación a esas tareas, la mejor fuente de éxito y eficacia.

La orientación vocacional es necesaria, pero no es una herramienta mágica ni fácil de aplicar. A medida que la realidad se complejiza, también ella se vuelve más compleja y exige de sus instructores un adecuado y permanente entrenamiento.

En este campo la buena voluntad no alcanza. La tarea de la orientación debe de estar en manos idóneas pues es una labor muy seria. Ella compromete el futuro de una persona por muchísimo tiempo. Un joven de dieciocho años, por ejemplo, enfrenta unos cincuenta años de actividad futura. Si ella es fecunda, su efecto benéfico se hará sentir en el propio interesado, en su entorno familiar y en la sociedad en su conjunto.

La orientación vocacional no es infalible.

No debemos idealizar la orientación vocacional. No se trata de una panacea ni es un recurso infalible. Primero, porque los frutos de su acción se verán en el futuro y nadie puede prever las circunstancias particulares y generales que atravesará un individuo, el país o el sufrido planeta que habitamos.

La orientación vocacional es una tarea preventiva y, por lo tanto, como sucede con cualquier otra actividad de la misma índole, es imposible saber qué hubiese ocurrido de no haberse llevado a cabo. ¿Acaso podemos decir cuántos niños hubiesen enfermado de sarampión si no se hubieran aplicado la vacuna?

Todo buen trabajo de orientación vocacional implica una coexistencia pacífica con un razonable manto de duda que puede quedar tras una elección. Nadie, excepto tal vez unos pocos afortunados, ama ciento por ciento la actividad laboral que realiza.

La orientación vocacional no es “soñada”.

Los seres humanos tenemos, por lo general, un mosaico de intereses. Frente a ellos, es preciso discriminar cuáles son los más importantes y elegir en función de esa distinción el trabajo que se hará a futuro. A veces se pueden sumar, en una misma elección, dos preferencias distintas. Por ejemplo, una persona que ama las matemáticas y la música, integra en la elección de ingeniería de sonido ambos intereses.

En otras ocasiones, la integración no es posible y esos intereses descartados permanecen en la categoría de *hobbies* o pasatiempos. Así, puede que Matías, aquel chico al que le gustaban la música y las ciencias económicas, elija esta última como su profesión en la vida y espere el sábado para tocar la guitarra con sus amigos en una banda; o bien que Antonio, ya jubilado, se permita una nueva elección vocacional que será ejercida en años de su tercera edad, hoy cada vez más prolongada.

Cuando los intereses son numerosos la orientación vocacional puede ayudar a renunciar, con resignación, algunos de ellos. Esto no es fácil, pues implica abandonar fantasías que vienen de muy lejos, tal vez de la infancia. El niño decía: “Yo quiero ser bombero, corredor de autos y veterinario.” Un necesario paso hacia la adultez supone aceptar que hacer todo no es posible. Sin embargo, toda renuncia resulta difícil y acarrea cierta cuota de dolor.

La orientación vocacional no es única.

Es preciso que sepamos que esta opción vocacional no es la primera ni será la última de las elecciones que una persona ha de realizar. El adolescente ya ha elegido en ocasiones anteriores: estudiar un idioma, practicar un deporte, alguna orientación dentro de la escuela secundaria, algún quehacer artístico. Y lo mismo le sucederá en el futuro. La historia laboral de cualquier adulto *realizado* muestra cómo ha debido enfrentarse a sucesivas opciones.

Veamos un caso corriente: a partir de su decisión de estudiar la carrera de medicina, el Dr. Pérez ha ido estableciendo distintos ajustes. La especialidad primero: decidió seguir ginecología, por ejemplo, para luego dedicarse, dentro del área, al tema específico de la esterilidad, para luego centrarse en particular en el uso de determinados métodos de fertilización.

Todos esos pasos profesionales fueron fruto de sucesivas elecciones, pues todo conocimiento, a medida que se amplía, se profundiza y se focaliza.

Inexorablemente, entonces, todo profesional recorrerá un camino que lo llevará a sucesivas determinaciones vocacionales.

De todos modos, si bien la orientación vocacional a la cual nos venimos refiriendo aquí no es la primera ni será la última, es sí una decisión central que da sentido e integra elecciones anteriores y condiciona las que vendrán después.

Las carreras no son “cintas transportadoras”.

Efectivamente, las carreras son un punto de partida y abren un abanico de posibilidades. Nunca constituyen –como muchos creen– una suerte de camino común que conducirá a todos a un mismo lugar. No marchan todos los arquitectos a construir casas solamente, ni todos los psicólogos se dedican al consultorio, ni todos los abogados trabajan en los tribunales.

La imagen que podemos hacernos de esta decisión central es la de ingresar en una ancha autopista, de varios carriles, que iremos recorriendo durante tramos para desembocar, tras numerosos y sucesivos desvíos, en el pequeño camino que ha de constituir nuestro sendero personal. Un sendero personal que, como en el caso del Dr. Pérez, es el espacio de actividad en el cual, hoy ya próximo a su retiro, finalmente se lo encuentra instalado.

La elección no es súbita.

No hay elecciones súbitas, a pesar de que así pueda a veces parecerlo. Existen, esto es cierto, algunos afortunados que saben desde siempre lo que desean hacer, pero son muy pocos y no pasan del 10% de los casos.

De todas maneras, ya se trate de una elección súbita o bien dilatada en el tiempo, ella siempre se produce tras un previo trabajo de reflexión de carácter consciente o inconsciente. Vale decir que todo trabajo de decisión combina altas dosis de pensamiento analítico, que deben coexistir con el descubrimiento de las emociones que puedan entrar en juego en cada caso, confundiendo eventualmente nuestros pensamientos.

No engañarse con la palabra vocación.

¡No! Aunque el término provenga etimológicamente del sustantivo latino *vocatio*, que significa llamado, no es realmente la vocación la respuesta a ningún llamado de los dioses ni de nadie. Si fuera un llamado supondría la existencia de un elemento omnisapiente exterior al sujeto. Un poder ejercido por un otro que está afuera de él y que es

jerárquicamente superior. Un ser omnisapiente capaz de conocer lo que a uno le conviene y le gusta.

El origen de la idea de vocación como llamado proviene de una concepción romántica de las cosas y nos habla de un súbito arrebatador inspirador. Pareciera que las musas descienden sobre el elegido y éste, en vez de escribir o componer –como en el caso de la creación artística– elige su destino.

Esta concepción puede resultar riesgosa, ya que coloca a la persona interesada en elegir su futuro quehacer en un lugar pasivo, en el rol de quien debería limitarse a esperar, a veces con terrible ansiedad, a que se produzca esa convocatoria, sin ninguna intervención de su parte.

Esta idea se contrapone a la realidad de la Orientación Vocacional, que es una investigación metódica de las habilidades, intereses, obstáculos emocionales, aspiraciones familiares y sociales que se debe realizar para llegar a una elección exitosa. Se trata, en suma, de una verdadera y laboriosa construcción.

Pero veamos entonces qué sucede cuando nos preguntamos por el segundo término de la expresión *orientación vocacional*.

Aquí nos encontramos con una paradoja o contrasentido. En efecto, si la idea de *vocatio* presupone esperar pasivamente un llamado, ¿cómo es posible encaminar a alguien hacia él?

Detenerse en este punto es importante, pues el significado que anida en los términos puede despertar expectativas que luego no han de satisfacerse. Si una persona espera simplemente a ser llamado, es un sujeto pasivo. Parece entonces creer que otro, en este caso el orientador, ha de desempeñar el rol activo, revelándole al consultante qué debería hacer o estudiar.

Las más de las veces el orientador es una persona, pero en estos tiempos cibernéticos también podría ser una computadora. En un capítulo de la exitosa serie “Los Simpson” se parodiaban métodos masivos de orientación vocacional electrónica. Allí uno de los personajes, un chico a punto de egresar del colegio, antes de retirar su resultado eleva una plegaria, diciendo: “¡Oh, Dios, que me salga computación!”, y da saltos de alegría cuando en efecto esa es la indicación. Uno entonces se pregunta: si ese era su deseo, ¿para qué le hacía falta una respuesta de la máquina?

Lo cierto es que, más allá de toda broma, tal vez le hacía falta porque la elección vocacional es una apuesta muy importante y él no confiaba en sí mismo, en su propio criterio. Aquí vemos un claro ejemplo del efecto de las emociones en la elección vocacional. La falta de

confianza en el propio juicio le hace esperar al consultante la confirmación exterior. Solo si ella se produce adquiere validez su propio deseo.

El tema es muy importante porque la elección vocacional toca dos aspectos esenciales para el ser humano: el de la libertad y el de la responsabilidad.

Toda elección da miedo, hay temor a equivocarse y por eso parece preferible dejar la decisión en otras manos. Pero relegar la propia opción supone, sin embargo, renunciar a la libertad y esto supone exponerse a posibles penosas consecuencias.

Surge entonces la pregunta acerca del rol del orientador.

Su papel es el de un buen acompañante que, cauto en sus palabras, sabe de los riesgos que supone una opinión apresurada. Respetuoso de los tiempos y los deseos del consultante, su función es la de facilitar, mediante técnicas específicas, el logro de una identidad ocupacional adulta.

Para ejemplificar lo que estamos diciendo vale la metáfora del jardinero. Consultante y orientador penetran juntos en un jardín exuberante, lleno de plantas y hierbas que crecen desordenadamente, donde es preciso abrir un sendero. El acompañante ilumina cuando la luz es escasa, presta herramientas cuando son necesarias, aguarda pacientemente cuando el otro se las arregla solo y lo despide alborozado cuando encuentra la salida.

Definición de la tarea.

¿Cómo llamar a esta tarea? ¿Orientación vocacional, orientación ocupacional u orientación profesional?

No se trata de una simple cuestión de palabras. La extensión que cada uno de estas expresiones implica es diferente. Cuando hablamos de *orientación profesional* está implícito en la denominación que quien desea elegir ha de hacerlo dentro de una opción de carreras (profesiones).

Si, por lo contrario, nos referimos a *orientación ocupacional*, el objetivo de nuestro trabajo será el logro de una identidad de trabajo, que tanto puede ser una profesión o una actividad que no requiera estudios.

Inclinarnos por una u otra denominación encierra toda una definición de la tarea de orientar. Puede llegar a mostrar también un prejuicio frente al tema. La elección de una carrera –es decir de estudios superiores– parecería ser de mejor rango que la decisión de trabajar, y merecer acaso un análisis más exhaustivo de las opciones posibles.

Se trata de elegir la “propia aventura”.

¿Quién puede con certeza afirmar que la única oportunidad de hacer una labor gratificante resulta de estudiar sistemáticamente para ello? ¿Y por qué la alternativa de trabajar debería aparecer como tal solo cuando se descarta el estudio o se ha fracasado en él?

Producir cosas, instalar un comercio, emprender una actividad agropecuaria, artística o de servicios, pueden y deben ser opciones potables junto con aquéllas que requieran estudios sistemáticos. No pueden ser consideradas opciones menores ni ser planteadas como alternativas “*porque no hay más remedio*” ni mucho menos bajo el argumento de que “*no le da la cabeza*”.

Por lo que venimos diciendo, un trabajo de orientación bien hecho requiere de un proceso durante el cual el instructor ha de acompañar los paulatinos descubrimientos de quien finalmente llevará a cabo su elección.

Factores en la elección y división de la obra.

Elegir es un proceso que reconoce la presencia de numerosos factores que deben ser tenidos en cuenta. Pero hay tres factores fundamentales que interactúan a lo largo de todo proceso de orientación vocacional.

En primer lugar, *la personalidad* de quien consulta. Sus gustos y preferencias por un lado y sus habilidades por otro, que pueden o no ser coincidentes. Así, a una persona que posee una muy buena voz pueden no gustarle los estudios de música, y una persona con defectos en su visión puede anhelar manejar aviones. El análisis de la personalidad incluye también el reconocimiento de las barreras emocionales que en esa persona puedan estar interfiriendo con su libertad de elección. Temores, dudas, ambivalencia, depresión, crisis momentáneas, se convierten en obstáculos que deben ser removidos para que el proceso llegue a un feliz término.

En segundo término, *las influencias familiares* son otro ítem a considerar. Quien elige es, por lo general, muy joven y suele convivir con su familia. Ella no puede permanecer ajena a esta importante cuestión. Por lo común los padres procuran conscientemente no interferir en las decisiones filiales, pero ello es imposible. Los hijos reciben la influencia de su entorno: las ocupaciones desempeñadas por sus parientes tanto como las opiniones, prejuicios o juicios de valor provenientes de la

ideología familiar. No es malo que ello ocurra ni es preciso cambiar los parámetros, pero sí es necesario que se reconozcan esas influencias para evitar que interfieran en el proceso.

Finalmente, debe considerarse *la necesidad de una información objetiva y veraz*. En Argentina, por ejemplo, carecemos de estadísticas sistematizadas, sobre empleos, ocupación, desocupación o subocupación, distribución profesional y necesidades nacionales o regionales. Ello da origen a una serie de mitos acerca del trabajo y las profesiones, que no siempre responden a la realidad. Por otra parte, nadie puede elegir lo que no conoce, por lo cual se vuelve indispensable contar con información precisa y actualizada sobre las carreras y casas de estudio, estatales y privadas, y de sus respectivas concepciones educativas.

No se nos escapa que el trabajo descrito en este tercer punto intenta suplir la carencia de una política de planeamiento vocacional como el que de hecho existe en otros países.

*¿En todo el país sobran médicos? ¿O hay lugares donde son precisos?
¿Es cierto que faltan ingenieros en hidráulica?
¿Servirán estas nuevas carreras?*

En este aspecto nuestro trabajo de orientadores vocacionales tiende a cubrir, aunque sea a medias, una carencia que deviene de la falta de una política de planificación global. La verdadera riqueza de un país es la educación. La planificación en el área educativa es una necesidad impostergable de la nación.

El principal recurso de un país no son ni sus campos fértiles ni sus ríos caudalosos, sino sus habitantes. De sus capacidades y conocimientos dependerá la posibilidad de generar, conservar e incrementar el capital provisto por la naturaleza.

Algunos países árabes, por ejemplo, a pesar de la riqueza derivada de los altos precios del petróleo, no lograron salir del subdesarrollo porque no educaron a su gente, demostrando con ello la vigencia de aquella frase que todos alguna vez escuchamos: “La mejor herencia es una buena educación.”

Ya lo había dicho Sarmiento, en cuya época sí existía una política educativa a largo plazo (aunque centrada en la educación primaria):

“El poder, la riqueza y la fuerza de una nación dependen de la capacidad industrial, moral e intelectual de los individuos que la componen.”

(Domingo Faustino Sarmiento, La educación popular.)

Bibliografía

- **Bohovslavsky, Rodolfo:** *Orientación vocacional. La estrategia clínica.* Granica, Buenos Aires, 1971.
- **Casullo, Martina y otros:** *Proyecto de vida y decisión vocacional.* Editorial Paidós, Buenos Aires, 1994.
- **Diario La Nación:** *Pocos se gradúan.* 24 de febrero de 2011.
- **Ferrari, Lidia:** *Cómo elegir una carrera.* Ed. Planeta, Buenos Aires, 1995.
- **Gavilán, M. Chá, T. & Quiles, C.:** *Campo interdisciplinario y orientación.* Universidad Nacional de La Plata, 2003.
- **Grimberg, León y Rebeca:** *Identidad y cambio.* Editorial Paidós, 1971.
- **López Bonelli, Angela:** *La orientación vocacional como proyecto.* Editorial El Ateneo, 1989.
- **Mignoni de Faletty, Raquel:** *Orientación vocacional. Enfoque integrado de la orientación educacional, vocacional y ocupacional.* Bonum, Buenos Aires, 1993.
- **Ministerio de Educación de la Nación:** *Estadísticas Universitarias.* Anuario 2008.
- **Müller, Marina:** *Orientación Vocacional.* Miño y Dávila Editores, Buenos Aires, 1986
- **Müller, Marina:** *Orientar para un mundo en transformación.* Buenos Aires, Bonum, segunda edición, setiembre de 2007.
- **Naciones Unidas:** *Informe para el desarrollo humano.* 2010.
- **Perspectivas.** Revista Trimestral de la UNESCO. Vol. XIX, número 1, 1989.
- **Romm, Erich:** *Tener o ser.* Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1990.
- **Sarmiento, Domingo F.:** *La educación popular.* Obras completas en edición digital. www.proyectosarmiento.com.ar/proyecto.htm. Pág. 14.
- **Smelser, Neil, Ericsson, Eric:** *Trabajo y amor en la vida adulta.* Ediciones Grijalbo, España, 1982.
- **Sorman, G.:** *Los verdaderos pensadores del siglo XX.* Ed. Atlántida, Buenos Aires, 1989.
- **Swedish Agency for Growth Policy Analysis.** www.tillvaxtanalys.se/en/index.html?locale=en_US&
- **Watts, A.G.:** *Orientación vocacional: Una perspectiva internacional. Orientación y sociedad.* [online]. 1999, Vol. 1, pp. 197-216. ISSN 1851-8893.

Intentando descubrir la vocación

El trabajo. Escalas en el camino de la elección. Condicionantes y limitaciones de la decisión. Equilibrio de factores y elección saludable. El caso de Laura.

La búsqueda.

Mercedes es una adolescente. Está en quinto año del bachillerato. Últimamente está preocupada pues no sabe qué quiere hacer al terminar la escuela secundaria.

Malena es una chica de veintidós años. Está cursando el Ciclo Básico Universitario para Odontología. Es la segunda vez que empieza una carrera y ahora, nuevamente, se siente insegura con la elección. Se pregunta angustiada si se habrá vuelto a equivocar.

Edgardo tiene cuarenta y tres años. Trabaja desde los veinte en la misma empresa, pero hace un tiempo empezó a sentirse muy insatisfecho con lo que hace. No lo atribuye a su situación económica. No gana mal, su mujer trabaja y tienen un solo hijo adolescente. El dinero les alcanza, pero Edgardo quisiera cambiar de actividad.

Amalia tiene cincuenta y ocho años. Está casada y tiene tres hijos, casados también. Amalia cuida su casa, espera a su marido, visita a sus hijos y nietos. Sin embargo, quiere hacer algo para sí misma y por sí misma. Le gustaría encontrar una actividad útil y agradable donde poner sus energías.

Roberto está jubilado. Es un hombre sano y activo. Sale a caminar, juega al tenis, pero se siente perdido sin un trabajo. Desea realizar alguna actividad interesante.

¿Qué tienen en común todas estas personas? Todas ellas están preocupadas por su quehacer. Quieren realizar un trabajo útil y placentero. Pero ninguno sabe con certeza cuál sea esa tarea y necesitan saberlo. Preocupadas por poder identificar cuál es esa actividad, están buscando lo que en nuestra cultura hemos acordado en llamar *vocación*.

Transformación de la realidad mediante el trabajo.

Las personas no sólo trabajan para subsistir. En la inquietante condición humana está implícita la necesidad de transformar la realidad circundante a través del trabajo. Esa capacidad transformadora de la realidad ha estado siempre presente en el largo camino recorrido por el hombre durante su evolución.

El pulgar enfrentado al resto de los dedos, que diferencia la mano humana de la del resto de los primates, permitió al hombre la construcción de las primeras herramientas. Así nació el trabajo.

Antiguas puntas de flechas, cuchillos toscos, vasijas, pedernales, muestran los esfuerzos que realizaron nuestros lejanos antepasados para fabricar objetos útiles.

A aquellos trabajos, en un comienzo simples y primitivos, sucedieron otros cada vez más complejos. El surgimiento del cálculo y la escritura hizo que los hombres pudieran trascender las experiencias concretas. La capacidad de registro permitió que la información se acopiase, se trasmitiese y se perfeccionase. De este modo se llegó a mayores niveles de abstracción.

Tras miles de años dedicados a labores de todo tipo, los trabajos se vuelven cada vez más diversos y complejos. La gama de actividades humanas se extiende enormemente: la gente construye, comercia, guerrea, enseña, reza a sus dioses, cura a sus enfermos, redacta códigos, escribe versos o estudia las estrellas.

Pero, ¿por qué a algunos les gusta escribir versos y a otros construir casas o curar a la gente?

Porque esas personas tienen ese fuerte interés por determinadas tareas que hemos acordado en llamar vocación. Esos poetas, esos constructores, esos médicos sienten placer al realizar esas labores. Cuando logran el poema, ven la casa terminada o curan al enfermo, se sienten plenamente satisfechos. Su conducta ha tenido un sentido, ha servido para hacer algo que tiene una existencia fuera de ellos. Mediante su actividad han logrado trascender de sí mismos.

Ese placer no sólo aparece ante la obra terminada, ya se trate de una mesa de pino o de un tratado de matemáticas, sino que acompaña todo el desarrollo del trabajo que, si bien sirve para cubrir las necesidades propias o de la familia, también constituye (o debería constituir) una fuente de satisfacción profunda.

Si, en cambio, uno no hace lo que le gusta, se ve privado precisamente de ese placer que anida en la potencia creativa del ser humano y que es capaz de manifestarse desde la más temprana infancia.

Escalas en el camino de la elección vocacional.

Los niños contemplan el mundo adulto y lo reproducen en sus juegos. Inmersos en un mundo de fantasía, desconocen los límites de la realidad y creen que pueden hacerlo todo.

Vayamos a la historia de Patricio. “Quiero ser bombero, aviador y veterinario”, decía de chiquito, con total seriedad.

Los niños creen que todo lo pueden. Patricio no resultaba una excepción. Sus afirmaciones no eran verdaderas elecciones, sino que constituían un juego. Si veía bomberos por la televisión, aviadores en el cine o al veterinario curando a su perro, el chico fantaseaba con esos roles laborales extraídos de la vida cotidiana.

Sin embargo, estos juegos de Patricio fueron importantes, pues lo prepararon para asumir posteriormente roles de trabajo más ajustados a la realidad.

Cuando Patricio cumplió doce años, sus preferencias se hicieron más realistas. Se volvió más consciente de sus destrezas y de sus habilidades. Como era un buen arquero, soñaba con ser futbolista. En otros momentos, como le gustaba dibujar, se imaginaba un buen dibujante.

En la escuela secundaria aparecieron dos nuevos motivos de interés para Patricio. Primero, las películas de Jacques Cousteau, un explorador de la vida submarina, lo hicieron fantasear con la posibilidad de estudiar biología marina. Más tarde, ya en cuarto año, la relación con un excelente profesor de química lo hizo pensar en seguir esa carrera. Pero al año siguiente el profesor de química fue suplantado por una profesora con quien no tuvo una buena relación. Eso bastó para desilusionarlo: la química ya no le interesó más.

Poco después Patricio realizó un proceso de orientación vocacional. Gracias a ello, el adolescente pudo desarmar la cerrada y engañosa vinculación que había establecido entre los profesores de química y la elección de la carrera. Y por fin, con mucho entusiasmo, se decidió por la bioquímica.

Como vemos, las elecciones parten del juego infantil, atraviesan etapas fantasiosas y se consolidan a través del contacto con la realidad.

El chico crece y llega a la adolescencia. De pronto, comprende que el juego ha terminado y que debe elegir en serio cuál será su futuro quehacer.

Somos lo que hacemos. El joven lo sabe con certeza, y así entiende que no sólo está eligiendo una actividad, sino también una forma de vida. Y no le resulta nada fácil hacerlo: esta clase de elección es una de las tareas más comprometidas que una persona debe afrontar.

La persona que quiere seleccionar una carrera tiene que encontrar, en principio, una labor que le guste lo suficiente como para dedicarse a ella durante muchos años de su vida.

¿Qué quiero hacer?

Muchas veces es difícil descubrir lo que uno quiere hacer. Diversas contingencias, personales, familiares o sociales, complican la decisión. Y esto puede ocurrir a cualquier edad. No solo los adolescentes pueden experimentar el deseo de encontrar una actividad que les encante. También a los adultos les puede suceder lo mismo.

Satisfacer la vocación es un derecho de todas las personas, tengan la edad que tengan. Pensar lo contrario es un prejuicio. No hay edad para elegir.

Pero ¿por qué resulta tan difícil determinar en qué nos encantaría trabajar? La razón es que son muchos los factores que inciden en la elección vocacional. Y no es nada raro que aparezcan conflictos y diversas dificultades.

En toda decisión vocacional interactúan tres importantísimos factores: el individuo que elige, su familia, preocupada por esa elección, y la sociedad que proveerá después las oportunidades de trabajo. Para que la resolución sea exitosa es necesario que los tres factores se hallen en equilibrio.

Si el que elige es un adolescente, el momento evolutivo que atraviesa, caracterizado por una gran inestabilidad emocional, no facilita las cosas. El chico cambia de idea, no encuentra qué carrera le gusta o le gustan demasiadas carreras a la vez. En este caso estamos hablando de dificultades de origen individual. Si la persona que elige es un adulto o un adulto mayor, también le suceden cosas, también duda y puede experimentar ansiedad o angustia.

En estos conflictos también se encuentran involucradas las familias. Así los padres de ese adolescente indeciso se preocupan, consultan, también ellos dudan y tratan de ayudarlo. A veces lo hacen sin

éxito, convirtiéndose en ocasiones el tema en un problema de orden familiar.

La sociedad en su conjunto también participa. Ella es la que brinda las ofertas concretas de estudio o de trabajo, y se beneficia o perjudica con los aportes laborales de cada persona. La elección vocacional de sus miembros es algo que interesa entonces a toda la sociedad.

Cuando una persona no puede elegir una actividad, no sólo le está sucediendo algo que lo afecta individualmente, sino que también le está pasando a su familia y es algo que involucra en definitiva a todos los miembros de la sociedad.

Una buena elección no depende entonces de un factor aislado del resto. Una buena elección se produce siempre como resultado de la armónica confluencia de esos tres factores: persona, familia y comunidad. Una decisión correcta es el fruto del equilibrio de estos tres aspectos, cuyo análisis se intenta en este libro y sobre cuya concepción se estructura esta obra.

Caso contrario, cualquier desajuste en uno o más de estos factores dará siempre lugar a una mayor desorientación.

A esta idea volveremos a lo largo de toda la obra, pues se trata de la hipótesis principal que sustenta este libro y que fundamenta su división en tres partes: aspectos individuales, aspectos familiares y aspectos sociales.

El caso de Álvaro nos servirá de ilustración. Este adolescente no puede reconocer que quiere ser pintor y que no desea estudiar una carrera universitaria. No se anima a decirlo en su casa porque desde chico ha escuchado, proveniente de los exitosos miembros profesionales de su familia, el mismo mensaje: "*¡Hay que ir a la Facultad!*"

Por fin, el muchacho decide hablar acerca de su proyecto con sus padres. Así comprueba que éstos no lo cuestionan tanto como él esperaba y que, finalmente, aceptan lo que él elige. La indecisión de Álvaro nacía de un temor. El adolescente tenía miedo de contrariar los deseos familiares.

En este caso el desequilibrio más importante se producía entre dos factores: la persona y su familia. Cuando el chico habla con sus padres y la situación se resuelve, se produce una integración entre los deseos y necesidades de Álvaro, por una parte, y las expectativas y necesidades familiares, por el otro.

El conflicto familiar no excluye otra desarmonía, en este caso entre Álvaro y las necesidades sociales, puesto que aunque la sociedad valora las actividades artísticas, al mismo tiempo no las gratifica económicamente. Y ello también es una fuente de conflictos para este chico.

En una sociedad totalitaria, que no considere las preferencias laborales de los individuos, el Estado puede exigir a los jóvenes que sigan determinadas carreras necesarias para la comunidad. El trabajo estará así garantizado, pero esto determinará una elección que no contempla los deseos y preferencias personales.

En un caso como éste, el rol principal en la desorientación estará dado por un conflicto entre la persona y el grupo social.

Condicionantes vocacionales.

Cualquiera de los tres factores enumerados como determinantes de la decisión vocacional recibe a su vez la influencia de variados condicionantes. Por ejemplo, en el área individual deberemos tener en cuenta la edad en la cual se lleva adelante la elección.

Un prejuicio arraigado supone que la persona que elige es exclusivamente el adolescente que egresa de la escuela secundaria. No es así. Aunque por ahora sean los adolescentes quienes predominan en la consulta, cualquier persona puede necesitar reflexionar sobre su vocación.

En algunas naciones existen programas de orientación para quienes están próximos a jubilarse. Es una excelente iniciativa, dado que la jubilación puede ser la oportunidad de recobrar vocaciones dejadas de lado en el pasado. Considerando la prolongación de la vida humana y la inversión de la pirámide poblacional (en la capital de Argentina hay actualmente tantos mayores de 65 años como adolescentes), se hace posible la búsqueda de actividades, sean ellas puramente placenteras y/o rentadas, para una grupo importante de gente que verá mejorada de este modo su calidad de vida.

El llamado síndrome del nido vacío (situación típica de la mujer madura cuyos hijos han crecido, se han ido del hogar o se han casado, y cuyo marido trabaja muchas horas), ocasiona que esa persona, todavía joven y activa, disponga ahora de tiempo para trabajar o estudiar algo que le guste. Pero tal vez no sabe cuál actividad elegir. Para encontrar esa actividad, también requiere ser orientada.

Cualquier adulto insatisfecho con su trabajo puede replantearse un cambio de actividad. Esto se verifica con mayor frecuencia en la llamada crisis de la mitad de la vida. Esta crisis entrafña, casi siempre, planteos laborales a los que es bueno atender. A veces esta crisis está generada por el agobio que acarrea la excesiva competitividad, algo que se da especialmente en el terreno de los ejecutivos.

Otras circunstancias que también deben tenerse presentes como condicionantes en el nivel individual pueden ser, por ejemplo, una enfermedad o un accidente que dejan como secuela alguna disminución física que impide a una persona continuar realizando su trabajo habitual. Entonces se vuelve imprescindible encontrar para ella una nueva actividad y debe reorientarse hacia una nueva labor.

Los que anteceden son apenas algunos ejemplos de diversas situaciones en las cuales personas de cualquier edad, y no solo adolescentes, pueden necesitar intentar nuevos proyectos de estudio o de trabajo.

Limitaciones de la elección.

Hay *factores individuales* que condicionan o limitan una elección vocacional. Debe tenerse siempre presente que quien elige una actividad o una carrera es una persona real, un ser concreto, cuyos aspectos físicos y psicológicos deberán tenerse en cuenta.

El estado de salud, la talla, el peso, la edad, el sexo, son todas variables que requieren ser evaluadas de una manera realista pues condicionan, en muchos casos, las decisiones. Tener pies planos puede acabar con los sueños de una aspirante a bailarina. Un defecto visual es incompatible con las expectativas de ser piloto de avión.

En lo que respecta a los aspectos psicológicos, los anhelos, temores, sueños o dudas, problemas de aprendizaje, fantasías acerca del mundo del trabajo y del estudio, tienen una enorme influencia en el momento de comenzar un trabajo o de seguir una carrera. En ocasiones estos estados emocionales, en particular los miedos, incertidumbres o inseguridades, pueden condicionar los proyectos o significar incluso un impedimento para llevar a cabo los propios deseos.

Existen también *factores familiares*, y lo cierto es que aunque los padres digan "*Que haga lo que quiera*", no pueden dejar de tener expectativas con respecto a la elección que hagan sus hijos.

Las personas en todos los casos viven o han vivido en familia. Para esas familias es muy importante la actividad laboral que lleven adelante sus miembros. Los individuos reciben, por lo tanto, un poderoso influjo familiar en el área del estudio y del trabajo.

Esto no significa que la familia intente influir de manera voluntaria o consciente. En la actualidad la mayoría de los padres ofrece libertad a sus hijos para decidir su carrera o actividad. Y conscientemente

dicen la verdad. Sin embargo -esto lo veremos con más detalle en el capítulo correspondiente- desde que los niños están en la cuna, e incluso antes de eso, resulta imposible no influir en los hijos.

La ideología familiar, los mitos que sustenta la familia, la clase social a la que se pertenece, las profesiones de padres y parientes cercanos, las preferencias y los estilos de los miembros del grupo familiar se conjugan en una peculiar síntesis que será preciso desentrañar.

Y existen, finalmente, también los *factores sociales*. Los modelos que la sociedad propone constituyen una poderosa influencia a la hora de elegir. Cuando alguien opta por un estudio o trabajo lo hace escogiendo dentro de un repertorio limitado de posibilidades materiales que son las ocupaciones y empleos concretos que existen en la realidad.

Pero esa persona elige también dentro de un marco de referencias, dentro de un cierto sistema de valores. La sociedad no aprueba que alguien elija ser ladrón o prostituirse, por ejemplo, y valoriza en cambio opciones como maestra, contador o ingeniero.

En ciertas épocas, especialmente durante las crisis sociales, los valores tradicionales suelen verse sacudidos, maltratados, tergiversados. Entonces aparecen mensajes contradictorios acerca del valor del esfuerzo y el trabajo, se reverencia el éxito fácil, surgen las tentaciones del consumo indiscriminado, la corrupción política y en todos los niveles, todo lo cual funciona como un elemento disuasivo para quienes necesitan elegir a partir de una esperanza de realización y progreso personal.

Esto lo vemos todos los días y son cosas de las cuales se habla en los hogares, en la escuela, en la calle, en el transporte público.

También todos los días nos topamos con arquitectas trabajando como secretarías, abogados desocupados o profesores maltratados, entre tantos otros ejemplos posibles de desvirtuación laboral, que también pueden hacer tambalear muchas ilusiones vocacionales.

La sociedad emite, como puede verse, mensajes negativos y contradictorios que pueden corroer las mejores intenciones individuales y desanimar las vocaciones más honestas.

Así le sucede a Fabiana, a quien le gusta desde chica la docencia. Ya a los seis años jugaba a la maestra con el ajedrez de su papá: ponía en hilera las piezas, que representaban a sus alumnos, y *les enseñaba*. Pero el desdén con que los maestros son tratados por esta sociedad provoca tanto temor en Fabiana que ha comenzado a dudar de una vocación que es auténtica.

Como resulta evidente, dentro de los factores sociales que estamos analizando hay que destacar la cuestión económica como un aspecto muy

importante. Por un lado esto hace a las expectativas a futuro, pero la situación económica real de la familia funciona también como un serio determinante: si no hay dinero lo más probable que el chico o la chica tengan que salir a trabajar y que sus deseos vocacionales se vean postpuestos.

Equilibrio entre factores = elección saludable.

En efecto, dada la interdependencia de todos los aspectos enunciados no es posible realizar una buena elección vocacional solucionando aisladamente uno de ellos.

Sin embargo, la interdependencia no significa que uno de estos factores no pueda incidir más que los otros. A veces el mayor peso de la desorientación recae en lo individual, y en otras ocasiones se vincula con el aspecto social o familiar. En cada caso será necesario hacer un diagnóstico preciso de lo que verdaderamente está ocurriendo.

En el caso de Fabiana la mayor incidencia en su desorientación se relaciona con un factor social disuasivo, pero no siempre es así.

En ocasiones la existencia de problemas personales aumenta las dificultades para elegir aunque se viva en una sociedad relativamente libre de conflictos.

Silvina, tras una serie de tests vocacionales hechos en la escuela, comenzó la carrera de medicina. Su familia no tenía problemas económicos. Ella podría especializarse luego en el extranjero, permanecer allí o retornar al país. La crisis económica, por lo tanto, no la afectaba demasiado. Sin embargo, Silvina empezó a experimentar tantas dudas acerca de su carrera que terminó por abandonar los estudios.

El origen de este problema radicaba en un factor personal. Silvina no confiaba en su capacidad intelectual. Se sentía poco inteligente y tenía tanto miedo de fracasar por este motivo que finalmente había interrumpido una carrera que le gustaba y para la cual estaba dotada.

A Silvina no le alcanzó con *hacerse el test* y averiguar cuáles eran sus aptitudes para resolver su problema vocacional. La chica requirió de un trabajo psicológico más profundo, que le devolvió la confianza en sus capacidades intelectuales.

En síntesis, y como podemos apreciar a través de los distintos ejemplos que hemos planteado, para arribar a una decisión vocacional lo más satisfactoria posible se deben conciliar al mismo tiempo tres objetivos: 1) un esclarecimiento individual, 2) un análisis del entorno familiar, y 3) un abordaje de las influencias del medio social.

Rastrear todos los aspectos que entran en juego requiere tiempo. Vamos a ilustrar esto con la historia de Laura.

El caso de Laura.

El papá y la mamá de Laura llevaban separados mucho tiempo cuando Laura decidió su carrera universitaria. El padre, un abogado exitoso, se había vuelto a casar y tenía hijos pequeños. Laura, que vivía sola con la madre, siempre había sido una excelente alumna. Al terminar su escuela secundaria entró sin vacilaciones a la Facultad de Derecho. Pero después de cursar unas pocas materias, una de las cuales no aprobó, resolvió hacer una consulta vocacional.

La primera parte del trabajo de orientación se destinó a evaluar las aptitudes y preferencias de Laura. La chica presentaba (y ella lo sabía muy bien) un marcado interés y gusto por las ciencias exactas. Entonces, ¿por qué había elegido abogacía?

La chica había elegido abogacía por razones emocionales que ella misma ignoraba. Inconscientemente ella deseaba estar cerca de su padre, a quien veía muy poco y enteramente volcado a sus hijos pequeños.

Laura quería ser abogada para trabajar junto a él y recuperar de ese modo el papá de su infancia. Además ambicionaba crecer económicamente y pensaba que el próspero estudio de su padre le brindaba una excelente oportunidad de progreso personal.

Sin embargo, en el esquema de la chica fallaba lo esencial: era necesario que además le gustara el Derecho, lo cual no sucedía.

Cuando Laura comprendió lo que le pasaba, habló con su papá. Ambos descubrieron que había otros métodos para estar juntos y prodigarse un mutuo afecto. Laura resolvió ser analista de sistemas y su padre prometió ayudarla.

Una vez recibida, Laura cumplió con su deseo de trabajar en el estudio de su padre. El se convirtió en su primer cliente. Laura hoy realiza sus trabajos para él y para otras muchas personas más. Está muy contenta, pues su la tarea le gusta y la gratifica enormemente.

Bibliografía

- **Aisenson, Diana:** *Después de la escuela*. Ed. Eudeba, Buenos Aires, 2002.
- **Aisenson, Castorina y otros:** *Aprendizaje, sujetos, escenarios*. Editorial Noveduc, Buenos Aires, 2008.
- **Baczko, Bronislaw:** *Los imaginarios sociales*. Editorial Nueva Visión, Buenos Aires, 1984.
- **Berger, P. y T. Luckman:** *La construcción social de la realidad*. Editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1998.
- **Bleichmar, Hugo:** *El narcisismo*. Nueva Visión, Buenos Aires, 1983.
- **Erikson, Erik:** *El ciclo vital completado*, Ed. Paidós Ibérica, Barcelona, 2000.
- **Erikson, Erik:** *Identidad, juventud y crisis*. Ed. Paidós, Buenos Aires, 1968.
- **Erikson, Erik:** *Infancia y sociedad*. Ed. Hormé-Paidós, Buenos Aires, 1983.
- **Fernández Mouján, Octavio:** *La identidad y lo mítico*. Ediciones Kangierman, Buenos Aires, 1979.
- **Gergen, Kenneth:** *El yo saturado*. Editorial Paidós, Barcelona, 1992.
- **Kohut, H y Wolf, E.:** *Trastornos del self y su tratamiento*. Revista de Psicoanálisis, Vol. 1, número 2, 1979.
- **Lipovetsky, Gilles:** *La era del vacío. Ensayo sobre el individualismo contemporáneo*. Anagrama, Barcelona, 5ta. edición, 1992.
- **López Bonelli, Ángela:** *La orientación vocacional como proyecto*. Editorial El Ateneo, Buenos Aires, 1989.
- **Neffa, Julio César:** *Trabajo y sociedad*. Ceil-Piette, Lumen-Humanitas, Buenos Aires, 2003.
- **Mahler, Margaret:** *El nacimiento psicológico del infante humano*. Ed. Marymar, Buenos Aires, 1977.
- **Obiols, G. y S.:** *Adolescencia, posmodernidad y escuela secundaria*. Editorial Kapelusz, Buenos Aires, 1993.
- **Rascovan, Sergio:** *Los jóvenes y el futuro*. Ed. Psicoteca, Buenos Aires, 2000.
- **Reich, Robert:** *El trabajo de las naciones*. Javier Vergara Editores, Buenos Aires, 1993.
- **Romero, Marcela:** *La intervención psicopedagógica en la vejez*. Revista Aprendizaje Hoy, año XXVII, número 66, Buenos Aires, abril 2007.
- **Smelser, Ericsson y otros:** *Trabajo y amor en la edad adulta*. Ediciones Grijalbo, España, 1982.
- **Villee, Claude:** *Biología*. Editorial Eudeba, Buenos Aires, 1981.

PARTE 1

**Aspectos individuales
en la elección vocacional**



Fragmento de una conversación telefónica.

Juan Ernesto: Me llamo Juan Ernesto. La mamá de Enrique me dio tu teléfono. Estoy en quinto año (carraspeando). No sé qué estudiar. No tengo ni la menor idea... Así que llamo para que me hagas los tests.

Orientadora: Juan Ernesto, una orientación vocacional es más que hacerse unos tests. Vos tenés que tomar una decisión muy importante, por eso es bueno que reflexiones mucho sobre ella.

Juan Ernesto: Es cierto. Pero yo creía que me podías hacer unos tests y decirme lo que tengo que estudiar.

Orientadora: Yo no te puedo decir lo que vos tenés que estudiar por una sola razón: porque eso lo vas a ir descubriendo vos mismo a lo largo de nuestro trabajo. Los tests, las informaciones y otras herramientas que utilizaremos te van a ayudar, te van a aclarar mejor las cosas. Pero la elección es tuya: nadie puede elegir por otra persona.

Juan Ernesto: Me parecía más fácil que vos me dijeras lo que tengo que estudiar. Pero creo que tenés razón. ¿Cuándo empezamos a trabajar?

Factores individuales

*Las aptitudes personales. Los tests de inteligencia.
Tipos de inteligencia. Vilma y la influencia de las emociones.*

Las aptitudes personales.

¿Qué necesita una persona para cantar ópera? ¿Qué habilidades hay que tener para diseñar edificios o enseñar a niños discapacitados?

Para cantar ópera es necesario tener buena voz y oído musical; para diseñar casas, habilidad con el dibujo y buen manejo del espacio; para educar niños con problemas, paciencia y amor por los chicos.

Dicho de otra manera, para realizar cualquier actividad es necesario contar con las condiciones propias de esa actividad.

Llamaremos habilidades o aptitudes a las condiciones específicas innatas (oído musical, habilidad para el dibujo, paciencia, por ejemplo) que posee un individuo.

Sin embargo, las condiciones naturales se desarrollan mediante la capacitación: cuanto más se capacita una persona, más se acrecientan sus aptitudes naturales. Existe, pues, un interjuego permanente entre las habilidades innatas y el aprendizaje.

Una comparación apropiada sería la siguiente: para edificar una casa hace falta contar, en primer término, con un buen terreno. Sobre él habrá que trabajar. Si el terreno no es firme, habrá que tomar mayores recaudos. Cuanto mejor sea el terreno, más fácil será edificar. Pero aunque el terreno sea excelente, para tener una casa hay que construirla con mucho esfuerzo.

Con las carreras, con las actividades en general, sucede lo mismo. En principio, es bueno contar con el mejor terreno posible. Es bueno poseer las habilidades personales más útiles para el ejercicio de la profesión deseada.

Pero el trabajo de la construcción, es decir el aprendizaje, es el que posibilita llegar a tener el edificio terminado.

Para orientar a alguien hay que determinar, ante todo, el terreno con el que contamos, es decir las habilidades de la persona que consulta. Sin embargo, no es el reconocimiento de dichas habilidades lo que reviste las mayores dificultades.

Los famosos tests.

El orientador utiliza, a los fines del diagnóstico, la entrevista. Pero además se sirve de otros instrumentos para medir con bastante precisión las aptitudes específicas requeridas por los distintos ejercicios profesionales o laborales.

¿Por qué se usan los tests y qué miden? Los tests de aptitudes sirven para medir las habilidades necesarias para un determinado ejercicio profesional.

Se supone que un contador, por ejemplo, debe reunir ciertas condiciones básicas: aptitud para las matemáticas, facilidad, precisión y velocidad en el manejo de los números, dotes de organización y orden.

Si un aspirante a estudiar ciencias económicas corrobora, mediante los tests, la existencia de esas habilidades, ello es un dato inicial positivo.

Ese resultado indica la existencia de una predisposición hacia el buen desempeño profesional en el área económica. Sin embargo, son condiciones que deberán ser desarrolladas posteriormente mediante un entrenamiento adecuado.

Poseer las aptitudes para un determinado ejercicio profesional no exime a nadie de la necesidad de un estudio y capacitación.

Existen tests destinados a medir habilidades necesarias para quien desee dedicarse a las ciencias, las artes, la vida religiosa, la carrera militar, etcétera. Estas pruebas determinan, por ejemplo, índices de facilidad, velocidad, precisión para los números, pensamiento matemático, lógico o lingüístico, habilidad mecánica, espacial, manual, plástica o musical, entre tantas otras variables posibles.

Pero también se emplean otras pruebas. Por ejemplo, los llamados *tests de inteligencia*.

La inteligencia.

Los tests de inteligencia nos llevan a ocuparnos de un tema muy complejo. Para la gente en general, ser inteligente implica cosas muy distintas. Supone, por ejemplo, comprender problemas abstractos, resolver situaciones prácticas, comunicarse bien con los demás, poseer un juicio claro y conocimientos acerca de las cosas, trabajar con rapidez y obtener buenos resultados.

Pero ¿es razonable pretender que podamos ser igualmente inteligentes para todo?

Escuchamos decir: "Nico es inteligente para las matemáticas, pero para lengua..." Lo que sucede con Nico no es raro. A casi todos nos pasa lo mismo. No podemos hacer todo bien: literatura, música, dibujo, aritmética, idiomas... Generalmente nos destacamos sólo en uno o dos campos de actividades.

Pero, entonces, ¿hay una o varias inteligencias? Las concepciones más actuales, desarrolladas por un investigador llamado Howard Gardner, postulan la existencia de varias inteligencias independientes que interactúan en la práctica.

Elas son:

Inteligencia lingüística: supone la facilidad para escribir, leer, contar cuentos o hacer crucigramas.

Inteligencia lógica-matemática: reflejada en un interés por patrones de medida, categorías y relaciones, facilidad para la resolución de problemas aritméticos, juegos de estrategia y experimentos.

Inteligencia corporal y cinética: refiere a la capacidad para procesar conocimiento a través del cuerpo y sus sensaciones. Está particularmente presente en deportistas, bailarines o, en otro sentido, quienes tienden a manualidades como la costura, trabajos en madera, etc.

Inteligencia visual y espacial: implica facilidad para resolver rompecabezas, dibujar, proyectar, construir, etc.

Inteligencia musical: reflejada en la habilidad para manifestarse frecuentemente con canciones, ritmos, y para identificar sonidos.

Inteligencia interpersonal: las personas con esta clase de inteligencia son muy aptos para la comunicación y suelen ser líderes en sus grupos. Ellos entienden bien los sentimientos de los demás y resultan ser hábiles en las relaciones interpersonales.

Inteligencia intrapersonal: es la capacidad para reconocerse uno mismo e identificar las propias reacciones, sensaciones y emociones.

Inteligencia naturalista: esta última clase de inteligencia fue añadida con posterioridad a los planteos originales de Gardner e implica una muy buena relación con la naturaleza.

Según Gardner, la inteligencia, o lo que consideramos como acciones inteligentes, es algo que se modifica a lo largo de la historia personal. La inteligencia no es una sustancia, sino una colección de potencialidades que se completan y complementan entre sí.

Cada uno de nosotros tiene una combinación única de estas potencialidades. Las mentes no son todas iguales. Cada persona tiene un tipo de mente diferente, donde estas distintas inteligencias se articulan de una manera en particular.

De allí la imposibilidad de hablar de una inteligencia única y general, de la cual se dispone o no, y cuya posesión determina el éxito o el fracaso de una persona.

Según esa creencia, si alguien *es inteligente* tiene todo a su favor. Y esto no es verdad. La simple observación de los hechos nos lo demuestra: personas con un alto coeficiente intelectual a veces fracasan, mientras otras con puntajes menores triunfan. Lo cual echa por tierra la creencia de que la inteligencia lo es todo.

Esta concepción es simplemente el resultado de una educación que no ha prestado atención a las diferencias. Se ha uniformado la enseñanza y se ha focalizado más en el dominio del saber, que es en realidad una construcción social, antes que en el desarrollo de las potencialidades de cada individuo.

El éxito académico no garantiza resultados futuros. Lo que hoy interesa es otro tipo de inteligencia, basada preferentemente en las aptitudes de liderazgo, la iniciativa, la empatía y el auto-control, antes que en las calificaciones escolares.

Un alto coeficiente intelectual, dice Daniel Goleman, creador del concepto de *inteligencia emocional*, tiene relativamente poca incidencia en un desempeño laboral exitoso. El índice de influencia de este coeficiente en la vida profesional de la gente oscila entre un 10 y 25%.

Después de todo, para garantizar su éxito escolar, lo que el alumno debe saber es lo mismo que sabe el maestro. ¿Cuántas veces un maestro no ha prestado atención a las exitosas pero diferentes maneras de resolver un problema que mostraban algunos alumnos y los ha instado a aceptar las soluciones tradicionales?

Esto nos habla del peligro de centrar demasiado la atención en los coeficientes intelectuales numéricos, a los cuales durante años se les adjudicó un valor decisivo. Pero, a la luz de las concepciones actuales, estos indicadores de inteligencia no explican plenamente la capacidad cognitiva. Además de todo lo ya enumerado, se vuelve también imprescindible incluir el papel de las emociones en la inteligencia.

En efecto, todos hemos notado que cuando estamos emocionalmente perturbados *no podemos pensar bien*. Evidentemente la tensión emocional prolongada puede obstaculizar las facultades intelectuales de las personas y dificultar en esos momentos la capacidad de aprendizaje.

Las emociones influyen en nuestro raciocinio. Sentir y pensar son dos procesos que están interrelacionados. Las emociones impulsan decisiones e invaden el pensamiento racional, del mismo modo que nuestro cerebro racional puede detener o atenuar los efectos de las emociones, excepto en los momentos de desborde.

Es como si tuviéramos dos cerebros y dos clases diferentes de inteligencia: la inteligencia racional y la inteligencia emocional, y nuestro funcionamiento vital está determinado por ambas.

Pero más allá de todo lo dicho hasta aquí, debemos insistir en que ningún test de inteligencia o aptitudes es totalmente determinante.

Ningún resultado aislado tiene valor por sí mismo. Los datos proporcionados por el test son siempre un elemento más, que debe ser incluido y evaluado en el conjunto de los restantes datos.

El orientador debe llegar a sus conclusiones relacionando todos los resultados obtenidos. Por eso evalúa en conjunto los hallazgos de los tests de personalidad, las conclusiones de las entrevistas, el análisis de la historia escolar, los datos de la entrevista familiar, los coeficientes de los tests de inteligencia y las aptitudes más señaladas del consultante.

No relacionar todos los datos obtenidos a lo largo de un proceso supone riesgos. Presentaremos como ejemplo el caso de Vilma.

El caso de Vilma.

Esta adolescente es una chica locuaz y simpática. Desde jardín de infantes concurre a la misma escuela, donde todos la conocen y ella se siente a gusto.

En el colegio Vilma saca buenas notas y, según afirman sus padres, los profesores tienen, respecto de ella, una muy buena opinión. Sin embargo... ¡Oh, sorpresa! Los resultados de los tests de inteligencia que se le toman en el marco de un proceso de orientación vocacional son pobres. ¿Por qué sucede esto?

Vilma tiene un hermano mayor, Andrés, que estudia Física y es un gran ajedrecista. Según el consenso familiar Andrés "es un genio". Frente a él, Vilma siempre se ha sentido un poco tonta. La adolescente piensa que jamás podrá estar a la altura intelectual de su hermano. Se autoconvence de que "ella no es inteligente".

Cuando Vilma enfrenta el test, ante a una persona desconocida, sus dudas y temores acerca de su inteligencia y sus capacidades se acrecientan. Las emociones la invaden. No puede pensar y se vuelve insegura, se obnubila y no logra resolver correctamente los problemas que se le presentan. No le ocurre lo mismo en su escuela, donde al encontrarse más tranquila resuelve perfectamente las dificultades.

Este ejemplo nos enseña que cuando se toman en cuenta sólo los resultados aislados de un test de inteligencia se corre el riesgo de atribuir

a una persona una competencia intelectual muy diferente de la que en realidad posee.

Imaginemos las eventuales consecuencias que ello puede aparejar. Si se alterara la correcta evaluación de Vilma, por un lado, la adolescente quedaría injustamente marginada de opciones que demandan un alto nivel de abstracción. Por otra parte, la chica confirmaría por esta vía sus propias fantasías acerca de su bajo nivel intelectual. En otras palabras, aumentaría su inseguridad y descendería su auto-estima.

Como puede verse, la orientación vocacional es una actividad seria y compleja, que debe estar por ello en manos de personas idóneas. Considerar datos aislados da una visión distorsionada del orientado.

Por lo demás, conocer las habilidades o el coeficiente intelectual de una persona ayuda solamente hasta cierto punto.

Analia, por ejemplo, tiene una gran facilidad para las matemáticas. Sin embargo, no le gustan. En ella, como en otras personas, no existe una correspondencia absoluta entre sus condiciones personales y sus preferencias.

Los tests que se le toman a Mauro demuestran que el chico tiene aptitudes equivalentes tanto para las letras como para las ciencias puras. ¿Qué hace entonces Mauro? ¿Cuál de ellas elige, las ciencias o las letras?

Por eso es muy importante delimitar lo que a cada uno le gusta hacer; es decir, reconocer sus intereses personales.

Esta búsqueda de los intereses personales puede resultar mucho más dificultosa que la búsqueda de las habilidades personales. Es en este punto donde se verifica, con mayor frecuencia, la desorientación vocacional.

A una adolescente le gustaría ser azafata, traductora, modelo y profesora de historia. Son demasiadas opciones a la vez.

Otro chico, en cambio, llega a la consulta porque ninguna actividad le interesa: todas le parecen aburridas.

Una alumna de quinto año cambia todos los días de idea. Su amigo dice que le gustaría ser psicólogo, pero que por un sinnúmero de factores personales y familiares “eso no puede ser”.

Juan Pedro se pasa horas frente a su computadora personal mientras Kristal, su hermana, no puede quedarse quieta y quiere ser bailarina.

¿Por qué alguien se entusiasma con ser dentista y otro aborrece la sola idea de desempeñar la misma actividad?

La cuestión de los intereses vocacionales es complicada. Las inclinaciones personales son de carácter afectivo. No obedecen a razones lógicas.

En las preferencias laborales tienen mucho que ver, asimismo, los modelos que hemos tenido ocasión de admirar en nuestra vida, especialmente durante la infancia.

Aprendemos a ser personas *copiando* a los demás. Desde pequeños, imitamos las palabras, los gestos o las actitudes de gente que despierta nuestro afecto. Precisamente, las labores que desempeñan esas personas importantes para nosotros, desde el punto de vista afectivo, inspiran más tarde nuestras propias decisiones vocacionales.

Tampoco en este caso hay una linealidad absoluta. Esas figuras afectivamente importantes que nos inspiran pueden ser personas concretas de nuestro entorno, familiares o amigos, por ejemplo, o también figuras más lejanas: ídolos del espectáculo, personajes de ficción, antepasados a los que no hemos llegado a conocer.

Pero lo cierto es que, cuando alguien nos gusta, nos atrae de algún modo o despierta nuestro afecto, en algún punto nos identificamos con él, queremos ser como él y hacer lo mismo que hace él.

Las elecciones, pues, se hallan muy influidas por los sentimientos.

Por esta razón, en el próximo capítulo habremos de referirnos a los sentimientos que juegan en la decisión vocacional.

Bibliografía

- **Bateson, Gregory:** *Espíritu y naturaleza*. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1990.
- **Bender, Lauretta:** Test gestáltico visomotor. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1975.
- **Casullo, Cassials y otros:** *Proyecto de vida y decisión vocacional*. Capítulo 6, a cargo de Lilian Wasser de Diuk. Ed. Paidós, Buenos Aires, 2004.
- **Corman, L.:** *El test del dibujo de la familia*. Ed. Kapelusz, Buenos Aires, 1967.
- **De Bono, Edward:** *El pensamiento lateral*. Editorial Paidós-Studio, Buenos Aires, 1993.
- **De Bono, Edward:** *El pensamiento práctico*. Ed. Paidós, Buenos Aires, 1992.
- **De Bono, Edward:** *Aprender a pensar*. Ed. Plaza y Janés, Barcelona, 1991.
- **Decker, J.F.:** *Quiero elegir bien*. Editorial Atlántida, Buenos Aires, 1988.
- **Fiorini, H.:** *Teoría y técnica de psicoterapias*. Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1979.
- **Fiorini, H.:** Estructuras y abordajes en Psicoterapias. Ed. Mairena, Buenos Aires, 1984.
- **Fogliatto, H. y Pérez, E.:** *Sistema de orientación vocacional informatizada (SOVI)*. Editorial Guadalupe, Buenos Aires, 1997.
- **Freud, Sigmund:** *Introducción al Narcisismo*. Obras Completas. Volumen 14. Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1993.
- **Gardner, Howard:** *Estructuras de la mente. La teoría de las inteligencias múltiples*. Segunda edición aumentada. Fondo de Cultura Económica, México D.F, 1994.
- **Gayral, L. y otros:** *Tests de personalidad para la clínica psicológica*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1977.
- **Gelvan de Veinstein, S.:** *Orientación vocacional ocupacional*. Centro Editor Argentino, Buenos Aires, 1977.
- **Goleman, Daniel:** *La inteligencia emocional*. Editorial Vergara, Buenos Aires, 1996.
- **Goleman, Daniel:** *La inteligencia emocional en la empresa*. Editorial Zeta, Barcelona, 2007.
- **Hammer, E.:** *Tests proyectivos gráficos*. Editorial Paidós, Buenos Aires.
- **Kuder, F.:** *Escala de preferencias vocacionales*. Paidós, Buenos Aires, 1982.
- **Laing, R.D.:** *Experiencia y alienación en la vida contemporánea*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1973.
- **López Bonelli, Angela:** La entrevista en orientación Vocacional Psicodinámica. Revista Aprendizaje Hoy. Año 1. Número 2. 1980.
- **Mannoni, M.:** La primera entrevista con el psicoanalista. Ed. Gedisa, Barcelona, 1979.
- **Müller, Marina:** *Descubrir el camino*. Editorial Bonum, Buenos Aires, 1998.
- **Müller, Marina:** *Orientar para un mundo en transformación*. Editorial Bonum, Buenos Aires, 2007.
- **Ocampo, S. de y G. Arzeno, M.E.:** *Las técnicas proyectivas y el proceso psicodiagnóstico*. Nueva Visión, Buenos Aires, 1977.
- **Ojeda, Lilian:** *Orientación vocacional. La búsqueda de nuevos recursos*. Homo Sapiens Editores, Rosario, 1999.
- **Paín, S.:** *Psicometría Genética*. Nueva Visión, Buenos Aires, 1977.
- **Rascovan, Sergio:** *Imágenes ocupacionales. Set de actividades para orientación vocacional*. Buenos Aires, edición del autor.
- **Uriel, Fabiana y Costa, Paula:** *Orientación vocacional-ocupacional con jóvenes de 11 a 15 años*. El Lugar Editorial, Buenos Aires, 1998.
- **Winnicott, Donald:** *Realidad y juego*. Gedisa, Buenos Aires, 1986.

Fragmento de una entrevista.

Juan Ernesto: Mirá, yo al principio no quería hacer orientación vocacional. No sé, me parecía que yo debía elegir solo, no me gustaba la idea de tener que venir...

Orientadora: ¿Y ahora, te cuesta trabajo venir?

Juan Ernesto: ¡No! Ahora no... Con todas las cosas me pasa lo mismo. Al principio, nunca me decido, no tengo ganas. Todo mal. Después me engancho y estoy contento.

Orientadora: Parece que te cuestan las cosas nuevas, ¿verdad?

Juan Ernesto: Sí, ahora que lo decís... ¡Tenés razón!

Orientadora: ¿No te pasará lo mismo con el ingreso a la universidad? Esa es también una situación nueva. Es posible que no te atraiga enfrentar un ambiente distinto, con otra gente, con profesores que no conocés, con materias que no sabés cómo son...

Juan Ernesto: ¡Y, sí! Estas cosas me pasan. Pienso en la universidad y me da una cosa como miedo o temor. ¡Vaya a saber con qué me encuentro ahí!...

Los sentimientos

*Los sentimientos inconscientes. El miedo.
Fobias y realidad psíquica. Miedos vocacionales.
Ejemplos de Mariana, Belén y Felicitas.*

La importancia de los afectos.

Los sentimientos humanos son complicados y contradictorios. Surgen de zonas desconocidas de la personalidad y suelen resultar inexplicables.

La psicología profunda, que se ocupa de ellos, nos demuestra dos cosas importantísimas:

- 1) el carácter inconsciente de muchos sentimientos;
- 2) la eficacia de esos sentimientos, en cuanto a la enorme capacidad que tienen de influir en nuestra vida.

Estas particularidades comenzaron a conocerse en el siglo XIX, a partir de ciertas experiencias de hipnosis que fueron realizadas por un famoso médico francés, el Dr. Jean-Martin Charcot.

A una persona sumida en un trance hipnótico, se le daba una orden como ésta: “A las cinco de la tarde usted se va a levantar y va a abrir la ventana.”

Cuando esa persona despertaba del trance hipnótico, conscientemente había olvidado por completo lo ocurrido mientras estaba hipnotizada. Sin embargo, puntualmente, a la hora ordenada, al margen de qué cosa estuviese haciendo, se incorporaba y abría la ventana, tal como se le había indicado.

Cuando se le preguntaba por las razones de su actitud la persona decía que había cedido a un impulso. Si se la seguía interrogando, encontraba razones válidas que pretendían justificar su conducta. Aducía que hacía calor, que el día estaba muy bello, que había demasiadas personas en la habitación...

En otras palabras, la persona explicaba su conducta inventando razones lógicas que, sin embargo, no se correspondían con la verdad objetiva. En realidad, aunque ella lo desconociera, la persona había obedecido una orden inconsciente que resultaba, sin embargo, de cumplimiento impostergable.

El descubrimiento de la dimensión inconsciente de los afectos humanos, desarrollado luego por el psicoanálisis de Freud, ha gravitado intensamente en la cultura contemporánea.

Hoy se reconoce que buena parte de la conducta humana obedece a razones que escapan al control consciente del sujeto.

Se sabe, además, que el modo de dominar, o al menos manejar esas influencias inconscientes es tratar de llevar al plano de la conciencia dichos impulsos desconocidos, para poder lidiar mejor con ellos.

Conocer cuál es el problema no lo soluciona automáticamente, pero ayuda a encontrar los medios para resolverlo.

Por lo que vemos, no podemos ignorar la existencia de aspectos inconscientes en lo referente a la vocación.

Existe pues una importante vinculación entre la vocación y los afectos. Acerca de los afectos sabemos que, aunque muchas veces somos incapaces de reconocerlos, ellos pueden resultar tan eficientes que llegan a interferir en nuestra vida.

Sabemos, también, que el único modo de manejar esos afectos desconocidos es volviéndolos conscientes y entendiéndolos.

Así, en cualquier elección de trabajo o estudios se hallan presentes aspectos de carácter inconsciente sobre los cuales es necesario indagar.

Dada su naturaleza, estos afectos pueden obstaculizar, demorar, confundir o alterar el correcto fluir del trabajo de elección. Si así ocurre y los intereses de la persona que está por decidir su futuro no se pueden manifestar con claridad, el develamiento de esos afectos se vuelve imprescindible.

Miedo a elegir.

Muchas personas se ven en la imposibilidad de tomar una decisión vocacional. Se paralizan, no saben qué hacer, no les gusta nada o bien cambian de idea permanentemente. A veces, cuando por fin creen haber hallado lo que ansiaban, por alguna razón sobreviene nuevamente la angustia y el ciclo se reinicia.

Cuando las cosas suceden de este modo, es posible que nos estemos enfrentando con sentimientos de miedo que le impiden al consultante llegar a establecer una buena decisión.

Es posible que esté despertando la extrañeza del lector. ¿Miedo? ¡No puede ser! Asustarse es cosa de niños y nosotros ya somos grandes. ¡Seguramente debe pasar otra cosa!

Nuestra cultura descalifica a quien siente miedo. La mayoría de las personas niega el temor y, como los entrevistados de Charcot, dan otras razones para intentar explicar sus conductas.

Sin embargo, el miedo, tan potente en la infancia, no se evapora sin dejar rastros. En la infancia, los sentimientos de temor son reconocidos y aceptados. Los padres dicen: "Tiene miedo porque es un niño"; "cuando sea más grande se le va a pasar."

Pero el miedo es algo que perdura más allá de la niñez. Aunque a medida que los seres humanos crecen experimenten, ante sí mismos y ante las demás personas, vergüenza de confesar ese sentimiento.

Los grandes muchas veces no se sienten capaces de permitirse tener miedo. Sí, el miedo de todos modos existe, pero a menudo es borrado de la conciencia. Se lo repliega al inconsciente y allí resulta desconocido también para la persona que lo padece.

Reconocer la existencia de sentimientos inconscientes y activos, capaces de determinar la conducta, provoca en general una gran resistencia en las personas.

La historia de Mariana.

Muy probablemente la narración de lo ocurrido con esta joven nos ayudará a comprender mejor el tema.

Mariana vivió de pequeña una experiencia que la llenó de terror. Su tía Luisa la había invitado al teatro y, después de la función, ambas viajaban en subterráneo, de vuelta hacia la casa de la niña. Allí se encontraban esperándolas los padres de Mariana con su hermana recién nacida.

Después de unos minutos de viaje, el tren subterráneo se detuvo repentinamente. Las puertas se abrieron y bajó de manera apresurada el conductor de la formación con un extinguidor de incendios. La tía Luisa, que era una mujer particularmente ansiosa, se asustó y comenzó a gritar descontroladamente: "¡Fuego! ¡Fuego!..."

Mariana creyó que morirían quemadas, atrapadas en ese túnel oscuro. "¡Nunca más veré a mi familia!", pensó la niña.

El incidente real no pasó a mayores. El cortocircuito (de eso se trataba el problema) fue subsanado con rapidez. Minutos después el convoy reiniciaba la marcha. Empero, Mariana siguió sintiendo un pánico intenso.

A partir de ese día, fue imposible hacer que la niña viajara en subterráneo. Apenas pisaba las escaleras que llevaban a la estación, comenzaba a temblar y se resistía a bajar al andén.

Los años pasaron y el episodio traumático fue, en apariencia, olvidado. Mariana vive ahora en una pequeña localidad del interior del país, donde obviamente no hay trenes subterráneos.

Sin embargo, cuando viaja a Buenos Aires siempre encuentra mil justificaciones para no utilizar el subterráneo. "Viaja mucha gente", "Hace calor", "Andan mal", "Hay muchas escaleras", son las explicaciones que le ayudan a Mariana a disfrazar la verdad. En realidad tiene miedo. Y para ocultárselo a sí misma recurre a la represión.

Este es un mecanismo psicológico habitual, merced al cual se impide la percepción consciente de ciertos estados afectivos que pueden ser dolorosos o inaceptables para la persona que los padece.

Acorde a lo que estamos señalando, muchas veces hay sentimientos inaceptables o dolorosos ligados a la elección vocacional.

Leticia, que de chica padeció el trauma de la muerte de un hermanito, elige ser médica pediatra. Ernesto, que de chico vivió situaciones de maltrato infantil, hoy es abogado defensor de menores. Ellos constituyen apenas dos ejemplos posibles de la poderosa influencia que ejercen los sentimientos infantiles en las decisiones vocacionales de las personas.

Muchas veces estos sentimientos permanecen ocultos, es decir que son reprimidos. Sin embargo, el costo de esta represión suele ser alto. Mantener oculto un sentimiento es muy difícil e implica un gran gasto de energía psíquica.

Valga la siguiente comparación: si no queremos que un preso se escape de la prisión, tendremos que poner un guardián para que lo vigile. Ese guardián debe dedicarse exclusivamente a esa tarea y no puede distraerse en hacer otra cosa.

En el psiquismo ocurre de igual modo. Si queremos que un afecto no pase a la conciencia deberemos poner un guardián. Ese vigilante permanente usará una cantidad de energía psíquica que, en consecuencia, no podrá destinarse a otros fines.

Cuando reprimimos sentimientos, en realidad ellos no desaparecen. Quedan dentro de nosotros y tienen efectos concretos en nuestra conducta. A veces, cuando cuesta mucho trabajo *elegir*, se vuelve necesario develar esas emociones inconscientes que pueden estar interfiriendo en la tarea.

Pero traer a la conciencia esas emociones no es algo fácil de hacer. Hay fuerzas que se resisten. Y estas resistencias se enmascaran bajo argumentaciones aparentemente muy lógicas.

Antes de continuar hagamos una aclaración: en la realidad, los afectos nunca se encuentran en *estado puro*. Por el contrario, siempre aparecen mezclados. Así conviven el amor con el odio, el miedo con el arrojo, la alegría con el dolor. Por eso se dice que los sentimientos son contradictorios.

Pero para comprender mejor las variables emocionales presentes en la determinación vocacional, haremos una abstracción y hablaremos de cada sentimiento en particular.

Clases de miedo.

Existen miedos que son básicos, comunes a todos los seres humanos. Así, por ejemplo, el miedo al abandono o a no ser queridos, el miedo a la mutilación y el miedo a la muerte.

La forma que pueden adoptar estos afectos a lo largo de la vida es muy variada. Un niño tiene miedo de que sus padres "no lo quieran más" si no aprueba el grado. Un adulto teme la crítica de sus jefes, pues piensa que lo pueden echar del trabajo. Sin embargo, en uno y otro caso, el niño y el adulto experimentan la misma emoción: miedo.

En principio, la existencia del miedo es útil. Es una defensa que sirve para sobrevivir. Las alarmas que suenan dentro de nosotros nos ponen en alertan ante un riesgo. Si no tuviéramos miedo a cruzar la calle, correríamos un gran peligro.

Pero cuando el miedo es demasiado intenso puede conducir al pánico o a una parálisis. Entonces, como un chico muerto de terror en la cama, nos quedamos quietos, o no podemos pensar, o huimos descontroladamente.

La percepción del peligro es muy subjetiva y depende de los parámetros que hayamos adquirido a lo largo de la vida para juzgar los peligros. A veces el riesgo es imaginario y la gente se pasa la vida temiendo cosas que jamás habrán de ocurrir.

Otras veces, en cambio, se agranda la percepción de un peligro verdadero. Y en otras ocasiones, por lo contrario, se niega la importancia del peligro.

Pero incluso en los casos en que la causa de temor no sea algo real, sí son reales los efectos que ese temor produce.

Pero hagamos máis claro lo que intentamos explicar mediante el relato de lo sucedido a una joven llamada Belén.

El caso de Belén.

Esta chica está sola en un lugar de vacaciones. La casa que alquila se encuentra alejada de otras viviendas. En medio de la noche, despierta sobresaltada. Le parece haber escuchado un ruido. Cree ver una sombra que pasa frente a la ventana.

“¡Un ladrón!”, piensa entonces. Su corazón empieza a latir apresuradamente, se le dilatan las pupilas, transpira, sus cabellos se erizan y tiembla. Belén está experimentando los síntomas físicos típicos que acompañan la percepción del peligro. El cuerpo de la chica se prepara para la defensa. Ha captado una señal de alerta y reacciona con alarma.

Cuando se anima a encender la luz, comprueba con alivio cuál ha sido la causa del ruido: una ventana abierta por una súbita ráfaga de viento. La sombra que creyó percibir no era más que la cortina de esa misma ventana, agitada por la brisa.

Sin embargo, poco importó cuál fuera la realidad de los hechos. Mientras duró el susto, Belén sintió la misma conmoción que hubiese tenido lugar si el ladrón hubiese estado realmente allí, y su cuerpo, engañado por esas percepciones distorsionadas, se comportó como si efectivamente hubiese estado a punto de ser víctima de un ataque.

No es necesario que un acontecimiento sea *verdadero* para que provoque reacciones idénticas al supuesto de que sí lo fuera.

En definitiva, la realidad verdadera o externa no siempre coincide con la realidad subjetiva o interna.

Realidad psíquica.

La realidad exterior es la misma para todas las personas.

Llueve. Hubo un terremoto. Hoy es Navidad.

Son tres hechos reales, objetivos, que a todos nos afectan y que todos podemos percibir.

La realidad psíquica, en cambio, es *subjetiva*, íntima, y tiene un sentido diferente para cada uno.

“Es Navidad y estoy triste”, dice alguien.

“¡Qué alegría! Llegó la Navidad”, exclama otro.

¿Por qué una misma cosa puede tener sentidos tan diferentes para distintas personas?

Sucede que en cada ser humano se desencadenan distintas respuestas frente a los mismos sucesos. Lo que para unos carece de importancia, asume para otros la categoría de una catástrofe. Mientras el incidente del subterráneo conmocionó profundamente a Mariana y a la tía de la niña, probablemente a otros pasajeros no les produjo daño ninguno.

La cantidad de sufrimiento psíquico no es algo que se pueda medir matemáticamente, ni hay tampoco una relación lineal entre determinados sucesos externos y efectos psicológicos específicos.

Pero ¿a qué obedecen estas diferencias? Cada uno de nosotros trae a la vida un bagaje propio de condiciones, genéticamente determinadas, y además recibe las influencias del lugar y la época en que le toca vivir.

También cada uno de nosotros crece en una familia diferente y tiene una infancia distinta de las demás personas.

Cada personalidad es, por tanto, el resultado de infinitas variables genéticas, orgánicas, históricas, familiares, culturales y sociales.

Por esto mismo, de nada vale decir a los hijos: “Yo a tu edad...”, ni tampoco “Aprendí de Fulano, que tuvo muchos más problemas en la vida y sin embargo...”

La conducta nunca obedece a una sola causa. Si volvemos al ejemplo de Mariana, hay un elemento que hasta ahora no habíamos revelado: el episodio del subterráneo tuvo para ella tanta importancia porque se conectó a otra situación que era previa.

Desde el nacimiento de su hermanita, Mariana experimentaba profundos celos y se sentía excluida de la familia. La posibilidad de morir y no volver a ver más a los suyos era, entonces, la dramática expresión de un miedo básico que la niña estaba experimentando. El miedo a ser abandonada, a perder el amor y el amparo de sus seres queridos.

Fobias.

Muchas veces un temor difuso se organiza y concentra en torno a una cosa, persona o situación concretas: uno siente miedo a viajar en avión, a los perros, a los espacios vacíos, al encierro, a las enfermedades, a determinados colores.

En estos casos hablamos de *fobia*, palabra de origen griego que significa precisamente miedo.

La persona que sufre una fobia sabe que algo raro le sucede. Siente angustia frente a una situación precisa. Pero no puede explicar ni explicarse por qué le ocurre el fenómeno. Tampoco puede desconocerlo ni negarlo. Se siente impotente frente a él: no logra remediarlo por más que ponga en juego su fuerza de voluntad.

Cuando aparece el perro, sube al avión o se cierran las puertas del ascensor, surgen inequívocas las señales psíquicas y físicas del pánico: angustia, temblores, taquicardia e intensísimos deseos de escapar.

Personalidad fóbica.

En otras ocasiones los temores se incorporan como parte de la personalidad global. En estos casos la persona adopta una actitud huidiza o evasiva. A causa de ese miedo no explícito algunas personas tienden a demorar, posponer o interrumpir, a través de múltiples motivos aparentes o excusas, encuentros, salidas o comienzo de tareas. Son aquellas personas a las cuales siempre les cuesta empezar cosas nuevas, se la pasan *dando vueltas*, o necesitan de una compañía para emprender cualquier intento.

El alumno con una personalidad fóbica es aquel que nunca se decide a estudiar, y sólo lo hace a último momento, cuando ya las *papas queman*.

Estas conductas evitativas las puede tener todo el mundo, y no solo el adolescente. A las personas fóbicas les cuesta reconocer sus temores. No sienten extrañeza ante ellos. Por el contrario, niegan tener miedo, pero siempre encuentran motivos para justificar sus conductas.

Sin embargo, el temor debe ser removido. Y la única manera de vencer al miedo es reconocerlo y enfrentarlo.

Pasar de lo conocido a lo desconocido siempre asusta. Los cambios evolutivos, es decir los pasajes a las distintas edades de la vida, de la niñez a la adolescencia, luego a la juventud, a la madurez, y de allí a la vejez, incrementan los temores.

Un adulto mayor tiene miedo ante su inminente jubilación. Un adolescente lo tiene frente a su ingreso a la universidad. Pero, en esencia, el significado es el mismo en ambos casos: los dos, el joven y el viejo, manifiestan su temor ante el futuro.

El miedo admite gradaciones. El lenguaje cuenta con palabras apropiadas para cada caso. En efecto, hablamos de temor, aprensión, pánico, terror, angustia, aversión. La magnitud del miedo es diferente en cada uno de estos términos.

Experimentar temor ante una decisión importante es algo normal. Pero si el miedo es muy intenso y se convierte en pánico, terror o angustia, resulta muy difícil elegir.

Sólo se puede elegir con libertad. Pero quien tiene miedo no dispone de libertad.

“De todos los males, los que más nos asustan son los desconocidos”, decía Cicerón. Y es verdad: el desconocimiento aumenta el miedo e impide un buen control de la situación. Tener buena información ayuda a disipar el miedo.

Miedos vocacionales.

Los adolescentes se van separando, poco a poco, de sus padres. Pero la autonomía económica todavía está muy lejana. Aunque el adolescente trabaje, sus ingresos son bajos. ¿Cómo atender a la propia subsistencia? Vivir como nos gusta cuesta *mucha plata*.

De manera que, ya desde temprano, la preocupación por el porvenir se traslada casi exclusivamente a lo económico. La consigna es: “Hay que ganar mucho dinero.”

Los valores económicos aparecen así privilegiados por encima de otros valores.

Es razonable pensar en los aspectos monetarios: hace falta dinero para vivir y las personas viven de su trabajo. Pero el temor a que falte el dinero no es el único. Hay otros miedos profundos y ocultos que acompañan esta búsqueda de seguridad económica.

“Tengo miedo de fracasar”, “miedo de equivocarme”, “miedo de que lo que estudié no me sirva”, “miedo de que no me guste lo que haga”, “miedo de perder el tiempo”... Estas son algunos de los temores que los adolescentes manifiestan.

Muchas veces los miedos vocacionales reaparecen en otras etapas de la vida. Esta reaparición puede ocurrir en momentos clave, como por ejemplo hacia el final de la carrera universitaria, en el comienzo del ejercicio profesional, al decidir una especialidad, ante un cambio de empleo o ante la proximidad de la jubilación.

Pero a veces los miedos vocacionales son solo aparentes; es decir, en ocasiones en realidad encubren otros temores provenientes de situaciones distintas de la elección vocacional.

El ser humano es una totalidad. Por lo tanto, miedos que anidan en otras áreas de la personalidad pueden *engancharse* y aparecer como causa de las dificultades para elegir.

El psiquismo humano no funciona como un modelo mecánico. No hay en él nada que se parezca a una fórmula del tipo “si oprimo tal botón obtendré tal respuesta”, sino que se tiende a constituir un sistema donde todos los elementos se encuentran interrelacionados.

El siguiente ejemplo puede ilustrar estas afirmaciones.

Felicitas.

Felicitas es una mujer de veintisiete años, casada desde hace cinco. Concorre a la consulta porque, estando a punto de recibirse de arquitecta, siente que la carrera ha dejado de interesarle.

No entiende qué le pasa. “La arquitectura siempre me gustó y he hecho muchos sacrificios para estudiarla”, dice muy afligida.

En las entrevistas, Felicitas cuenta que ella y su marido han postergado la intención de tener un hijo hasta tanto la esposa se reciba.

Aquí aparece la clave del desinterés súbito de esta mujer por su carrera. Cuando Felicitas sea arquitecta, *deberá* embarazarse.

En realidad el temor verdadero de Felicitas es el miedo a ser madre. Esto es lo que se enlaza con su repentino rechazo hacia la arquitectura.

Cuando descubre las causas de su verdadero temor, la joven logra completar sus estudios y decide comenzar una terapia para resolver sus dificultades con la maternidad. Se ha dado cuenta de que su problema real nada tiene que ver con un caso de desorientación vocacional.

La búsqueda de la seguridad.

Ante una situación nueva, que engendra temor, la gente se defiende buscando seguridad en las personas, hechos o ámbitos que le resultan habitualmente conocidos.

La persona que en un medio estable no experimenta temor comienza, ante la posibilidad de un cambio, a perturbarse o sufrir formas francas o larvadas de miedo.

Por eso es muy grande la necesidad que tienen los adolescentes de asegurarse totalmente, en el plano vocacional, de que “todo vaya a andar bien”. No se toleran fallas ni dudas.

De aquí derivan las preguntas ansiosas sobre las propias aptitudes e intereses, la enorme importancia que se le da al test, a cuyos resultados

se atribuyen cualidades mágicas, y la expectativa de que alguien les diga lo que debería hacer. Todo esto nace de ese miedo al futuro.

El miedo opera con más intensidad antes de dar el primer paso y suele atenuarse con los pasos siguientes.

En mayor o menor grado a todos nos puede suceder lo de aquella mujer que toda su vida anheló conocer Europa y, sin embargo, alegando distintos motivos pospuso varias veces su ansiado viaje. En realidad, tenía mucho miedo de hacerlo. Finalmente se decidió.

Cuando esta señora llegó a Madrid, la primera ciudad de su itinerario, estaba muy asustada. Pero poco a poco se fue tranquilizando. Las ciudades que siguió visitando la encontraron cada vez más serena.

Al regreso, olvidada de sus miedos iniciales, se siente feliz de haber podido viajar.

Es importante enfrentar los temores a tiempo, pues posponer las resoluciones incrementa la angustia.

Los miedos no son los únicos sentimientos que pueden afectar las decisiones vocacionales. En el capítulo próximo hablaremos de otros afectos que también pueden estar impidiendo una buena elección.

Entre ellos vamos a referirnos, en primer lugar a los denominados *sentimientos de culpa*.

Bibliografía

- **Fiorini H.:** *Teoría y técnica de psicoterapias*. Editorial Nueva Visión, 1987.
- **Freud, Sigmund:** *Estudios sobre la histeria*. Obras completas, Vol. 2. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1992.
- **Freud, Sigmund:** *La interpretación de los sueños*. Obras completas, Vol. 4. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1992.
- **Freud, Sigmund:** *Cinco conferencias sobre psicoanálisis*. Obras completas, Vol. 11. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1992.
- **Freud, Sigmund:** *Inhibición, síntoma y angustia*. Obras completas, Vol. 20. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1992.
- **Freud, Sigmund:** *Análisis terminable e interminable*. Obras completas, Vol. 23. Amorrortu Editores. Buenos Aires. 1993.
- **Kesselman, H.:** *Psicoterapia breve*. Editorial Fundamentos, Caracas-Madrid, 1977.
- **Laplanche, J. y Pontalis J.B.:** *Diccionario de Psicoanálisis*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 2007.
- **Nardone, Giorgio:** *No hay noche que no vea el día*. Ed. Herder, 2004.
- **Nardone, Giorgio:** *Miedo, pánico, fobias*. Editorial Herder.
- **Piedimonte, R. y Goldín M.:** *Diálogos sobre Psicopatología*. Editorial Kangierman, Buenos Aires, 1978.
- **Saurí, Jorge:** *Las fobias*. Editorial Nueva Visión, Buenos Aires, 1976.
- **Saurí, Jorge (Compilador), Recamier. P.C. y otros:** *Las histerias*. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1979.

Fragmento de una entrevista.

Orientadora: Hoy te noto muy callado. ¿Qué te pasa?

Juan Ernesto: No sé, estuve pensando algunas cosas acerca de la carrera que me pusieron mal...

Orientadora: ¿Con qué tienen que ver esas cosas?

Juan Ernesto: Y... (suspirando) Tienen que ver con mis padres. Pensé en ellos, en que trabajan mucho para mantenernos a mis hermanos y a mí. ¡Mi papá se está haciendo viejo: ya cumplió cincuenta años!

Orientadora: Parece que sintieras que algo que vos hacés los estuviera dañando o les estuviera haciendo mal ¿verdad?

Juan Ernesto: ¡Claro! Yo ya tendría que haber elegido una carrera para darles una alegría. Creo que se la merecen. Mi papá no pudo estudiar y yo puedo hacerlo. ¡Está mal lo que les hago!

Orientadora: Hablás como si lo estuvieras haciendo a propósito.

Otros sentimientos

*La culpa. Culpa "vocacional". Culpa y reparación.
Las dudas obsesivas de Rodrigo. La influencia de los ideales.
La depresión y sus consecuencias en las decisiones vocacionales.
Casos de Matías y Ariel. La violinista.*

La culpa.

Hay dos clases de culpas. En el primer caso, alguien puede producir deliberadamente un daño concreto a otra persona, con mala intención. Este es un hecho real. Por ejemplo, un empleado, para impedir el ascenso de un colega y obtener para sí ese beneficio, se propone intencionadamente desacreditar a su compañero ante el jefe mediante una calumnia. Si el autor de la mentira tiene conciencia moral, puede sentir culpa por lo que hizo. En ese caso podrá disculparse y corregir la situación diciendo la verdad.

Pero hay otra clase de culpas, que producen también sufrimiento psíquico, que no provienen, como en el caso del empleado, de acciones concretas reales, sino de fantasías o de deseos agresivos u hostiles que se experimentan hacia otras personas. Muchas veces, estos sentimientos tienen un carácter inconsciente. Vale decir, son ignorados, desconocidos, por quien los padece.

Veamos un ejemplo. Un alumno se enoja con su profesor de matemática, que le ha puesto una mala nota, y piensa con rabia: "¡Ojalá se muera! Esa tarde el profesor sufre un infarto y el adolescente se siente culpable por lo ocurrido.

La culpa del chico es una culpa fantaseada. Esa culpa nace de un deseo que se vio confirmado sin que mediara ninguna intervención real por parte del adolescente. El no hizo nada para que el profesor falleciera. Sin embargo, está tan angustiado como si lo hubiese agredido realmente.

Pensamiento mágico.

Estas culpas imaginarias guardan una gran relación con una clase de pensamiento muy especial: el *pensamiento mágico*.

Claudina tiene ocho años. El patio de su colegio está cubierto por grandes baldosas, blancas y negras. Sobre ellas juega la niña, saltando de

una baldosa blanca a la otra. Cuidadosamente, evita tocar las baldosas negras. Mientras lo hace, piensa: "Si piso las baldosas negras me va a pasar algo malo."

El pensamiento de Claudina es un pensamiento mágico. Este modo de pensamiento desconoce las leyes de la causalidad: nada tiene que ver el color de las baldosas con una posible desdicha.

El alumno del profesor infartado hace lo mismo. Relaciona un hecho que está dentro de sí (un afecto, en este caso la rabia) con un hecho externo, real, como lo es una enfermedad cardíaca. En la imaginación del adolescente, su rabia ha sido la causa del infarto, y por este motivo se siente culpable.

El pensamiento mágico se opone al pensamiento lógico. La lógica nos dice: una seria dificultad circulatoria es la causa más probable de un infarto. Pero el chico no puede pensar de este modo.

El pensamiento mágico es propio de la infancia. Sin embargo, perdura también en los adultos. Por ejemplo, en las supersticiones.

¿Por qué razón a los niños les fascinan tanto los cuentos de hadas? ¿Por qué tantas generaciones se han deleitado con un gato que habla y consigue gloria y riquezas para su amo, o con una princesita que revive tras comer una manzana envenenada, o con una fregona que logra, desafiando toda lógica, que un zapallo se convierta en carroza y unas liebres en caballos hasta que suenen las doce campanadas del reloj?

Esto ocurre porque el contenido de esos cuentos responde a creencias infantiles muy arraigadas, y porque en el poder de esas brujas, duendes o sortilegios que narra el cuento los niños ven patentizados algunos deseos muy profundos.

Una característica del pensamiento mágico es que éste es omnipotente. La omnipotencia es un mecanismo psicológico que consiste en creer que uno lo puede todo.

La omnipotencia es una característica típica del psiquismo infantil. Los chicos suponen que, merced a un mágico poder ilimitado, sus deseos pueden transformarse en realidad.

Daniel, un niño que siente celos de su hermanito menor, desea que éste desaparezca cuanto antes. Pero si el pequeño se enferma en la realidad, el hermano mayor se asusta. Creyendo que eso ocurre porque él antes lo deseó, se siente responsable de la enfermedad y se llena de culpa.

Por causa de la culpa, Daniel tal vez sienta la necesidad inconsciente de recibir un castigo. Por eso el chico se cae, se lastima o se enferma él también. También por causa de la culpa Daniel trata de recompensar al hermanito con regalos, caricias, demostraciones de amor, compañía...

Con todo esto el chico está intentando reparar el daño que supuestamente ha causado.

Culpa en orientación vocacional.

Vamos a referirnos ahora a casos específicos de indecisión vocacional debidos a culpas inconscientes.

Frente a sus padres, algunos hijos experimentan un cierto sentimiento de culpa. Hay en ello aspectos reales: es innegable el esfuerzo paterno para criar y educar a su prole. Pero entonces surge la inquietud: ¿a cuánto *obliga* el agradecimiento filial?

El adolescente se pregunta: "¿A cambio de ese esfuerzo yo tengo que hacer lo que a ellos les gusta?" O bien: "¿Cuánto daño les hago a mis padres si no hago lo que ellos esperan de mí?"

No hay una respuesta general que sea válida para todos los casos. Cada persona responde a estas preguntas de distinta manera.

Malena, ofendida por un reclamo materno, dice: "Yo no te pedí nacer. Yo no me siento obligada a nada."

Pero Josefina, en cambio, afirma: "Tengo que elegir muy bien, para no darles un disgusto a mis padres."

Sin embargo, aquí no acaba el tema. No se trata solamente de hacer o no hacer aquello que a los padres les gustaría.

Estudiar, trabajar, progresar, puede ser también una manera de diferenciarse de la familia, e incluso *ganarle* a esas figuras que parecían ser tan poderosas en la infancia. Puede significar ser, saber o tener más de lo que los padres han podido lograr en su vida.

En ocasiones esto puede funcionar como un aliciente. Pero también suele suceder que, debido a la culpa, la gente no se atreva a superar a sus padres e inconscientemente reniegue de sus posibilidades.

En estos casos lo que cuesta es diferenciarse y ser más que lo que han llegado a ser los padres. Diferenciarse no es fácil y se vive a menudo como una traición a las lealtades familiares.

La obra de Florencio Sánchez, "*M' hijo, el doctor*", muestra con claridad una fantasía colectiva al respecto, acerca del hijo que estudia, progresa y termina por *avergonzarse* de sus padres.

Ser el primer universitario en un grupo familiar es difícil. Además despierta enormes expectativas en padres e hijos. Y por lo general aparece en todos los miembros de la familia ese miedo a la diferencia. Miedo "a que cambie tanto que se convierta en otro", o "a ya no ser reconocido por los suyos".

No querer ser universitario en una familia donde todos lo son también es una diferencia. Sobreviene el miedo al rechazo a causa de la *desilusión* de los padres. Un refrán muy argentino, “Abuelo inmigrante, nieto estudiante”, da cuenta de los sueños de progreso social que traían a estas tierras nuestros antepasados, generalmente pobres e iletrados.

Pero, cumplidos con los nietos esos viejos anhelos, ¿qué se espera ahora del bisnieto o del tataranieto?

A través del siguiente ejemplo, se intenta mostrar cómo las culpas inconscientes pueden detener el logro de una identidad ocupacional satisfactoria.

Matías, un inteligente chico de diecisiete años, alumno de quinto año, jamás ha tenido problemas de aprendizaje durante su escolaridad. Hasta que, de pronto, para gran sorpresa de padres y profesores, comienza a tener tan serias dificultades que hacen peligrar su aprobación del curso.

Derivado a una consulta psicopedagógica, la entrevista familiar revela claves que permiten entender la conducta, en apariencia inexplicable, de ese chico. Se descubre que el síntoma de Matías se relaciona con la historia de su padre, un hombre muy afectuoso, cercano ya a los sesenta años, que vivió una infancia muy pobre.

En aquella época, el papá de Matías, que era un excelente alumno, se vio forzado, ante la súbita muerte de su padre, a dejar la escuela secundaria para ir a trabajar. Era el mayor de los hijos y la mamá y los hermanos más pequeños necesitaban de su ayuda.

El hombre trabajó duramente. Primero logró sacar adelante su familia de origen y más tarde a la propia, constituida por su esposa y cuatro hijos, de los cuales Matías es el menor. No obstante, siempre vivió con mucho dolor la frustración de sus estudios y desvalorizó sus logros laborales.

Matías quiere y admira intensamente a su papá y se siente culpable por contar con las posibilidades que aquél, de joven, no pudo tener. Por lo tanto, de manera inconsciente, renuncia a ello.

Si no aprueba su último año, no superará al padre, ni lo avergonzará con una conquista que, según él chico supone, lo hará sentir aun más desvalorizado.

La breve terapia que se le indica a Matías permite que este chico elabore esos profundos sentimientos de culpa que él mismo desconoce.

Así, Matías deja de castigarse con la reprobación, y rinde sus exámenes en marzo de manera satisfactoria.

Culpa y reparación.

Dijimos antes que un hermano celoso podía *reparar* sus culpas imaginarias respecto del más pequeño regalándole sus juguetes, cuidándolo o haciendo cosas por él. Ahora agregaremos que, en realidad, ello puede constituir una buena salida para el malestar psicológico derivado de la culpa.

En las elecciones vocacionales se da, muchas veces, la misma necesidad de reparar situaciones conflictivas del pasado.

Esteban, que vivió en su infancia circunstancias penosas debidas a un largo y complicado proceso judicial que involucró a su familia, elige estudiar abogacía.

Elina, cuyo papá falleció de un accidente cerebro-vascular siendo ella muy pequeña, elige seguir medicina y espera especializarse, precisamente, en el tratamiento de esas enfermedades.

Ambos son ejemplos de lo que se ha dado en llamar *elecciones de carácter reparatorio*.

Merced a sus decisiones vocacionales estos jóvenes intentan arreglar situaciones dolorosas del pasado. Esteban, defendiendo personas injustamente tratadas. Elina curando enfermos. Es decir, haciendo aquello que de niños hubieran querido y no pudieron realizar.

Una aclaración importante: no es malo que esto ocurra. Por el contrario, elecciones de este tipo pueden ser una saludable fuente de gratificación para quienes opten por ellas.

De todos modos, nunca existe una única causa de elección. En efecto, toda elección humana está plurideterminada; vale decir que la misma está influida por una suma de factores.

Probablemente, en Esteban, a la necesidad de reparar un pasado doloroso se agregan un interés y cierta habilidad para los estudios humanísticos, admiración por algún abogado que se convirtió en modelo de identificación para él, mensajes familiares aprobatorios y posibilidades concretas (económicas y sociales) facilitadoras de su decisión.

La decisión vocacional de una persona es el resultado de un *modelo para armar*. Un modelo donde se suman factores individuales, familiares y sociales.

Entre los factores individuales, hicimos ya referencia a las aptitudes e intereses personales y hablamos de las emociones que interfieren en la elección.

Pero hay otros afectos, no sólo culpas o miedos profundos, que pueden ejercer influencia en la determinación vocacional. Vamos a referirnos ahora a ellos.

Los ideales.

La conducta humana tiene motivaciones de carácter ideal. Los ideales se instalan ya en la primera infancia y dependen de los modelos que la familia y la sociedad proponen.

Por supuesto, estos ideales cambian según las épocas y las culturas. No se espera lo mismo de un adolescente de clase media de Buenos Aires que de un lejano cuidador de cabras de Jujuy.

La respuesta de cada uno ante los modelos propuestos es bien distinta. Si bien los modelos nos son planteados desde afuera por la sociedad y la familia, el modo como respondemos a ellos difiere mucho entre las personas.

Hay gente muy permisiva consigo misma respecto del logro de los ideales. Otro grupo de personas, por el contrario, resulta altamente exigente en el cumplimiento de ideales muy estrictos.

Cuando los ideales son demasiado elevados constituyen una meta muy difícil de alcanzar.

Por el contrario, la falta de ideales hace que una persona no se motive lo suficiente como para conseguir progresar, obtener logros y superarse.

En el primer caso, ideales excesivamente elevados condicionan actitudes de exigencia desmedida para con uno mismo. Todo lo que se haga parece poco y no se valorizan adecuadamente los resultados obtenidos. La disconformidad es la constante y esto lleva muchas veces, por desilusión, al abandono de los proyectos.

Una característica de estas personas auto-exigentes es que manejan para sus actos (pero también para los de los demás) una escala de valoración extrema. Las cosas son muy buenas o muy malas, sin que existan posibilidades intermedias.

El problema es que calificar lo que uno hace exclusivamente con dos puntajes, o con cero o con diez, no puede más que conducir al descontento personal.

Y esto es así porque, como la tan ansiada perfección no existe, cualquier falla, por pequeña que sea, se vive como un fracaso.

Así, mucha gente termina desestimando sus esfuerzos o sus logros porque *no alcanzan* a los diez puntos.

Dudas obsesivas.

Elisa trabaja como secretaria en una escribanía céntrica. A menudo el notario debe ausentarse temprano. Entonces encarga a su empleada, en quien confía plenamente, que guarde el dinero y los valores en la caja fuerte y cierre la oficina.

Elisa cumple las indicaciones pero, una vez en su casa, comienza a sufrir intensas dudas. ¿Guardó todo como correspondía? ¿Trabó las puertas? ¿Y si la caja de caudales hubiera quedado abierta?

A pesar de que Elisa intenta no pensar en todo esto, el sufrimiento se le hace tan insoportable que a veces debe regresar a la oficina para comprobar que, efectivamente, está todo en orden.

Como Elisa, algunas personas expresan sus conflictos psíquicos a través de dudas acuciantes que no se pueden resolver.

Esta clase de ideas se denominan *pensamientos obsesivos*. Las personas que los padecen no pueden *sacárselos de la cabeza*. Las ideas, convertidas en una obsesión, se imponen por más esfuerzos conscientes que se realicen en sentido contrario.

Todos podemos tener algunas ideas obsesivas. Por ejemplo, pueden ocurrirnos en una situación como ésta:

En una noche de invierno, bien abrigados en la cama, nos asalta la duda de si cerramos la puerta de la terraza con llave. Estamos seguros de haberlo hecho, tenemos frío y sueño, pero... terminamos levantándonos para acabar con la duda insoportable y comprobar que, efectivamente, la dichosa puerta estaba bien cerrada.

Pero el pensamiento obsesivo, la *idea fija* continua que nunca permite la resolución del dilema, también opera dificultando la toma de decisiones, que muchas veces se dilata a través de una evaluación de alternativas interminable.

Susana, de compras en el shopping, se cuestiona: "¿Me compro la blusa blanca o la roja? La blanca es más linda, pero la otra es más práctica... La blanca combina mejor con el resto de mi ropa, pero la tela de la roja parece mejor..."

Y así sigue argumentando, sin comprarse la blusa.

Para una persona obsesiva, tomar una decisión, por pequeña que sea, resulta muy difícil.

Imaginemos entonces qué ocurre cuando alguien, con síntomas obsesivos marcados, tiene que elegir algo tan importante como lo es una carrera a seguir.

En estos casos, el malestar es demasiado grande. La persona sufre, está muy mal. Se siente torturada por la imposibilidad de llegar a una determinación. Siente que, de hacerlo, habrá de enfrentarse con la posibilidad más temida: “¡Me equivoqué de nuevo!”

Y en efecto, muchas veces, hartos de tantas cavilaciones, estas personas comienzan a estudiar una carrera. Al tiempo, sin embargo, piensan que se han equivocado. Así pasan a seguir otros estudios, para volver a sentirse defraudados no mucho después.

Resulta fácil imaginar lo desgastante que puede ser esta situación y en qué sensación de desánimo termina por encontrarse quien padece este síntoma.

Escuchemos a Rodrigo, quien todavía no ha podido tomar una determinación vocacional:

“A mí me gustan tres carreras: abogacía, ingeniería en petróleo y arquitectura. Pero... ¡Es una duda terrible! Un día digo: ¡Bueno, basta!... ¡Ya está! Voy a ser ingeniero. Y me quedo tranquilo. Sin embargo, al rato vuelvo a sentir dudas. Porque a mí me gusta ingeniería en petróleo. Entonces me voy a tener que ir de Buenos Aires... y no quiero. ¡Ahí se me viene abajo la ingeniería! Si me decido por arquitectura, pienso que lo hago porque mi papá es arquitecto y eso me influye. Entonces me pregunto: ¿será una vocación verdadera?”

Después de seguir un rato con sus argumentaciones, Rodrigo termina afirmando: “Ninguna carrera *me llena* completamente. Todas tienen inconvenientes. Debo estar buscando la carrera *perfecta*.”

En efecto, Rodrigo busca una carrera que no existe. Rodrigo quiere hallar la carrera *perfecta* para él. Pero eso no existe, no sólo porque nada es perfecto, sino además porque la complejidad, y también la contradicción de nuestros propios gustos, intereses y habilidades, hacen que algunos de ellos deban quedar fuera de la elección.

Para elegir, Rodrigo debe renunciar a la búsqueda de la perfección y aprender a soportar los inexorables inconvenientes de aquello con lo cual, finalmente, opte por quedarse. También debe ser capaz de despedirse de lo que él ya nunca habrá de ser; es decir, de aquellas identidades profesionales que descarte. Al elegir una de las opciones, las demás quedarán a la vera del camino. Sin embargo, esa es la única manera de permitir que alguna otra se concrete.

Muchos sueños jamás se cumplirán. Después de decidir su carrera, Zully escribe: “Al elegir ser profesora de inglés, no seré nunca ni la azafata sonriente, ni la médica de niños, ni la investigadora científica que protagonizaron, en mis sueños vocacionales, imágenes idealizadas del futuro, pero estoy contenta con mi elección.”

Zully ve ahora las cosas desde una óptica más realista. Puede discriminar mejor entre la fantasía y la realidad. Ahora sabe que los sueños, sueños son, y que siempre va a existir una distancia entre lo imaginado y lo real.

El abogado que defiende generosas causas o gana mucho dinero convive prosaicamente, en la realidad, con el profesional que debe tener buenas piernas para desplazarse por las empinadas escaleras y largos pasillos de los tribunales.

Tener sueños es algo hermoso, pero no conviene olvidar la distancia que media entre lo real y lo ideal, para evitarse decepciones.

Elegir exige renunciar a la certeza absoluta, pues esta clase de certeza es imposible. Pero a las personas demasiado auto-exigentes, ansiosas de perfección, les cuesta muchísimo soportar la incertidumbre que acompaña, en distintos grados, la toma de decisiones.

Sin embargo, nunca podremos estar absolutamente seguros de nada, porque la inseguridad forma parte de la existencia.

Además, y esto es muy importante, una carrera dura muchos años. Elegimos una carrera en el presente para ejercerla en el futuro. Y de qué cosas ocurrirán en el futuro nadie puede estar absolutamente seguro.

¿Quién podría haber sospechado, veinte años de que ello sucediera, que los Estados Unidos tendrían alguna vez un presidente afroamericano?

Sin embargo, el hecho de que la certidumbre no pueda ser absoluta no le quita valor a la reflexión vocacional ni debe llevarnos a caer en el escepticismo.

Por el contrario, es de gran utilidad disponer de la mayor cantidad de datos ciertos y posibles acerca de uno mismo y de la realidad laboral. Pero también es útil tener plasticidad para enfrentar creativamente los desvíos que contingencias personales o históricas obliguen a realizar.

A veces, esto significa, simplemente, estar dispuestos a aceptar los cambios que el transcurso del tiempo pueda traer consigo.

Consideremos el ejemplo del famoso pintor Paul Gauguin, quien abandonó el banco en el cual trabajaba a los treinta y nueve años, y se marchó a la Polinesia, para dedicarse al arte.

Muchas personas experimentan un hartazgo similar ante sus tareas habituales. Desean encontrar actividades más acordes con sus anhelos más profundos.

La prolongación de la vida, las condiciones del trabajo, la competencia, el riesgo del estrés, la educación permanente, las nuevas alternativas tecnológicas, los cambios ideológicos personales, todos estos factores pueden conducir a que la gente desee cambiar de actividad.

Pero en otras ocasiones la dificultad para proyectar una actividad obedece a otros sentimientos.

Depresión.

Los padres de Ariel, que tiene diecisiete años y está terminando el secundario, consultan porque están preocupados por su hijo.

La mamá dice: "No abandona su cuarto. Se pasa las horas en la computadora. No sale como antes ni va a lo de sus amigos. Dice que no encuentra nada que le guste para estudiar. Cuando le propuse venir acá, me dijo que no tenía ganas. Que viniéramos nosotros. Por eso estamos aquí. No entiendo. No le falta nada. ¿Qué le pasa a mi hijo?"

Enseguida la señora añade, muy preocupada: "Mi sobrina, que es estudiante de psicología, me dice que quizás Ariel tenga depresión... ¿Qué es eso?"

Se denomina *depresión* a un sentimiento caracterizado por la tristeza, el vacío existencial, temor al empobrecimiento y a la soledad.

La depresión tiene generalmente un detonante: surge frente a una muerte, a una ruptura, a una separación, por ejemplo. Sin embargo, a veces sus causas son remotas. Basta entonces con un episodio sin importancia aparente, para que se manifieste. Un cambio de colegio, una ruptura amorosa, una mudanza, un leve defecto físico, pueden ser para algunas personas motivo de depresión.

De cualquier modo que se origine, la depresión, paulatinamente, lo va invadiendo todo y la persona que la padece pierde el interés por aquello que antes le resultaba atractivo. Se abstrae, se *aburre* y no encuentra nada que lo motive, ni que le guste para hacer o estudiar.

Tal vez tenga razón la sobrina de Cristina y Ariel esté deprimido. En ese caso, su conducta está expresando la tristeza que lo invade.

Ariel no quiere hacer una consulta de orientación vocacional porque no puede elegir. Si una persona se encuentra atravesando una depresión es muy difícil que esté dispuesto a tomar una decisión vocacional. "¿Cómo voy a elegir una actividad si no hay nada, en ningún plano, que despierte mi entusiasmo?", se pregunta, con apatía, este chico.

El deprimido se siente desesperanzado. No es capaz de hacer proyectos, no tiene expectativas. Ve la existencia desde una óptica desilusionada y esto no le permite conectarse con sus aspectos creativos ni con las fuerzas de la vida. Esta clase de depresión requiere ser prontamente atendida por un profesional.

Pero no todas las depresiones son iguales. La depresión de Solange, por ejemplo, obedecía a una causa distinta.

Tras las primeras entrevistas, que habían marchado bien, el proceso de orientación vocacional de Solange se paralizó. Como no se descubrían las causas de esa detención, los padres fueron citados.

Cuando la entrevista familiar, que no había aportado nada que permitiera entender el fenómeno, ya estaba a punto de terminar, la mamá pregunta vivamente: "Usted sabe, ¿no?... Ya se lo habrá dicho Solange... Mi suegra, la abuela tan querida de Solange, falleció en un accidente."

No, el consultor no lo sabía. Y Solange no quería saberlo tampoco. Por eso no había dicho nada al respecto. Agobiada por la tristeza, Solange no había podido siquiera mencionar la muerte de su abuela, pero el dolor que la embargaba la comprometía de tal manera que no era capaz de pensar en su propio futuro.

En este caso, Solange por suerte comenzó a aceptar de a poco lo ocurrido y pudo llegar a definir finalmente lo que quería estudiar.

Pero no siempre las cosas se resuelven con tanta facilidad y entonces el trabajo de orientación debe suspenderse hasta que la depresión sea convenientemente atendida. A este proceso de pasar la tristeza se lo denomina *elaboración del duelo*.

Si alguien se encuentra atravesando un duelo, vale decir, sobrellevando las consecuencias emocionales de una pérdida importante, ya sea por la muerte de un ser querido, por una enfermedad o accidente, por una separación, o por un viaje o migración forzada, por solo poner algunos ejemplos posibles, esa persona no posee energías disponibles para concentrarse en la búsqueda de sus intereses vocacionales.

Cuando ocurre algo así, lo mejor que se puede hacer es esperar a que el duelo esté lo suficientemente cumplido como para poder elegir, ya sin contraindicaciones, una actividad o carrera.

Sin embargo hay una excepción. Ella ocurre cuando una enfermedad o accidente originan secuelas permanentes que impiden que una persona siga ejerciendo su actividad habitual.

En este caso, deben buscarse urgentemente nuevas alternativas laborales. Recordemos que el hombre es lo que hace.

Situaciones como la señalada constituyen un serio ataque a la identidad: la persona se ve deprimida, confusa, extrañada ante sí misma.

Encontrar una nueva tarea cuanto antes es la mejor manera de prevenir serios desajustes de carácter emocional.

La maestra de música cuya historia contaremos seguidamente logró superar esa clase de sufrimiento emocional.

La maestra de violín.

Hace muchísimos años, una concertista de violín contrajo, muy precozmente, una artritis tan severa que le impidió continuar con sus presentaciones. La mujer cayó entonces en una depresión, para resolver la cual recurrió a un famoso psiquiatra de la época.

El profesional, con muy buen tino, aconsejó a la ejecutante, a quien por otra parte le gustaban los niños, que pusiera sus conocimientos y su amor por la música al servicio de la enseñanza.

Así fue como ella, entonces, comenzó a dar clases. A lo largo de su larga y fecunda vida, esta mujer tuvo numerosos alumnos, algunos de ellos muy exitosos.

Ya anciana, esta *maestra de violín* solía comentar qué feliz la había hecho la decisión de enseñar, tomada tantos años antes, y cuánta gratificación había obtenido de una opción vocacional impuesta a partir de unas circunstancias adversas.

Desde ya, la gran fortaleza psíquica de esta señora tuvo mucho que ver a la hora de permitirle afrontar con entereza su situación y aceptar una nueva alternativa, que finalmente le resultó tan gratificante y plena de creatividad como su actividad anterior.

Pero también fue crucial el papel que jugó en este caso el profesional que le permitió visualizar ese camino alternativo.

Bibliografía

- **Bettelheim, Bruno:** Psicoanálisis de los cuentos de hadas. Editorial Crítica, Barcelona, 1983.
- **Bleichmar, Hugo:** *La depresión: un estudio psicoanalítico*. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1978.
- **Bleichmar, Hugo:** *El narcisismo. Estudio sobre la enunciación y la gramática inconciente*. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1983.
- **Bowlby, John:** *La pérdida (El apego y la pérdida)*. Paidós Ibérica, 1997.
- **DSM-IV-TR.** *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*. TOC. pp. 514.
- **Freud, Sigmund:** *Obsesiones y fobias. Su mecanismo psíquico y su etiología*. Obras completas, Vol. 3. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1992.
- **Freud, Sigmund:** *Duelo y melancolía*. Obras completas, Vol. 14. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1993.
- **Freud, Sigmund:** *Introducción del narcisismo*. Obras completas, Vol. 14. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1993.
- **Freud, Sigmund:** *A propósito de un caso de neurosis obsesiva*. Obras completas, Vol. X. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1996.
- **Freud, Sigmund:** *Conferencias de introducción al psicoanálisis, Parte III, Doctrina general de la neurosis (1917)*. Obras Completas, Vol. XVI. Editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1996.
- **Klein, Melanie:** *Amor, culpa, reparación*. Obras completas, Tomo I. Editorial Paidós, 2008.
- **Laplanche y Pontalis:** *Diccionario de Psicoanálisis*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 2007.
- **Müller, Alice:** *El drama del niño dotado. En busca del verdadero yo*. Tusquets Editores, Barcelona, 2ª edición, 1991.
- **Segal, Hanna:** *Introducción a la obra de Melanie Klein* (en Klein, Melanie, Tomo I de sus *Obras completas*). Editorial Paidós, Buenos Aires, 1977.
- **Winograd, Benzion:** *¿Enfermedad o crisis?* Editorial Paidós, Buenos Aires, 2005.

PARTE 2

Factores familiares en la elección vocacional



Fragmento de una entrevista.

Madre: Mire, Licenciada, nosotros no tenemos ninguna preferencia en especial. Siempre nos parecieron bien las cosas que Juan iba eligiendo a lo largo de los años. Cuando era chico, ¿te acordás, Raúl?... Quería ser médico y paracaidista. Después, más grandecito, pensaba en ser ingeniero de caminos y ahora, que tiene que decidir, no sabe.

Padre: Yo pienso que estudie lo que quiera, pero que sea, en lo posible, algo *que tenga futuro*. No somos ricos; lo único que podemos dejarle es una buena educación. Que aproveche esta oportunidad.

Juan Ernesto: Papá, yo quiero aprovecharla. Lo que pasa es que no sé qué quiero estudiar.

(Breve silencio)

Orientadora: Perdón, ¿de qué trabajan ustedes?

Madre: Yo soy profesora de historia en una escuela secundaria.

Padre: Yo tengo un negocio de computación. No estudié, así que las cosas no me fueron fáciles... Hubo que trabajar mucho. Por eso le digo a Juan Ernesto: "Aprovechá. Tenés todas las posibilidades para hacerlo."

Juan Ernesto: (Suspirando) ¡Siempre me decís lo mismo! Eso no me ayuda para nada. ¡Yo soy yo!

Las leyes de la familia

*La conducta humana. Los modelos familiares.
"El mapa del mundo" que cada familia entrega.
Expectativas y preocupaciones paternas. Violeta y Milena.
El árbol genealógico profesional de Mariela Esther.*

La conducta del hombre.

La conducta humana responde siempre a la conducta de los demás.

Tomemos un ejemplo cualquiera. Enrique es jefe de sección de una gran empresa, tiene treinta y seis años, está casado y es padre de dos hijos. Observemos su conducta en tres situaciones distintas:

- En su trabajo, dialogando con un subalterno, que lo escucha con atención, se muestra serio y reservado.
- Más tarde, manejando su coche, ante la maniobra incorrecta y un gesto de burla de otro conductor, pierde la calma, se enoja y grita.
- Cuando llega su casa y sus hijos pequeños corren a besarlo, se revela como tierno y expansivo.

En las tres casos, Enrique es la misma persona; sólo que sus diversas conductas están influidas en cada caso por las distintas actitudes de los demás.

Esto nos sucede a todos. En condiciones normales (es decir si no median circunstancias personales demasiado conflictivas) tendemos a responder con amabilidad a quien es gentil con nosotros, pero reaccionamos airadamente con quien nos encara de mala manera.

Nuestra conducta depende, en buena medida, del entorno y de las relaciones que establecemos con la gente.

Aunque los hombres y mujeres suelen considerarse seres independientes, el nivel de autodeterminación de las personas no es tan alto como se supone. La conducta es, de hecho, siempre una respuesta.

En efecto, las conductas humanas no se desarrollan en el vacío, sino que son respuestas a los comportamientos ajenos. Estos comportamientos, a su vez, están generados por nuestras reacciones. Es decir que se trata de una interminable cadena de realimentación continua, donde es imposible fijar un punto de comienzo. Por eso no nos ponemos de acuerdo en las discusiones: *"Yo te dije porque vos me dijiste primero..."; "No, yo no empecé, empezaste vos..."*

¿Dónde aprenden las personas a relacionarse con sus semejantes y a encontrar las actitudes adecuadas a cada situación?

La respuesta a esta pregunta es sencilla: ante todo, en el seno de la familia. Es en este primer grupo humano donde se encuentra el embrión, la matriz de las conductas personales.

La familia

La familia es el grupo básico constituyente para la vida. Allí el niño aprende a ser una persona. Sin una familia, el chico no podría acceder nunca a la condición humana. Lo demuestra lo que ha ocurrido siempre con los llamados *niños lobo*.

Esta expresión hace referencia a los casos excepcionales de pequeños que, habiéndose extraviado en ambientes salvajes, han logrado sobrevivir en exclusivo contacto con animales, sin presencia de otras personas.

Cuando estas criaturas son rescatadas y devueltas a la civilización, ya no pueden ser *humanizadas*. Nunca se adaptan a los hábitos sociales, no aprenden a hablar y terminan escapando de sus cuidadores e incluso muriendo prematuramente. Es que no tienen ya lugar entre los hombres. Para ellos, es demasiado tarde.

El hospitalismo es otro fenómeno que prueba la decisiva importancia de la familia. Investigaciones realizadas en el siglo pasado han confirmado las gravísimas consecuencias que acarrearán a los niños internados en los hospitales la ausencia prolongada de sus madres o de alguna otra persona sustituta. Es tan grave el fenómeno, que en casos extremos también puede terminar en la muerte del chico.

Como vemos, el afecto brindado por la familia es tan importante para la existencia como el alimento o el abrigo.

La familia, o el eventual grupo que haga de sustituto, le ofrece al niño, además de todo un sostén material, la oportunidad de insertarse en la sociedad de su tiempo a través de los modelos de conducta que proporciona y de las reglas de convivencia que instaura.

Los cinco primeros años de vida, en los cuales el niño se encuentra casi exclusivamente bajo la tutela familiar, son tan determinantes que el núcleo de la personalidad futura se establece allí.

La acción de la familia, o de quien desempeñe sus funciones, es totalmente decisiva en el psiquismo humano.

La familia es la encargada de entregar a cada uno de sus hijos un mapa del mundo. Desde temprano, el niño empieza a reconocer lo aceptado y apreciado por su grupo y, al mismo tiempo, lo que en ese mismo grupo se rechaza o desaprueba.

Cuando el niño está aprendiendo a controlar sus esfínteres, observa cómo sus familiares se contrarían si se ensucia, y también comprueba que, si avisa a tiempo, los mismos manifiestan complacencia.

Así, en la interrelación con padres y hermanos, el chico descubre que ciertas cosas que él hace molestan a los demás y que otras, por el contrario, les generan satisfacción.

Para un bebé, como para cualquier ser humano, es difícil soportar el rechazo. En la búsqueda de aprobación, insensiblemente, aprende a hacer lo que le piden, adquiriendo así un determinado repertorio de respuestas aceptadas o repudiadas.

Esas reglas de coexistencia se constituyen en un sistema de permisos y prohibiciones. Con ellas, el niño construye una especie de *mapa del mundo* que, básicamente, lo acompañará durante toda su vida.

El primer repertorio de respuestas del niño está profundamente condicionado por las reacciones que su conducta despierta en los suyos.

Pero en cada familia las reacciones son diferentes. Cada familia adopta normas de funcionamiento propias. Aunque muchas de esas normas sean compartidas por la inmensa mayoría de los integrantes de una sociedad, la forma de aplicar estas leyes generales no es la misma en todos los casos. Cada grupo familiar desarrolla sus normas específicas de funcionamiento.

Por ejemplo, la norma "*hay que educar a los niños*" puede significar, para distintas familias, dejarlos hacer lo que quieran, retar a los hijos autoritariamente para que aprendan a obedecer, castigarlos, enseñarles con paciencia, hacer que se sientan mal cuando cometen algún error diciéndoles frases generadoras de culpa como "*Mamá se pone muy triste si el nene se porta mal*", entre tantas otras posibles.

Más allá de esto, hay dos clases de normas familiares específicas:

a) explícitas: son las que se verbalizan; decimos, por ejemplo: "*Los chicos deben estar en la cama a las nueve.*"

b) implícitas: son las que se transmiten a través de mecanismos de carácter no verbal, como gestos, ademanes, miradas, omisiones, que igualmente son reconocidas por los niños.

¿Quién, entre las personas mayores de hoy, no recuerda esa mirada especial de papá, capaz de paralizar al más osado?

Lo que *no se habla* tiene, sin embargo, una oculta influencia. Esta clase de mensajes, que también podríamos llamar *mandatos silenciosos* o *leyes calladas*, a veces resultan desconocidas por los propios padres, pero poseen, sin embargo, un gran poder dentro de la vida familiar.

El caso de Violeta.

El abuelo de Violeta, quien hizo una consulta vocacional hace años, había participado de la Segunda Guerra Mundial. Allí, el estallido de una granada lo hirió gravemente y le dejó como secuela una aguda intolerancia a los ruidos intensos.

Este episodio del pasado tenía una enorme importancia en la vida de este hombre y de la familia que había constituido en la Argentina, pues en su casa no se toleraban los ruidos ni los gritos, todos debían hablar en voz baja y no se podía escuchar música.

Violeta y sus padres convivían con él, que ya estaba jubilado y pasaba todo el día dentro de la casa. Así, la chica y sus padres, adaptados a esta realidad, se acostumbraron a hablar con murmullos.

Años más tarde, Violeta elige ser bibliotecaria. Su ámbito de trabajo, la biblioteca, tiene un gran parecido con el hogar de su niñez. Aunque esta razón no haya sido la única determinante en su elección vocacional, no podemos dudar de la importancia que adquirió el pasado infantil en la constitución de la personalidad y preferencias laborales de esta mujer.

Modelos familiares.

Historias del pasado, personajes significativos de la familia que, aun después de desaparecidos siguen funcionando como modelos, miedos específicos, anhelos postergados, constituyen lo que podríamos denominar influencias imperativas de carácter inconsciente.

La valerosa bisabuela Adelina que corrió a tiros a los indios, el antepasado aquél que hizo fortuna de la nada, el tío artista o la dueña de una voz maravillosa cuyo padre le prohibió cantar, son ejemplos de personajes capaces de ejercer una misteriosa atracción en algunos de los miembros de la familia.

Toda familia posee, como producto de su historia, un conjunto de ideas y valores, que se hallan dentro de su estructura y que se expresan en determinadas frases u opiniones que se reiteran.

Por ejemplo: *“Nosotros, los González, no sabemos tener plata”,* o *“En casa somos todos torpes para el dibujo.”*

El punto es que estos preconceptos, que son inevitables, pueden convertirse en un obstáculo para los posteriores logros educativos y laborales de sus miembros.

Las lealtades de Milena.

Milena, una chica de veinticinco años, tras haber iniciado tres carreras universitarias distintas, no consigue terminar ninguna de ellas y cumplir con el sueño de ser una profesional independiente.

Sus padres, emigrantes de un país europeo de costumbres ancestrales, radicados en el campo, viven aun hoy en un mundo muy cerrado. Explícitamente nunca le han prohibido a su hija, a quien por otra parte quieren entrañablemente, que estudie una carrera universitaria. Pero existe en la familia una ley secreta, un código tácito: las mujeres deberán permanecer en el hogar.

Esta ley no está expresada en palabras. Sin embargo, los ejemplos de las abuelas, las tías y la propia madre de Milena, los comentarios familiares acerca de las mujeres profesionales, la idealización del pasado extranjero, son influencias suficientemente importantes para Milena.

La joven, atrapada en la contradicción de su lealtad inconsciente a los principios familiares y sus deseos personales de progreso profesional, no logra resolver el conflicto. Cambiando de carrera una y otra vez, sin llegar a recibirse, intenta, de manera inconsciente, conciliar aspectos tan disímiles y resolver así el dilema.

La poderosa presión del código familiar es también desconocida por sus padres. Cuando ellos afirman *“que estudie lo que quiera”*, son sinceros, lo dicen de buena fe. Simplemente no logran tomar conciencia de las múltiples influencias que, desde el nacimiento e incluso desde antes de él, esa hija ha estado recibiendo.

El “mapa del mundo”.

La mayor parte de las normas particulares o específicas de funcionamiento familiar son traídas por los cónyuges de sus antiguas familias.

Por lo común hay dos alternativas: o se respetan los viejos reglamentos de abuelos y padres y no se los discute o, como reacción, se los desafía, transgrediéndolos, haciéndose exactamente lo contrario.

Estas leyes se asimilan a través de un repertorio de gestos, miradas o actitudes, que los chicos perciben y archivan.

Merced a este *mapa del mundo* recibido en su hogar, el niño -luego adolescente- sabe cuáles son los caminos permitidos, cuáles los atajos posibles y cuáles los senderos prohibidos en la ruta familiar.

Frente a una pelea infantil, por ejemplo, cada familia reacciona de acuerdo con los códigos particulares que se utilizan en cada caso para manejar situaciones de agresión:

Los padres de Luis, alarmados, corren a separar con rapidez a los niños y observan con caras preocupadas si los chicos se han hecho daño. Sin decir nada, transmiten este mensaje: la agresión es muy peligrosa, debemos tener cuidado con ella.

Los padres de Fabián, en cambio, frente a una pelea infantil de la misma naturaleza alientan al niño para que gane la pelea: "*Andá y devolvésela*", le dicen a su hijo, demostrando una actitud mucho más agresiva. Esa actitud está además de acuerdo con una visión más competitiva del mundo propia de este grupo familiar. Acá el mensaje es: "*Siempre tenés que ganar*".

Ya sea que estén orientados en un sentido u otro, estos mensajes quedan inscriptos en el psiquismo infantil. Resulta totalmente inoperante que, diez años más tarde, el padre de Luis le diga a su hijo: "*Andá y defendéte, no quiero que te pase lo mismo que a mí.*"

No se pueden anular, por decreto, los modos de reacción que ya han sido consagrados por un reiterado entrenamiento.

Las respuestas derivadas de las premisas familiares se vuelven automáticas con el tiempo y una simple advertencia no basta para desactivarlas.

Pero cuando hablamos de la influencia familiar en una decisión vocacional, nos referimos no sólo a lo que la familia piensa o siente en este momento, sino a una sumatoria de influencias pasadas, que incluyen a abuelos, antepasados y parientes, vivos o muertos, que coexisten en el presente familiar.

Sin embargo, sería un grave error considerar que todas las determinantes familiares sean conflictivas. En efecto, no todas ellas funcionan como un obstáculo para una buena decisión vocacional. Lo son solamente aquéllas que representan una oposición entre los deseos personales de quien elige y los mensajes familiares, como hemos visto, por ejemplo, en la historia de Milena.

En otras ocasiones, las premisas familiares pueden convertirse en un estímulo o un aliciente, y pueden dar lugar a salidas vocacionales exitosas.

El caso de la elección vocacional de Noemí ilustra lo dicho. Desde su infancia, Noemí se sintió atraída por la figura de un abuelo que había muerto el mismo día en que ella nació. Aquel abuelo, un anciano rabino, había sido, por su bondad y sabiduría, una figura de relieve en la comunidad. Influida por los relatos y comentarios acerca de esta figura patriarcal, su nieta, quien jamás lo conoció personalmente, se inspiró en él y eligió ser trabajadora social.

Años más tarde, Noemí fundó un hogar para niños carenciados. Además de su innegable valor social, la creación se constituyó en una fuente de grandes gratificaciones personales para su fundadora. El *mensaje* familiar, en este caso, había sido muy positivo.

Expectativas paternas.

Los padres comienzan a tener expectativas acerca de sus hijos desde que éstos nacen. Se hacen ilusiones acerca de su carácter, de su inteligencia, de sus predisposiciones, o los suponen especialmente dotados para determinadas actividades.

Así, de su hijita que apenas cuenta tres meses de vida, la mamá ya dice que "*tiene manos de pianista*". O respecto de Facundo, que recién cumplió cuatro años, su papá afirma: "*Le gusta desarmar los juguetes, seguro que va a ser ingeniero.*"

Un chiste muestra estas tempranas fantasías de los padres acerca de la vocación de los hijos. Cuenta que una señora sube al ascensor con sus dos varoncitos, de dos y cuatro años. Al verlos, una vecina exclama:

- ¡Qué lindos nenes! ¿Cómo se llaman?

La mamá, ufana, señalando a uno y otro, contesta:

- El médico se llama Francisco; el abogado, Guillermo.

La vida, sin embargo, no es tan previsible y muchas veces las elecciones de los hijos no coinciden con los deseos paternos. Cuando esto ocurre, será necesario que los padres comiencen un proceso de aceptación que puede llegar a ser difícil y, a menudo, doloroso.

De la misma manera en que, después del nacimiento, los padres amaron a ese niño aunque no tuviera los ojos azules y los rubios cabellos soñados, así también se puede terminar por aceptar la decisión del hijo.

"Juan Ignacio no será médico, como creí y esperé durante tanto tiempo", dice un padre en una entrevista. "Dénme tiempo para acostumbrarme a la idea; sé que a la larga me gustará lo que él haga, porque lo quiero mucho."

La convicción de que los hijos no constituyen una continuación de sí mismos, facilita a los padres este pasaje de lo fantaseado a lo real. Aceptar esta verdad equivale a decir: "Es mi hijo, pero no es de mi propiedad."

Todo padre quiere lo mejor para su hijo. Pero *querer lo mejor* muchas veces puede llevar a olvidar lo que verdaderamente esos hijos quieren o necesitan.

Las dificultades que tienen los padres para aceptar las libres elecciones de los adolescentes son frecuentes y derivan de las características del vínculo paterno-filial. Los padres están acostumbrados a saber qué necesitan los niños en la infancia. Cuesta aceptar el cambio que trae aparejado el paso del tiempo: los chicos crecen y tienen (o intentan tener) criterios y deseos propios.

Amar no significa ahogar al otro. Amar es respetar la individualidad de quien salió de mí, pero no me pertenece.

Tal vez Mariano tiene "la voz del abuelo", o "el cabello de la mamá". Pero no es ni el abuelo ni la madre, sino un modelo único e irrepetible que requiere, para desarrollarse, de sus propios logros y también de sus propios e inevitables fracasos.

Muchos padres temen el eventual fracaso de sus hijos y tratan de adelantarse a las necesidades que ellos puedan tener, satisfaciéndolas ellos mismos aun antes de que los hijos las reconozcan como tales. Así, por ejemplo, los padres de Luciano se apresuraron a comprarle la mejor cámara antes de que Luciano experimentara la necesidad de tenerla y estuviera en condiciones de apreciar su valor.

Los cambios que se vienen dando en nuestra sociedad, especialmente los nuevos roles femeninos, el deterioro del concepto de autoridad -incluida la paterna- y una acelerada globalización, han modificado profundamente las relaciones familiares.

No es fácil en la actualidad, como en otras épocas, la discriminación entre padres e hijos. La falta de una distancia apropiada confunde a los jóvenes y también a sus padres. Estas últimos se encuentran tan involucrados a veces en la elección vocacional de sus hijos que tienden a identificarse con ellos.

Conscientemente, esto se origina en una legítima preocupación por el porvenir de su prole. Pero, inconscientemente, existe una fantasía básica. Esa fantasía es que la vida ofrece, a través del hijo, una nueva oportunidad de corregir errores, reparar injusticias o ser más feliz o exitoso de lo que uno ha sido.

Preocupaciones paternas.

¿Cómo ayudar a los hijos, entonces? Las actitudes abiertas de los padres que incitan a sus hijos para que desarrollen aptitudes personales, conozcan el mundo que los rodea, se informen, viajen y se relacionen con distintas clases de personas, ayuda enormemente a la elección futura de los jóvenes. Pero ¿cómo se hace para que desarrollen sus aptitudes?

La adolescencia es un período de grandes cambios. Los jóvenes deciden, de pronto, estudiar fotografía, danza, japonés, participar en un taller literario, entrenarse intensamente para un deporte...

En principio, probar diferentes cosas es positivo para ellos. Es el momento en que los adolescentes tienen tiempo de probar. Después les resultará mucho más difícil hacerlo.

Probando, es como ellos podrán aprender a conocer habilidades propias, a descubrir intereses, a desarrollar un hobby, y algo más importante aun: a diferenciar lo fantaseado de lo real.

Pero cuando los entusiasmos son demasiado pasajeros, y los muchos y diferentes estudios o prácticas que el adolescente inicia se interrumpen demasiado pronto, las reconvenciones familiares se sintetizan en quejas como ésta: "¡Nunca termina nada de lo que empieza!" Llegado ese caso, debemos prestar atención.

Así ocurrió con Luciano. Este adolescente, tras haber estado entrenando un tiempo para jugar al tenis, decidió ser actor. Se imaginaba ya en el escenario, representando personajes difíciles. Se veía, aplaudido por sus interpretaciones, gozando del éxito y la admiración del público. En sus fantasías, recibía premios, filmaba, concedía entrevistas o autorizaba que los diarios y revistas publicaran sus fotografías.

Pero, en los hechos, cuando empezó con las clases de teatro, educación de la voz, baile y canto, se dio cuenta del enorme esfuerzo que todo esto significaba. Ninguno de esos aprendizajes resultaba tan fácil como él había creído. La distancia entre sus sueños y la realidad era demasiado grande. Pronto perdió el entusiasmo y la desilusión lo llevó a abandonar los estudios comenzados.

Luciano decidió entonces, de un momento para otro, dedicarse a la fotografía. Se anotó en un curso y sus padres le compraron de inmediato la mejor cámara fotográfica que encontraron. Sin embargo, al poco tiempo, Luciano descubrió que el interés lo abandonaba.

Angustiado, trató de encontrar algo más para hacer, pero descubrió que en realidad nada le interesaba lo suficiente como para persistir en ello.

Situaciones como la de Luciano son hoy vividas por muchos adolescentes: nada les gusta demasiado, ni los motiva lo suficiente. Ellos viven el instante y les cuesta mucho visualizar un futuro.

Quieren tener un título, respondiendo al mensaje familiar, pero en los hechos no estudian, no se ocupan de la Facultad, apenas aprueban alguna que otra materia, reprueban muchas, los estudios se alargan y cuando les llega el agua al cuello abandonan y buscan otra carrera, asumiendo que se han equivocado en la elección.

Generalmente los padres sostienen la misma fantasía que los hijos. Piensan que algún día ellos se graduarán, pero mientras tanto, las más de las veces, intentan no ver esta realidad y los siguen apoyando económicamente aunque se estén acercando a la treintena.

Como vemos, no sólo los adolescentes pueden padecer el choque con la realidad: la decepción puede también alcanzar a los adultos.

La preocupación económica.

Otra gran preocupación familiar es que lo jóvenes elijan una actividad económicamente rentable.

Vivimos en la era del consumo. Ella alienta la falsa concepción de que la posesión de objetos produce felicidad. Todo se compra y para eso hace falta dinero. Esta situación deriva de las características generales del mundo contemporáneo, que contribuyen a privilegiar los resultados económicos por encima de otras consideraciones.

La mayoría de las preocupaciones de padres e los hijos acerca de la futura actividad se relacionan con lo económico. Por lo general, se tiene más en cuenta el rendimiento monetario de una profesión que el placer que pueda nacer de su ejercicio, o parece más importante la finalidad económica que la posesión de las habilidades necesarias para llevar a cabo con éxito una determinada tarea.

Muchas veces, este sobredimensionamiento del factor económico puede hacer desaparecer de la escena los demás factores: intereses, gustos, aptitudes. Todo el placer del ejercicio profesional se reduce, entonces, a ganar mucho dinero.

Conviene, sin embargo, tener cuidado en este punto. Aun dejando de lado factores que siempre se deben tener en cuenta y ciñéndonos solamente lo económico, es riesgoso dejarse llevar por parámetros de una realidad que se modifica rápidamente, en un mundo signado, precisamente, por la velocidad de los cambios.

Si una carrera universitaria dura cinco, seis o siete años, ¿cómo es posible, basándonos en datos actuales, realizar cálculos anticipatorios de lo que rendirá en el futuro mayores beneficios económicos?

Veámoslo mejor a través de un caso posible. En un determinado momento, se produce una reforma tributaria. Ello provoca una gran demanda laboral de contadores. Muchos jóvenes, privilegiando el objetivo económico e ilusionados por las mejores oportunidades de trabajo, pueden elegir, entonces, la carrera de contador público.

Pero esta situación no tiene por qué ser permanente, y sobrevienen cambios. Por ejemplo, se agilizan los trámites de manera tal que la intervención de los contadores es menor: disminuye así la demanda laboral de estos profesionales. Si alguien hubiera elegido la carrera sólo por las ventajas económicas, sufriría así una terrible frustración.

Esto lo veremos mejor en la tercera parte de este libro, pero sintetizando la cuestión diremos, por ahora, que frente al futuro siempre existirán las dudas.

Es bueno, entonces, como primera medida, aceptar el monto de incertidumbre que el porvenir siempre depara. Y en segundo lugar hacer lo que sí está a nuestro alcance: privilegiar la preparación y la eficiencia, es decir la educación, por sobre los hipotéticos futuros rendimientos económicos.

Árbol genealógico profesional.

A fin de ilustrar algunos aspectos de la influencia familiar en el área vocacional, describamos un recurso utilizado en los procesos de orientación vocacional denominado *Árbol Genealógico Profesional*.

La técnica consiste en la realización de un clásico árbol genealógico familiar. Se pide que el esquema incluya, además de los nombres, grado de parentesco y ubicación cronológica, las ocupaciones (también intentos de trabajo, cambios de actividad o episodios importantes en lo laboral) de padres, abuelos, tíos, hermanos, bisabuelos...

Por lo general, mediante este recurso se detectan significativas coincidencias: actividades que se reiteran o repudian, frustraciones que se repiten, viajes y proyectos que retornan en una y otra generación.

¿Por qué esta investigación puede resultar útil? Porque la familia constituye la fuente primordial de modelos para imitar.

Este mecanismo, llamado en psicología *identificación*, es de carácter inconsciente. Y no importa que el interesado no haya conocido a ese

abuelo o a aquella tía. La historia sigue viva en el archivo de la memoria familiar, tal vez enriquecida, idealizada o deformada por el tiempo.

Aclarar estos influjos, que suelen pasar inadvertidos, permite el acceso a una percepción más amplia del mundo del trabajo y las profesiones. Posibilita, asimismo, desvincularse más fácilmente del pasado y conectarse con las opciones del futuro.

Estas influencias son más intensas en grupos familiares cerrados, con pocos contactos con el exterior, en relación a aquellas otras familias que muestran una mayor apertura y vínculos más fluidos con el mundo circundante.

El caso que se narra a continuación tiene justamente que ver con una extensa familia, muy cerrada, prácticamente sin amigos, que interactuaba sólo con parientes para salir, ir al cine o tomar vacaciones.

El caso de Mariela Esther.

Todos los miembros varones de este grupo y las mujeres solteras tienen algún estudio universitario. No así las mujeres casadas, que no han estudiado y se dedican al cuidado del hogar y los niños.

Mariela es la hija menor de un matrimonio compuesto por un ingeniero y un ama de casa que, en los últimos años, y a pesar de la gran resistencia de su marido, ha comenzado a trabajar en una inmobiliaria. El conflicto por este tema ha sido tan agudo que llegó a colocar a la pareja al borde de la separación.

La joven tiene además dos hermanos mayores, casados con hijos, que son ambos licenciados en computación.

Mariela consulta hacia mediados del ciclo básico, muy perturbada porque la carrera de abogacía, que eligió al terminar su escuela secundaria, no le agrada en absoluto.

La observación de su árbol genealógico destaca tres hechos muy significativos:

- 1) El papel del abuelo paterno, abogado, que por su carácter y posición económica funciona como patriarca del extenso grupo familiar.
- 2) La historia de la tía Esther (cuyo nombre lleva en segundo término la adolescente), quien había comenzado los estudios de abogacía pero que, tras un colapso psíquico importante del cual nunca se ha repuesto del todo, abandonó la carrera.
- 3) El hecho de que en la familia las mujeres que tienen un título universitario no se casaron. La consultante, que está enamorada desde hace dos años, quiere casarse con su novio.

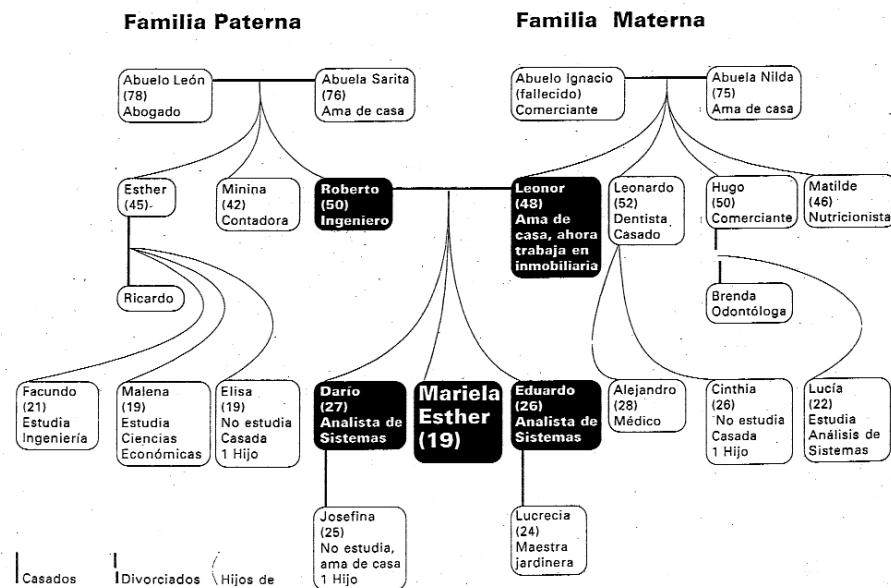
Mariela pudo relacionar todos estos hechos. Se dio cuenta de que teme la enfermedad mental de su tía, atribuida, en el marco de la mitología familiar, a sus estudios de abogacía. Además quiere formar una familia y teme no poder hacerlo si prosigue con sus estudios. Y tiene miedo de defraudar a ese abuelo importante, que ha decidido supervisar personalmente la formación profesional de su nieta.

La carrera de Derecho simboliza así, para esta chica, un conjunto de situaciones displacenteras que intrínsecamente no están relacionadas.

Mariela, como todo adolescente, se encuentra empeñada en la lucha por el logro de su identidad.

Como eso no le resulta fácil de conseguir en este grupo tan aglomerado, la única solución que encuentra, por el momento, es dejar la carrera y comenzar a trabajar.

De este modo, Mariela espera *despegarse* del peso de influencias que no dejan lugar para otras elecciones. Necesita tiempo para ser ella misma. Su mejor elección por ahora es esperar, para poder elegir más tarde con autonomía.



Bibliografía

- **Ackermans, Van Cutsem, Andolfi, Elkaïm:** *Historias de familia*. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1989.
- **Andolfi, Angelo, Menghi, Nicolo-Corigliano:** *Detrás de la máscara familiar*. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1995.
- **Elkäim, Mony:** *Si me amas, no me ames*. Ed. Gedisa, Buenos Aires, 1989.
- **Framo, J.:** *Familia de origen y psicoterapia*. Paidós Ibérica, Barcelona, 1996.
- **Galbraith, J.K.:** *La cultura de la satisfacción*. Emecé Editores, Buenos Aires, 1992,
- **Kaës, R., Faimberg H., Enríquez M., Baranes, J.:** *Trasmisión de la vida psíquica entre generaciones*. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1996.
- **Hoffman, L.:** *Fundamentos de la terapia familiar*. Fondo de Cultura Económica, México, 1987.
- **Hoffman, L.:** *Posmodernismo y terapia familiar*. Artículo aparecido en la revista *Sistemas Familiares*, Número 1, Marzo de 1998.
- **Mahler, Margaret:** *Estudios 2. Separación a la individuación*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1984.
- **Minuchin, Salvador - Fishman, H.:** *Técnicas de terapia familiar*. Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona, 2ª reimpresión, 1988.
- **Nardone, Giorgio y otras:** *Modelos de familia (Conocer y resolver los problemas)*. Editorial Herder, Barcelona, 2003.
- **Pincus, L. - Dare, C.:** *Secretos en la familia*. Instituto Tavistock. Cuatro Vientos Editorial, Chile, 1982.
- **Rascovan, Sergio (comp.):** *Orientación vocacional, aportes para la formación de orientadores*. Ediciones Novedades Educativas, 1998.
- **Satir, V.:** *Psicoterapia familiar conjunta*. La Prensa Médica Mexicana, México, 1986.
- **Spitz, René:** *El primer año de vida del niño*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 6ª reimpresión, 1980.
- **Universidad Nacional de Buenos Aires.** *Carta a los Padres*, publicación del Departamento de Orientación Vocacional, 1977.

Fragmento de una entrevista.

Madre: Juan Ernesto es nuestro primer hijo y también el nieto mayor de mis padres. ¡Por eso ellos también están pendientes de su elección! En mi familia todos los varones mayores se llaman Juan y todos han estudiado. Mi padre se llama Juan Carlos y es abogado, mi hermano Juan Cruz es ingeniero, mi tío abuelo Juan Crisóstomo era un médico famoso...

Padre: No es el caso de mi familia. Yo no pude estudiar, pero él (señalando al hijo), sí puede. Recuerdo que el día en que nació yo pensé: "¡Ojalá que él pueda ser más que yo!"

Juan Ernesto: ¡Papá! Las cosas que decís...A mí no me parece que una persona sea mejor porque ha estudiado. No sé. Lo importante es ser decente.

Orientadora: Por el lado de la mamá, parece muy grande el peso de las tradiciones familiares. Por el lado del papá, parecen muy fuertes las expectativas de que el hijo haga lo que él mismo no pudo. Pero tal vez estamos dejando de lado lo más importante: ¿qué desea Juan Ernesto por sí mismo y para sí mismo?

Prehistoria de la elección.

Vocación y nombre. El nombre del padre y el nombre del hijo.

Predeterminación desde el nombre y el apellido.

La infancia y la adolescencia. ¿Qué pueden hacer los padres?

Antes del nacimiento.

Toda decisión vocacional tiene una historia. Y esa historia empieza mucho antes del nacimiento biológico de la persona que ahora está por elegir una actividad.

Cuando nace un niño, hay siempre, detrás de él, un pasado de múltiples y naturales expectativas paternas. Los padres imaginaron ese hijo, hicieron proyectos que lo involucraban y acunaron esperanzas acerca de su porvenir.

Durante el embarazo, la pareja anticipó para su hijo un nombre, imaginó un color de ojos y cabellos, una talla, determinado carácter y ciertas aptitudes.

Durante el embarazo, la pareja también experimentó dudas y temores. Las preguntas de entonces eran: “¿Cómo será nuestro hijo?”, “¿Nacerá sano?”, “¿Andará todo bien?”

Ahora, en el momento de la elección vocacional de esos mismos hijos, dichos interrogantes se reactualizan.

Las dos situaciones planteadas, el nacimiento primero y la decisión vocacional de los hijos después, despiertan en los padres sentimientos de ansiedad.

En el segundo caso, claro está, los interrogantes paternos ya no se relacionan con la salud o el aspecto físico del hijo.

Las preguntas de este momento son algo diferentes: “¿Qué va a ser mi hijo? ¿Ingeniero? ¿Abogado? ¿Contador? ¿Cómo le irá en la profesión? ¿Ganará suficiente dinero?”

Ahora bien, si decimos que “Constanza es psicóloga”, le estamos atribuyendo a Constanza una identidad determinada.

Sucede que la identidad de los adultos pasa, en gran medida, por la actividad que llevan a cabo.

Preguntarse sobre la futura actividad del hijo equivale entonces a interrogarse sobre la futura identidad de ese hijo.

Ser y hacer.

Las repetidas preguntas, escuchadas una y otra vez en la infancia, suenan de igual manera en los oídos infantiles: “¿Qué vas a *ser* cuando seas grande?” y “¿Qué vas a *hacer* cuando seas grande?”

Si usando el verbo *ser* decimos que “Fernando *es* médico”, la ocupación de Fernando se convierte en un hecho esencial que está implícito en la personalidad de ese hombre.

Fernando es médico: este hecho lo marca, lo distingue, lo señala ante los demás. De alguna manera informa acerca del tipo de vida que lleva esta persona.

Cada profesión posee una imagen social asociada a ella, merced a la cual otorga a quienes la ejercen una amplia serie de atributos: si Fernando es médico, debe ser confiable y discreto, saber escuchar y tener espíritu de sacrificio, por ejemplo.

Elegir qué *hacer*, por lo tanto, se convierte en decidir quién *ser* y qué estilo de vida se irá a adoptar.

Qué *hacer* involucra entonces mucho más que seleccionar una ocupación. Significa cómo va a *ser* ese hijo para sí mismo, para su familia y para los demás. Qué lugar habrá de ocupar en la sociedad.

Se trata, en verdad, de un nuevo parto de ese hijo, que ahora nace al mundo de los adultos.

El nombre del hijo.

Cuando una pareja espera un hijo, busca un nombre para darle. Muchas veces recurre a un nombre que se había imaginado mucho antes de que ese hijo fuera concebido.

Antiguamente, el santoral determinaba los nombres de las personas. El recién nacido recibía el mismo nombre del santo cuya festividad se recordaba el día de su nacimiento.

En otros casos, se respetaban viejas costumbres y se honraba a los muertos poniendo su nombre a los nuevos niños de la familia.

Hoy los padres disponen de una mayor libertad para llamar a sus hijos como quieran.

Pero, de cualquier manera, ese nombre nunca es ingenuo: representa toda una definición acerca de las cosas que se esperan y depositan en ese hijo. El nombre elegido para el niño es una síntesis de los deseos paternos.

La niña será Georgina, Jazmín o Soledad. A nadie se le escaparán las diferencias de significado entre una y otra opción.

Todo nombre es como una botella que se lanza al mar y encierra una búsqueda inconsciente. Todo nombre implica, asimismo, un mensaje destinado al futuro: “*Quiero que sea tan hermosa y delicada como una flor*”, por ejemplo, en el caso de de Jazmín.

El nombre del padre.

En la familia Vélez, el papá se llama José María. El hijo se llama igual que él. El joven, para evitar confusiones, tiene que expresar su nombre de este modo: José María Vélez (h).

La reiteración del nombre del padre, la madre u otro adulto significativo en la historia familiar, suele encerrar un deseo inconsciente de que el hijo sea (o haga) lo mismo que el anterior portador del nombre.

En la familia Rodríguez, el padre se llama Antonio. El hijo es Jonathan Axel Rodríguez. Aparentemente, en esta segunda familia, los nombres manifiestan otra intención inconsciente: el deseo de que el hijo se diferencie de sus padres.

Vocación y nombre.

La actividad, como ya lo hemos dicho, determina buena parte de la identidad adulta. Ya vimos también que el nombre elegido sintetiza determinados deseos de los padres.

Por ejemplo, el hecho de que en una familia los varones mayores lleven el mismo nombre durante generaciones, habla de una tradición que requiere perpetuarse.

A Juan José, que llevaba el mismo nombre de su abuelo y su padre, ambos abogados famosos en una misma especialidad, le costó muchísimo decidirse por una carrera distinta de Derecho, aunque, de manera explícita, en su familia nadie le pedía que fuera abogado.

El adolescente sólo obtuvo la libertad de elegir cuando se dio cuenta de que temía defraudar la expectativa contenida en su nombre: *ser-hacer* lo mismo que su abuelo y su padre. En su nombre se sintetizaba, en definitiva, un conflicto entre sus propias aspiraciones y las expectativas familiares.

Predeterminación desde el nombre.

Los lingüistas afirman que el lenguaje no es una simple herramienta o un medio para pensar. Mucho más que eso, el lenguaje es una manera de organizar el mundo. Nada podemos entender ni comunicar si no contamos con la palabra adecuada.

Cuando queremos, por ejemplo, transmitir un estado de ánimo, tenemos que remitirnos, inexorablemente, a una palabra que obtiene su significación de un acuerdo o convención social.

¿Quién entendería hoy si dijéramos, por ejemplo, que a Fulano lo aqueja el *esplín*? Sin embargo, a fines del siglo XIX todos hubieran comprendido, pues entonces con esa palabra se designaba la melancolía.

Saber en qué importante medida estamos determinados por el lenguaje nos ayuda a comprender el valor del nombre propio.

En forma inconsciente, los demás y nosotros mismos respondemos al significado del nombre propio.

Lisa, una delgada chica de doce años, quiere cambiar su nombre porque sus compañeros se burlan de ella diciendo: "*Lisa es lisa.*"

Llamar a un chico con el nombre de un personaje famoso ya está dando muestras de una predilección. Los padres de un niño llamado Alberto, en homenaje a Einstein, esperan de su hijo algo distinto de lo que espera aquel obrero que le pone Henry Ford al suyo.

Muchas convicciones políticas o filosóficas quedan patentizadas en nombres cargados de simbolismo: Libertad, Paz, Imperio o Italo Argentino (estos dos últimos, y no por casualidad, pertenecen a un político que llegó a postularse para la presidencia en la Argentina).

Creencias religiosas, que dan lugar a nombres como Ángel, Caridad, Mercedes, Moisés, Socorro, Jesús, Isaac, expresan con elocuencia anhelos parentales.

Llevar el nombre de un muerto de la familia, un nombre excéntrico u original, el de un artista, el de la propia madre, todo eso dice mucho respecto de las expectativas puestas sobre el recién nacido.

Por ejemplo, *Elenita* tiene setenta años, pero siempre se llamó así, en diminutivo, para diferenciarse de Elena, su mamá.

Sobrenombres como Bebe, Chiquito, Chiche, Cacho, sobrellevados a veces por los adultos durante años, también expresan fantasías inconscientes, que pueden vincularse, en estos casos, con dificultades para aceptar el paso del tiempo y el crecimiento de los hijos.

Predeterminación desde el apellido.

Hemos visto que el lenguaje condiciona nuestra visión del mundo. Ello explica un interesante fenómeno de observación bastante corriente: la actividad ejercida por ciertas personas se relaciona, de manera misteriosa, con sus apellidos.

Un compositor brasileño se llama Mozart Camargo Guarnieri. Joseph Gold (oro) es asesor del Fondo Monetario Internacional. El Señor Vergel vende plantas; los hermanos Secco trabajan con canaletas de desagüe; los hermanos Pellagalli tienen un peladero de aves; el señor Lente es fotógrafo; Germinal es mayorista de huevos; el señor Piano se dedica a la música, lo mismo que Viola, en tanto Notas es periodista.

Esta lista de casos reales podría extenderse y el mismo lector, seguramente, podrá agregar algunos casos de su conocimiento; pero basta con los enunciados para mostrar los sutiles condicionantes contenidos en el apellido de las personas.

La infancia.

Al nacimiento del niño, le suceden largos años de infancia. La especie humana se caracteriza por tener una prolongada niñez.

El bebé nace en un estado de total indefensión y, para sobrevivir, depende primero de su madre y luego de ambos progenitores.

Esa gran necesidad biológica y psíquica del niño marca profundamente la personalidad del futuro individuo.

Una apresurada observación de los cuidados que las madres prodigan a sus hijos, ha hecho pensar que son las madres quienes se adaptan, en forma exclusiva, a sus infantes.

Pero estudios muy serios han demostrado que el infante posee una enorme plasticidad para acomodarse a lo que sus madres quieren o necesitan. Existe una importante adaptación por parte del niño a las necesidades maternas.

La motivación que guía a los bebés es siempre la misma: la búsqueda de amor y aprobación. El niño trata de agradar haciendo lo que a sus madres (más tarde se incluye también al padre) les gusta.

Madres deportistas suelen tener hijos con habilidades motrices marcadas, en tanto es usual que madres intelectuales tengan chicos con amor por la lectura.

¿Por qué sucede esto? Aparte de la posible incidencia de factores genéticos, esta constante obedece a dos razones.

En primer término, los chicos responden al mayor estímulo materno. El estímulo es mayor porque, inconscientemente, la mamá acentúa las cosas que le gustan más.

En segundo lugar, la madre tolera mejor los intentos de exploración y experiencia que el chico emprende dentro de esas actividades privilegiadas por ella.

Una mamá deportista, por ejemplo, alienta a su niño para que haga pruebas en las trepadoras. No tiene miedo de las exploraciones que su hijo emprende. Así, el chico adquiere poco a poco más confianza y se desarrolla vez más en esta área.

A una madre amiga de la lectura, en cambio, le gustará leerle a su hijo libros, o contarle cuentos. De manera insensible, los niños empiezan de este modo a preferir actividades más sedentarias.

Por lo que vemos, se da en la familia un proceso de interacción: la madre estimula, deliberadamente o no, aquellos aspectos de su hijo que a ella le interesa desarrollar, en tanto el chiquito, percibiendo lo que a su mamá le agrada, se esmera más en ese plano.

El pequeño, tanteando en la realidad, insiste más con aquello que despierta la mayor aceptación de su madre.

Muchos comentarios paternos acerca de sus hijos adolescentes corroboran estas afirmaciones. Por ejemplo, Angélica, al enterarse de que su hija había decidido estudiar locución, exclamó, mostrándose sorprendida: “¡Qué casualidad! Pensar que a mí siempre me ha encantado la gente que habla bien.”

La adolescencia.

El niño crece y se convierte en un adolescente. Y la tarea más importante que un adolescente debe emprender es la búsqueda de su propia y verdadera identidad.

La historia de Andrea es ilustrativa en este sentido.

Son las cuatro de la tarde. Andrea, una chica menuda de diecisiete años, llega del colegio. Desde su teléfono celular habla largamente con una de sus primas mayores, estudiante universitaria. Cuando termina su conversación telefónica, Andrea le dice a su madre.

- ¡Sigo sin saber qué voy a estudiar! ¡Sociología no me gusta más! ¡Y para peor *no me veo* en ninguna carrera!

La chica está angustiada, duda, y pregunta con insistencia:

- Decíme, mamá... Vos ¿para qué me ves?

- Hija, elegí lo que a vos te guste... Yo no sé...

Andrea entonces reprocha:

- ¡No te interesa lo que me pasa!”

- Bueno, si insistís... Yo pensé que ibas a ser economista -dice entonces tímidamente la madre.

Andrea se va entonces furiosa, pegando un portazo, no sin antes decirle a su madre:

- ¡No entendés nada! ¡Si sabés que odio los números!

La madre, ya enojada y perpleja, se dice a sí misma:

- ¡Si hablo porque hablo y si me callo porque callo! ¡La verdad ya no sé qué hacer!

Tratemos de entender qué sucede.

En el adolescente existen sentimientos encontrados acerca de los viejos parámetros familiares. Al chico le cuesta reconocer qué es lo propio y qué es lo ajeno. Por eso Andrea cambia de idea constantemente, consulta a sus padres o a otras personas, y alternativamente cree en lo que le dicen o se rebela violentamente contra ello.

A los padres les resulta muy difícil manejar estas contradicciones de sus hijos y se sienten tratados injustamente.

La comunicación no es fácil. Aparecen las exigencias de uno y otro lado. Y los padres, que también se confunden, empiezan a emitir mensajes contradictorios.

Es un durísimo esfuerzo permanecer neutral frente a la decisión vocacional de los adolescentes.

Pero volvamos al caso de Andrea. Por la noche, al llegar el padre, enterado por su mujer de lo ocurrido, le da a su hija estos dos mensajes sucesivos, sin reparar en que resultan contradictorios:

“Elegí lo que quieras.”

Y apenas unos segundos después:

“Nosotros le hemos dado poca importancia al dinero. Fue un error. Ahora la cosa está difícil. Buscá algo que dé plata. Una carrera de Económicas, por ejemplo.

El padre, sin darse cuenta, exige que la adolescente haga lo que él no supo o no quiso hacer. Inconscientemente cree que la vida le brinda una segunda oportunidad a través de Andrea. Así, abriga el deseo de que su hija siga alguna carrera relacionada con las Ciencias Económicas.

Andrea, por su parte, influida por el deseo paterno, pensó durante un tiempo en estudiar Economía. Pero esa carrera no la atrae y debe elegir otra.

Sin embargo, por otra parte le genera un conflicto contrariar las esperanzas familiares.

Ahora se entiende mejor por qué reaccionó con violencia ante el comentario materno: "Yo pensé que ibas a ser economista."

¿Qué pueden hacer los padres?

Ante esta clase de situaciones, lo primero que pueden y deben hacer los padres es reconocer a ese hijo como un ser independiente, aceptando -más allá de que eso nos guste o no- las diferencias personales existentes entre los jóvenes y sus mayores.

En segundo lugar, deben expresar con claridad lo que se piensa, pero siempre sin tratar de imponer la propia opinión. No se debe ocultar a los hijos cuáles son los anhelos, los proyectos, pero tampoco las angustias que despierta el futuro de los adolescentes.

Clarificar los ocultos deseos paternos es siempre positivo y en ocasiones puede acarrear sorpresas. Es posible que padres e hijos descubran que están más cerca de lo que, a priori, se podría suponer.

Siempre las cosas que se callan tienen una dimensión más temible que las cosas que se hablan. Decir las verdades con calma es el mejor modo de evitar conflictos.

Bibliografía

- **Ackermans, Van Cutsem, Andolfi, Elkaim:** *Historias de familias*. Ediciones Nueva Visión, 1989.
- **Andolfi, M. y otros:** *La máscara familiar*. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1995.
- **Elkaim, Mony:** *Si me amas, no me ames*. Ed. Gedisa, Buenos Aires, 1989.
- **Framo, J.:** *Familia de origen y psicoterapia*. Ed. Paidós, 1996.
- **Freud, Sigmund:** Introducción del narcisismo. Obras completas, Volumen 14. Editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1993.
- **Galbraith, J.K.:** *La cultura de la satisfacción*. Emecé Editores, Buenos Aires, 1992.
- **Kaes, R. y otros:** *Trasmisión de la vida psíquica entre generaciones*. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1996.
- **Mahler, Margaret:** Estudios 2. Separación a la individuación. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1984.
- **Messing, Claudia:** *Desmotivación, insatisfacción y abandono de proyecto en los jóvenes*. Editorial Noveduc, Buenos Aires, 2009.
- **Nardone, Giorgio; Giannotti, Emanuela; Rocci, Rita:** *Modelos de familia (Conocer y resolver los problemas)*. Ed. Herder, Barcelona, 2003.
- **Pincus L. y Dare C.:** *Secretos en la familia*. Instituto Tavistock, Cuatro Vientos Editorial, Chile, 1982.
- **Spitz, R.:** *El primer año de vida del niño*. Fondo de Cultura Económico, Buenos Aires, 1980.
- **Tesone, J.:** *En las huellas del nombre propio*. Editorial: Letra viva, Buenos Aires, 2009.

Fragmento de una entrevista familiar.

Madre: ¡Es muy difícil ayudar a Juan Ernesto! Un día me pregunta qué puede estudiar, me cuenta sus dudas y sus ansiedades. Yo no quiero meterme demasiado. Pienso que es su decisión, pero prácticamente me obliga a hablar del tema. Al día siguiente, si al papá o a mí se nos ocurre decirle algo sobre las carreras, se enoja y nos frena de mala manera. Francamente, no sé qué hacer.

Padre: Yo sí sé qué hacer. Me parece importante transmitirle mi experiencia. ¡Tiene que estudiar y empezar a hacerlo cuanto antes! ¡Con qué ganas hubiese estudiado yo de haber podido!

Orientadora: Juan Ernesto, estás muy silencioso. ¿Qué pensás?

Juan Ernesto: Y... que a veces hago lo que dice mamá. Hay momentos en que quiero que me ayuden y resuelvan por mí, y hay otros en que me enoja si se meten en mis cosas. Pero lo que me da más bronca es cuando papá dice que yo estudie porque él no pudo hacerlo... No sé por qué, pero me da mucha rabia y siento ganas de no darle el gusto.

Las actitudes familiares

La historia de Claudio. Distintas actitudes paternas.

La profesión de los padres. Irene, Beatriz y la medicina.

Actitudes de los hijos. El caso de Rita.

Peligros de la omnipotencia. La comprensión y la contención familiar.

Los padres.

Ante los hijos pueden aparecer diferentes actitudes paternas. Nos referiremos a algunas de esas actitudes, que pueden llegar a significar un obstáculo para la libre decisión de los jóvenes.

Las conductas o acciones que interfieren en el proyecto filial son aquellas que se centran en los intereses de los padres más que en las verdaderas necesidades de los hijos

Ello mayormente ocurre cuando la imprescindible discriminación entre los padres y su descendencia se ve vulnerada, cuando existe confusión en los roles que se ocupan, cuando a los padres les cuesta mantener una conducta coherente frente a las demandas adolescentes o establecer límites que constituyan marcos de referencia adecuados y seguros para sus hijos.

Tengamos en cuenta que las cosas para los padres de hoy no son fáciles. Los tremendos cambios sobrevenidos en los últimos años han vuelto impracticable para ellos repetir las conductas asumidas por sus propios progenitores cuando, a su vez, ellos eran los hijos.

El pasaje de la familia patriarcal a una nuclear, la disminución del número medio de los componentes familiares y, en algunos casos, la elección del hijo único, provocan una especie de árbol genealógico invertidos en el cual las atenciones de los adultos de la familia, mucho más numerosos, se centran en los niños y adolescentes.

A los padres les cuesta mantener una jerarquía o una razonable autoridad y tienden a tener con sus hijos un tipo de relación de igualdad que de ninguna manera beneficia a los menores, ansiosos de un modelo más firme.

Veamos algunos ejemplos de actitudes que los padres pueden tomar equivocadamente respecto de sus hijos.

En primer lugar están aquellos padres que esperan que sus hijos hagan lo que ellos mismos no pudieron realizar en su momento.

Cuando, por motivos que no corresponde analizar aquí, los mayores no pudieron estudiar, puede existir la expectativa paterna de que el joven estudie en lugar de ellos. Si el adolescente lo hace, no estará satisfaciendo sus propias necesidades, sino las necesidades de otras personas; en este caso, de sus padres u otros familiares significativos.

La historia de Claudio.

Claudio había comenzado a estudiar medicina. Sin embargo, la carrera no le gustaba y se sentía angustiado y deprimido por ese motivo.

Para aclarar qué era lo que sucedía, se recurrió a una entrevista familiar que fue muy útil, pues reveló detalles importantes que permanecían inconscientes para Claudio tanto como para los demás miembros de su familia.

Los padres del muchacho no habían estudiado, aunque siempre habían deseado hacerlo (el anhelo de seguir una carrera universitaria era particularmente intenso en el caso de la madre).

En pocos años, trabajando tenazmente, los padres de Claudio, que se habían casado muy jóvenes y habían tenido tres hijos, lograron acceder, a través del comercio, a una excelente posición económica.

Sin embargo, seguían lamentando no haber tenido la oportunidad de estudiar y haber cumplido, de ese modo, el sueño de tener alguna actividad de naturaleza científica.

Claudio empezó la carrera de medicina. El lo ignoraba, pero en el fondo intentaba gratificar a sus padres cumpliendo con los viejos ideales vocacionales que ellos tenían. Pero como no eran los ideales propios, pronto se dio cuenta de que esa carrera no le gustaba.

Las entrevistas con la familia permitieron que se patentizaran los deseos de cada uno y que se delimitaran así los auténticos intereses de Claudio, a quien le atraía la actividad comercial.

El joven dejó de estudiar medicina y comenzó la carrera de administración de empresas.

Hoy Claudio tiene su propia empresa y le encanta el trabajo que desempeña. El padre continúa con su negocio, la madre, por fin, se decidió a seguir una carrera universitaria, la hermana mayor se casó y la menor cursa biología.

Evidentemente, tras la decisión del hijo mayor de cambiar de carrera, se produjo un reajuste general de los intereses en el grupo familiar.

Se quitó de las espaldas de Claudio la obligación de ser el científico de la familia: cada quien se hizo cargo de su propia vocación y dispuso para sí de sus propios ideales.

El cariño que unía a los miembros de esta familia y la plasticidad e inteligencia puesta en juego por padres e hijos facilitaron la solución.

Desdichadamente, no siempre las cosas se resuelven con tanta facilidad. Es posible, entonces, que tengan lugar otras situaciones conflictivas y tensiones que afligen por igual a padres e hijos, y que es necesario develar.

La segunda actitud errada que los padres suelen tomar en relación a la elección vocacional de sus hijos es la de aquellos progenitores que desean, con el fin de facilitarles el camino, que aquellos hagan lo mismo que ellos hacen.

Transcribiremos un pequeño fragmento de la conversación entre Martín (estudiante secundario de dieciocho años) y su padre, Alfredo (contador, cincuenta y dos años).

Alfredo: "...Y en cuanto te recibieras entrarías a trabajar en el Estudio... ¡Tendrías el lugar asegurado!"

Martín: "Lo que pasa, papá es que a mí me gusta la filosofía... Además... no sé cómo nos llevaríamos trabajando juntos... Somos muy distintos vos y yo."

Alfredo: "Pensálo bien. ¡Con eso de la filosofía no creo que puedas comer mucho!"

Continuar con una empresa familiar, ser el heredero de un Estudio importante o trabajar junto a un padre que poco a poco irá traspasando clientela y oportunidades, parece algo muy tentador.

Sin embargo, este objetivo es bueno siempre y cuando el chico tenga una verdadera vocación y la actividad en cuestión le guste realmente. Es decir, es necesario que la elección nazca de los propios intereses y las verdaderas disposiciones del adolescente.

De todos modos, incluso cuando la decisión sea genuina, esta clase de elección presenta sus riesgos y tiene sus costos. Para empezar, trabajando con parientes cercanos se vuelve muy difícil separar lo familiar de lo laboral: ambos aspectos tienden a mezclarse y potenciarse mutuamente. Si hay conflictos en el hogar, ellos se trasladan a la oficina; si existen choques en el negocio, estos son llevados luego a la casa.

Además, no debemos olvidar que depender laboralmente de una fuerte figura familiar, como puede serlo el padre, la madre o un hermano mayor, no facilita el logro de la autonomía adulta.

Si la relación con un jefe de por sí es difícil; la relación con un *familiar/jefe* lo es todavía más.

Pero las dificultades son mucho más graves cuando esta clase de elección se realiza sólo por conveniencia.

¿Qué se puede hacer, entonces, para evitar arrepentimientos tardíos? Si se piensa en elegir la misma profesión de un familiar cercano (y ello involucra ventajas materiales) es bueno reflexionar profundamente en torno de los factores que inciden en esa decisión.

A veces se elige algo conocido en el presente, el Estudio del padre, por ejemplo, sólo por temor a un futuro incierto, en el cual *"no sé si habrá trabajo"*. La fantasía del adolescente, en esos casos, es que el porvenir puede ser más seguro si alguien abrió antes el camino por él.

La profesión de los padres.

A los fines del trabajo vocacional, la profesión del padre, madre, hermanos o cualquier otro adulto importante debe ser considerada, objetivamente, en un plano de total igualdad con respecto a las demás profesiones. No debería ser rechazada de plano (sólo porque es la carrera de Fulano), ni tampoco especialmente privilegiada (sólo porque al chico le *conviene* que le guste).

Sin embargo, la neutralidad frente a estas opciones es algo difícil de lograr. Las carreras de los familiares, por lo general, están más cargadas de significado y valor emocional que las restantes ofertas de estudio o trabajo.

Un joven dice, con mucha idealización: "El trabajo de mi papá es fantástico. Gana plata, lo respetan, viaja... Conoce todo el mundo. A mí me encantaría hacer lo mismo."

Otro adolescente, en cambio, se refiere al trabajo de su padre con desprecio: "Eso no sirve para nada. Mi papá trabaja muchísimo y nunca consigue resultados. ¿Esa carrera?... ¡Ni loco!"

Ambas visiones carecen de objetividad y pecan por exceso. Los aspectos emocionales, que inciden en las percepciones de esos jóvenes, distorsionan una realidad que no puede ser ni tan maravillosa ni tan horrible como ellos creen.

Las opiniones muestran algo característico: el sobredimensionamiento de las carreras familiares suele darse tanto en sentido positivo como negativo.

Pero por otra parte no siempre los adolescentes quieren estudiar. En este caso, si los padres son universitarios, se puede producir una situación muy especial.

En efecto, se supone que el hijo no puede menos que estudiar una carrera universitaria también. Si no lo hace, su negativa se vive como una detención en el camino del progreso en el que cada generación debe dar un paso adelante.

Sin embargo, es bueno detenerse y reflexionar a tiempo sobre estos estudios *obligatorios*.

Otra actitud paterna, la tercera que destacamos, que no ayuda a los hijos en su elección, es la siguiente: si antes nos referimos a los padres que desean que sus hijos hagan lo mismo que ellos, también están los que pretenden precisamente lo contrario.

Hay padres que desean que sus hijos no hagan lo mismo que ellos han hecho. Pero en definitiva esta es otra alternativa centrada en las necesidades paternas.

Algunos adultos, desilusionados o poco conformes con la actividad o profesión que ejercen, se oponen, a veces tenazmente, a que sus descendientes elijan lo mismo.

Generalmente creen que ofrecen argumentos y razones valederas para justificar sus opiniones. Pero, de hecho, lo que consiguen es desanimar a los más jóvenes.

Estos padres parecen olvidar tres cosas muy importantes:

Primero, que es imposible evitar que los hijos transiten sus propios senderos.

Segundo, que el viaje por la vida implica una carga de errores y frustraciones inevitables para cada persona.

Tercero, que no es posible aprender sin equivocarse.

Como dice la conocida sentencia popular: *"Si los jóvenes supieran y los viejos pudieran..."*

La postura paterna que estamos considerando es de fuerte carácter subjetivo y encierra una gran dificultad: discriminarse respecto de los otros, aunque los otros sean los hijos. Además se confunde actividad con forma o estilo de vida: recordemos que la profesión es una herramienta que puede ser ejercida de muchas maneras, con placer o disgusto, con resultados positivos o negativos.

Las mismas cosas, contempladas por distintos ojos, suelen ser muy diferentes.

El adulto que siente disgusto en su trabajo, debe preguntarse seriamente cuántos elementos personales influyen en ese malestar. Porque el disgusto profesional no es atribuible únicamente al trabajo en sí mismo.

Del mismo modo, el éxito en una profesión depende también de muchos factores personales, entre ellos la plasticidad para adaptarse a nuevas condiciones de la realidad, decisión y energía para perseverar y no detenerse ante los inevitables obstáculos, un buen manejo de las relaciones con los demás para no someterse ni someter a los otros, para respetar y respetarse de una manera adulta, y un buen vínculo con el dinero y las gratificaciones. En otras palabras, se trata de tener una idea lo más clara posible de lo que uno quiere y ubicar eso dentro del marco de lo que la realidad permite.

Irene, Beatriz y la medicina.

Veamos esta otra historia. Irene es una excelente médica, que se opone, sin embargo, a que su hija Beatriz siga su misma carrera. La madre esgrime, como argumento, que su trabajo implica demasiados sacrificios. Ella pasa largas horas en el hospital y señala lo mal remunerada que se encuentra esa exigente tarea.

Pero lo que a Irene le cuesta ver es cuánto de su frustración obedece a razones personales.

Esta mujer tiene resistencia a desempeñarse en otros ámbitos, fuera del hospital. Es muy tímida y esto le impide dar a conocer su trabajo participando de actividades académicas para las cuales, merced a sus conocimientos, está absolutamente preparada. Además se siente culpable si gana dinero con su profesión, y ella misma se fija honorarios bajos en sus trabajos particulares.

Evidentemente, *la medicina no tiene la culpa* de lo que le pasa a Irene. La pregunta es, ¿por qué no se da cuenta de lo que ocurre?

La respuesta es sencilla: los seres humanos tendemos a poner afuera de nosotros las causas de nuestros malestares internos.

Es preferible pensar que es la actividad en sí misma, o la economía del país, o la crisis mundial, son los factores responsables de lo que nos sucede, pero no nuestras actitudes personales.

Esto último no significa negar el peso de los factores externos. Ellos existen, sin duda, pero siempre deben considerados en interacción con los factores internos.

Veamos una cuarta actitud de los padres que suele complicar una correcta elección por parte de sus hijos.

Hay muchos padres que piensan de este modo: *“Nuestro hijo tiene a su alcance todas las posibilidades del mundo para elegir y hacer lo que desee.”*

“Nosotros estamos dispuestos a no fijarnos en nada con tal de que Efraín estudie lo que quiera. Todo está a su disposición.”

Aquí los padres se sitúan en un punto de vista ideal, pues nadie tiene, en realidad, todas las posibilidades del mundo.

Siempre existen condicionamientos reales implícitos en cualquier elección. En todas las personas hay limitaciones de algún tipo, ya sea intelectuales, biológicas, psicológicas, físicas, sociales, religiosas, relacionadas con la edad, el sexo, etc.

Por ejemplo, si una persona muy introvertida desea desempeñarse en el área de las relaciones públicas, va a tropezar con un condicionamiento de origen psicológico: su retraimiento, su timidez.

Veamos más en detalle un caso puntual:

A Eduardo, comerciante de cuarenta y cinco años, le hubiera gustado ser aviador. Su hijo, Lisandro, quiere ser aviador también. Esta perspectiva le agrada mucho al padre.

En las charlas que sostiene con su hijo, Eduardo alude, con insistencia, a las innumerables posibilidades con las que el chico cuenta: vocación, relaciones, sostén económico paterno, etc.

Sin embargo, Eduardo y Lisandro están pasando por alto un detalle crucial: el chico tiene un defecto visual. Esa limitación, de orden físico, puede impedir que Lisandro sea aviador.

Eduardo exagera las opciones que tiene el hijo y dice:

“¡Ah, si yo hubiera tenido todas las oportunidades que vos tenés!... En tus manos está todo para hacer lo que te gusta...”

Eduardo está influido por su propio deseo de que el chico sea aviador, más que por el propio deseo de Lisandro.

Mucha gente cree que es verdad eso de que *todo tiempo pasado fue mejor* y tiende a idealizar su pasada juventud. A estos padres les parece que el hecho de ser joven facilita las cosas e implica poder acceder a una ilimitada serie de oportunidades.

Sin embargo, no es nada fácil ser joven.

Una visión demasiado optimista respecto de de las posibilidades de los hijos es peligrosa para los adolescentes.

El hijo es una persona real, no un ser ideal. Es un ser humano con todas las limitaciones que tienen los seres humanos. Un ser humano que trata de elegir entre las cosas que le parecen posibles a él.

Los peligros de la omnipotencia.

La falsa creencia, que ya hemos visto, de que uno lo puede todo, se denomina *omnipotencia*. Esta sensación de omnipotencia suele esconder el aspecto contrario: no animarse a hacer nada. Y en ese caso se convierte en impotencia.

Ni la omnipotencia ni la impotencia son buenas consejeras a la hora de elegir una carrera. Es necesario tener una percepción realista y objetiva de lo uno puede hacer y de lo que no. Llamamos *potencia* a las propias posibilidades reales y su correcto aprovechamiento.

Es muy útil, para los adolescentes, que sus padres reconozcan la verdadera potencia de sus hijos.

Ello significa aceptar que los adolescentes no tienen *todas las posibilidades del mundo* a su alcance, sino sólo algunas opciones .

Los recuerdos ayudan.

Cuando se estudia el conflicto generacional planteado entre padres e hijos adolescentes, aparece un interesante fenómeno: *la amnesia paterna*. Se trata del olvido que experimentan los adultos acerca de los conflictos, vividos por ellos mismos, en su propia adolescencia.

Si los padres hacen un esfuerzo de memoria, pueden recordar algunos hechos *olvidados*. Recordar, por ejemplo, aquellas dolorosas y frecuentes sensaciones de incompreensión por parte del mundo externo. Recordar, también, las propias vacilaciones vocacionales.

Recordar lo que uno vivió ayuda a entender lo que los chicos viven ahora, y esto sirve para limar algunas asperezas generacionales.

Es necesario además tener presente que ahora algunas cosas son muy distintas. Tengamos en cuenta los grandes cambios que se han producido en el mundo durante el lapso de una generación. En los últimos veinticinco años se han multiplicado las ofertas vocacionales y se ha complejizado la realidad hasta puntos críticos.

Al mismo tiempo los muchachos ven, con justificado temor, las duras condiciones de trabajo y las dificultades para insertarse en una sociedad que no parece dispuesta a brindar demasiadas oportunidades a la juventud. El desempleo hoy afecta más a los jóvenes que a cualquier otra franja etaria.

Cuando el padre, la madre o el tío, tuvieron que tomar su propia decisión vocacional, las dudas posibles se repartían entre unas pocas carreras tradicionales, muy bien diferenciadas. A nadie le era posible entonces confundir abogacía con odontología, o ingeniería con medicina. Se sabía con certeza qué hacía un médico y cuáles eran las labores de un arquitecto o un contador. Los campos de acción de cada carrera estaban bien delimitados.

Hoy es distinto: hay una gran cantidad de carreras de nombres desconocidos y/o similares, que comparten incluso sus esferas de acción. Así, sólo por citar un ejemplo entre la cada vez más numerosa cantidad de posibilidades existentes, ¿cuál es la diferencia entre Administración y Administración de Empresas?

Hoy existen miles de carreras que se dictan en numerosas instituciones terciarias y universitarias, tanto públicas como privadas.

Esto último es otro factor a tener en cuenta: año tras año surgen nuevos ofrecimientos de cursos o carreras. Es preciso conocer estas opciones no sólo en cuanto a los contenidos de la enseñanza, sino también en lo que concierne a la calidad de los estudios y a la seriedad de los aspectos formales involucrados (la legitimidad y los alcances de los títulos otorgados, por ejemplo).

Hoy los adolescentes se asoman con temor, a veces oculto tras una pátina de supuesta suficiencia, a un mundo muy complejo, cuyas claves se les escapan por falta de datos y experiencia.

“Y, ¿dónde estudio?...”

La elección se ha complicado también en este sentido: ya no basta con seleccionar una carrera, sino que además se debe elegir el lugar dónde se estudiará.

El chico se hace múltiples preguntas: “¿Cuál es el mejor lugar para mí?” “¿Dónde me garantizan una mejor preparación?” “¿Dónde será más fácil?”

Generalmente se prioriza ese aspecto externo: el lugar de los estudios. Y si bien la institución que ha de impartir la enseñanza es sin duda importante, no lo es todo. La calidad de los estudios va a depender también de uno mismo y de su convicción de saber.

Debe tenerse claro que las mejores condiciones de estudio no garantizan, por sí solas, los mejores resultados.

El Quijote, la obra más importante de la literatura española, fue escrita por Cervantes en una cárcel lóbrega.

Vivimos en una sociedad de consumo. Pero el conocimiento y la preparación no pueden convertirse también ellas en un artículo más que se compra, se vende o se alquila.

Es que el conocimiento no se recibe pasivamente. Se logra en base al esfuerzo y al tiempo que el estudiante invierte en su adquisición.

Dejar al hijo solo ante la elección.

El deseo de no interferir, para que el chico pueda elegir libremente, en algunos casos puede llevar a ciertos padres a tomar esta otra actitud, que también debe señalarse como errada.

Generalmente este caso se da en aquellos padres a quienes les cuesta soportar las dudas y contradicciones propias de una elección.

Sin embargo, dejar solo al hijo frente a la necesidad de elegir no constituye una buena salida. El adolescente requiere ser escuchado, aconsejado, acompañado y -sobre todo- respetado.

Una actitud siempre positiva es escuchar, y hacerlo del modo más desprejuiciado que se pueda. Escuchar y dar tiempo, sin alterarse ante las normales contradicciones, marchas y contramarchas del joven.

Elegir es un proceso que se desarrolla a lo largo del tiempo. Tiene, por lo tanto, un comienzo y un transcurrir que son previos al desenlace.

Dar tiempo es una consigna de oro frente al problema vocacional. Muchas veces padres e hijos desean lo mismo, pero la ansiedad paterna no da tiempo para que el adolescente logre descubrirlo por sí mismo.

A menudo los chicos muestran su soledad y desamparo frente a la necesidad de elegir. Cuando se los interroga acerca del diálogo con sus padres, suelen decir que no se animan a contar sus vacilaciones en casa, porque los *grandes* se impacientan o se enojan.

Actitudes de los adolescentes.

Más allá de todo lo dicho, tampoco debemos cargar las tintas en las conductas paternas. Relacionarse con los adolescentes no es tarea fácil.

Las actitudes adolescentes más comunes se ubican entre los dos extremos que mostramos a continuación:

a) El rechazo a todo tipo de ofrecimiento de ayuda, que a menudo se expresa con violencia: "*¡No se metan, es mi problema!*"

b) La dependencia, que lleva a que el adolescente espere de sus padres la resolución de su problema y se enoje si no la obtiene. En este caso dicen cosas como ésta: "*¡Ustedes no se preocupan por lo que me pasa!*"

No sólo podemos observar una u otra conducta en distintos chicos. En un mismo adolescente, alternativamente, pueden darse estas dos actitudes opuestas.

La pregunta usual es si estas oscilaciones extremas son normales.

La respuesta es que sí lo son, y veremos por qué.

La adolescencia es un puente entre la niñez y la juventud, entre la dependencia que es propia de la infancia y la autonomía que debe (o al menos *debería*) simbolizar la condición adulta.

Es por esta razón que la conducta, en este momento evolutivo, resulta tan contradictoria o ambivalente, ya que tiene elementos de uno y otro período: está todavía presente el niño que se deja atrás, y ya se vislumbra el adulto joven que vendrá luego.

El adolescente lucha por el logro de una identidad propia.

Esta necesidad del adolescente por precisar una identidad que le resulte propia es acuciante. Necesita ser él mismo. Y para ser él mismo debe diferenciarse de sus padres. Para ser él mismo, necesita a veces estar en desacuerdo con los demás.

Si bien es molesto para los padres que las cosas sucedan de este modo, las peleas nacidas de los anhelos de independencia filial ayudan a los jóvenes a crecer.

Por otra parte los adolescentes necesitan criticar a sus padres, pues "*si mis padres son buenos y hacen todas las cosas bien, ¿cómo hago para separarme de ellos?*"

Proyecciones.

Muchas veces se produce en la relación entre los padres y sus hijos adolescentes un fenómeno que llamaremos *proyección*.

Merced a este mecanismo psicológico básico, sacamos de nosotros (*proyectamos*) sentimientos que nos resultan insoportables.

Por ejemplo, si detestamos a una persona, por los motivos que sean, pero nos cuesta reconocer este hecho, *expulsamos* inconscientemente ese odio y terminamos pensando que en realidad es esa otra persona la que nos odia a nosotros: "*Yo no soy quien tiene rabia; es esa otra persona la que me tiene rabia a mí.*"

Cualquier afecto, dudas, tristezas, angustias, miedos, también pueden ser proyectados.

Ciertos sentimientos relacionados con la elección vocacional pueden ser insoportables para los adolescentes. Entonces, esos sentimientos son proyectados, es decir *depositados* en los padres.

Veamos qué le pasa a Rita, alumna de quinto año secundario en esta reconstrucción de una escena doméstica.

Desde los tres años, esta chica va al mismo colegio, una escuela cercana a su casa. Al llegar a quinto año, Rita tiene elegidos sus estudios. Ha decidido seguir abogacía en la Universidad de Buenos Aires. Pero estudiar allí exige el requisito de cursar el Ciclo Básico Común.

La adolescente le tiene miedo al Ciclo Básico. Teme que sea difícil, que sea una pérdida de tiempo o que pueda fracasar en los exámenes. Además, acostumbrada a su pequeña escuela donde todos la conocen, no se anima a estar entre tanta gente. Tiene miedo de *sentirse perdida* en las enormes sedes del Ciclo Básico.

Por lo tanto, Rita se enfrenta con una contradicción. Desea dos cosas opuestas al mismo tiempo: quiere ir a la universidad estatal pero no quiere cursar el Ciclo Básico.

¿Qué hace entonces? Desdobra el conflicto, de manera inconsciente. Expulsa sus propios temores y los *proyecta* en su familia.

Los padres de Rita, influidos por los relatos de su hija acerca de las pavorosas dificultades con que se tropieza en el referido ciclo, al final se *enganchan* en ese miedo, lo hacen suyo y comienzan, ellos también, a considerar el Ciclo Básico como algo temible.

De esta manera, al poner su miedo afuera de sí misma, Rita se tranquiliza y consigue afrontar, más segura, la universidad estatal.

Pero un día, cuando los padres deciden hablar con la chica y le proponen que asista a una universidad privada, donde no tendrá que cursar el temido Ciclo Básico, su reacción los sorprende: "*¿Qué les pasa? ¿Están locos? Si saben que yo desde chica quiero ir a la universidad estatal...*"

Los padres se miran azorados, sin entender nada.

No juzgar ni condenar: entender.

Tratemos de comprender lo que ocurrió. Rita *proyectó* su miedo en la familia. Hecho esto, su conflicto interno en buena medida desapareció y la chica se quedó tranquila.

Pero cuando lo que ella misma *proyectó* retorna en las palabras de sus padres, la adolescente no lo reconoce como propio y discrepa con ellos.

A Rita le resulta más fácil pelear con alguien que está afuera, que reconoce como alguien diferente, antes que hacerlo con ella misma.

Situaciones como éstas representan un duro ataque al amor propio paterno. Los padres ignoran que están funcionando como una pantalla de proyección de los sentimientos displacenteros de sus hijos y se sienten heridos y cuestionados personalmente.

Cuando un hijo afirma "*¡Ustedes nunca me entienden!*", lo que hace es proyectar en sus padres algo que le está sucediendo a él. Lo que en verdad le ocurre es que *él mismo no se entiende*.

Si los padres se hacen cargo de los sentimientos *proyectados* por sus hijos, las peleas no tardan en presentarse. El problema es que en esta clase de peleas nadie tiene razón, porque en estos casos como el planteado la razón y la lógica no cuentan.

Los sentimientos no son lógicos ni son razonables; ellos simplemente existen. Además, nadie tiene la culpa de experimentar determinados sentimientos.

Por eso, intentar comprender es mucho mejor que buscar, inútilmente, quién tiene la razón.

La contención familiar.

En las situaciones conflictivas que venimos describiendo la familia debería cumplir un rol muy importante: ofrecer un marco de contención suficiente para que, dentro de ella, las dificultades internas de los adolescentes puedan resolverse.

Si existe suficiente cariño entre los miembros del grupo familiar, esa resolución de los inevitables conflictos adolescentes puede llevarse a cabo sin que cause demasiado daño a nadie.

Rita, a quien mencionamos poco antes, sabe que aunque sus padres se enojen transitoriamente con ella, en algún momento ese disgusto se ha de disipar. Rita sabe que, pase lo que pase, sus padres la seguirán queriendo. De la misma manera, los padres no ignoran que su hija los ama pesar de sus berrinches y desplantes.

En esa familia existe una confianza básica en los lazos afectivos que unen a sus miembros.

Sin esa confianza, los ensayos de independencia de los más jóvenes no serían posibles. Si hubiera temor a las represalias paternas, por ejemplo, esos intentos de autonomía, tan necesarios para la maduración, no podrían tener lugar.

Sin embargo, todo esto desconcierta a los padres.

Los abuelos, consternados, dicen: “¡Antes había más respeto!”; “¡En mi época, si yo hubiese contestado así, mi padre me sacaba la cabeza!”

Los padres entonces se preguntan: ¿Podemos permitir estas actitudes de parte de nuestros hijos? ¿Cómo debemos actuar?

Es una realidad que las relaciones entre padres e hijos se han modificado. Tal vez, cuando los padres de hoy eran jóvenes, sus propios progenitores ejercían la autoridad de un modo muy diferente. Pero no se puede volver atrás el reloj. Las viejas actitudes paternas ya no son posibles.

Sin embargo, nada de esto significa que se deba tolerar todo lo que los chicos digan o hagan. ¡De ningún modo!

Significa que existen otras formas de poner límites:

- Hablar con firmeza, con calma y sin violencia.
- Esperar que pase el momento de nerviosismo y volver sobre el tema.
- Reflexionar juntos, padres e hijos.
- Evaluar otras alternativas y escuchar lo que los adolescentes

tengan para decir, sin darles demagógicamente la razón, pero también sin desestimar con desprecio sus opiniones.

Cuando los padres saben hablar, los hijos aprenden a escuchar.

Hoy más que nunca el adolescente necesita límites.

No olvidemos que la decisión vocacional de los hijos es un eslabón más en una cadena de rupturas de la tutela paterna. Se crece desprendiéndose, poco a poco, de los padres.

Este desprendimiento comienza a muy temprana edad. El destete, aprender a caminar, el abandono de los pañales, la entrada al jardín de infantes, el ingreso a la escuela primaria, son todos ejemplos de algunos de esos desprendimientos.

La decisión vocacional es otro más.

Así como durante la primera infancia los padres impulsan a sus chiquitos para que caminen, de la misma manera es preciso actuar durante este nuevo despegue. Ahora, los hijos comienzan a *caminar solos* por los senderos de la vida.

Esto no implica que no se pueda opinar sobre lo que los hijos elijan. En realidad, se puede y -más aun- se debe opinar acerca de las elecciones de un hijo o de una hija.

El tema es saber dar esas opiniones, respetando el hecho de que a partir de allí la determinación debe ser del joven, quien será por otra parte quien recibirá las consecuencias de su elección.

Por lo tanto, de ninguna manera las opiniones de papá y mamá se pueden imponer. Es importante darlas con respeto, sin pontificar, sin criticar. Los jóvenes son naturalmente inseguros, y esto los vuelve más sensibles a la crítica.

Es importante ofrecer a los adolescentes una versión del mundo del trabajo y del estudio lo más honesta y objetiva que uno pueda dar.

De todos modos, elijan lo que elijan, los jóvenes solo estarán bien preparados para enfrentar la vida si en el hogar se les ha proporcionado suficiente afecto, seguridad, principios morales y educación.

Por el contrario, no hay carrera ni actividad, por brillante que parezca, que pueda suplantar el amor, la seguridad o la formación que un chico recibe de su familia.

El éxito en la vida no depende de la carrera elegida. Ni una carrera le brinda a nadie la felicidad, si la persona no cuenta con la disposición necesaria para lograr ser feliz.

Tampoco puede nadie garantizar que el tan soñado éxito profesional sea sinónimo de dicha para los hijos.

No se pueden dar recetas, pero de un modo muy general diremos que, puestos frente a una elección, es mejor no caer en actitudes extremas: ni pegarse tanto al hijo que uno termine eligiendo por él, ni alejarse tanto que el chico se debata solo en la incertidumbre.

No abandonar a un chico en este trance significa reconocer que los tiempos de los padres y de los hijos son distintos. No es lo mismo cómo ve el futuro un muchacho de veinte años y cómo lo ve un hombre de cincuenta. Las urgencias de ambos son diferentes.

Los padres necesitan saber adaptarse a los tiempos internos del adolescente. El hijo dispone de más tiempo cronológico para elegir, y el apuro paterno confunde al joven, que en consecuencia se retrae aun más.

En este proceso aprenden tanto los adolescentes como sus padres.

Los hijos enseñan.

Tener hijos adolescentes es una magnífica oportunidad para los padres de *actualizarse* y de aprender ellos también diferentes cosas.

De los hijos se aprende a sacudir viejas estructuras mentales y a conectarse con realidades muy diferentes de las vividas por los mayores en la propia adolescencia.

El mundo que los adolescentes enfrentan hoy es muy complejo. Es un mundo donde abundan situaciones que angustian y preocupan:

el Sida, las drogas, la bisexualidad, la violencia, la falta de oportunidades, las relaciones transitorias, el alcoholismo...

Los jóvenes conocen estas realidades. No esconden la cabeza ante ellas. Su actitud es una buena enseñanza para los adultos.

En efecto, la creatividad, la potencia, el coraje y la libertad de algunos jóvenes actuales tiene mucho para decirnos y enseñarnos.

Permitirse aprender de los hijos significa bajar la auto-exigencia de los padres. Porque ser un buen padre no significa tener que saberlo todo o poderlo todo. No se pueden tener respuestas para todas las preguntas.

Es bueno decir *no sé*. A este respecto, Mony Elkaim, un experto terapeuta de familia, lo expresa de este modo: "Al fin y al cabo uno hace lo que puede con lo que no tiene."

Reconocer lo que *no tenemos, no sabemos o no podemos* es muy sano. No significa evadirnos del problema, sino aceptar los límites de nuestra humana condición.

La situación que viven los padres cuando sus hijos eligen una carrera es de alto compromiso emocional. Se reactivan y se potencian los viejos temores y prejuicios que desde siempre han existido de manera larval.

Por otra parte, el hijo está eligiendo una actividad que ejercerá en el futuro, y todo lo que concierne al futuro implica la aceptación del propio envejecimiento y de la propia muerte.

En cierto modo, los padres sienten, con dolor, que los hijos quedan librados a sus fuerzas y que ellos ya no estarán más para protegerlos.

Pero ya que papá y mamá no lo saben todo, podemos dejar que los adolescentes comiencen su camino. Aceptar que no se sabe con certeza qué es lo mejor para ellos, muestra que el rol paterno ha cambiado.

Se ha producido una renuncia al ideal de ser *padres sabelotodo*. El padre omnipotente desaparece lentamente de la escena.

Si los padres renuncian a ser omnipotentes, los adolescentes podrán bajar también ellos el alto nivel de exigencia que suelen tener respecto de sus progenitores.

En efecto, la mayoría de los adolescentes conservan una creencia infantil: los padres deben hacerlo todo bien.

Y eso no es cierto. Los padres tienen derecho, como sus hijos, a equivocarse, a vacilar, a asustarse, pero también, lo mismo que sus chicos, tienen el derecho de aprender.

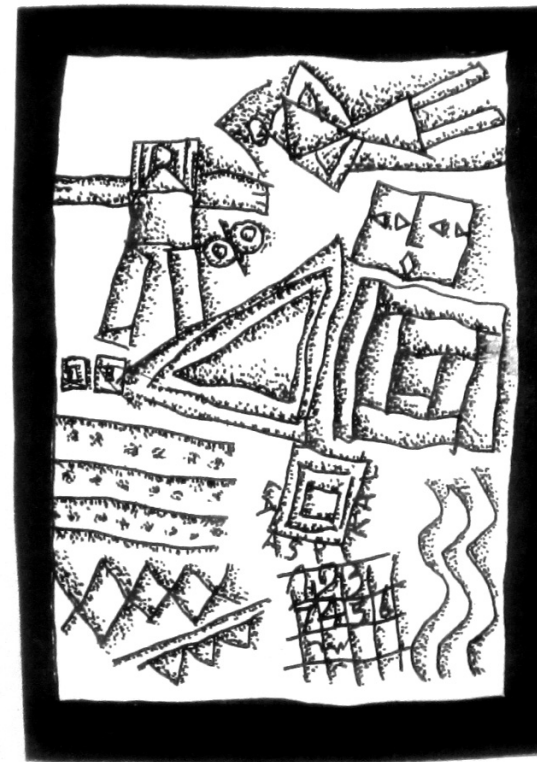
Aceptar al otro tal como el otro es, vale en definitiva tanto para los padres como para los hijos.

Bibliografía

- **Aberastury A. y Knobel, M.:** *La adolescencia normal*. Paidós. Bs As. 1973
- **Elkaim, M.:** *Si me amas no me ames*. Granica Editores, Buenos Aires, 1989.
- **Di Segni, Obiols S.:** *Adultos en crisis. Jóvenes a la deriva*. Noveduc, Buenos Aires, 2002.
- **Hoffman, L.:** *Posmodernismo y Terapia Familiar*. Artículo aparecido en la revista *Sistemas Familiares*, Número 1, Marzo de 1998.
- **Mahler, Margaret:** *Estudios 2. Separación a la individuación*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1984.
- **Mc Namee, S., Gergen K.:** *La terapia como construcción social*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1996.
- **Minuchin, S. y Fishman, H.:** *Técnicas de Terapia Familiar*. Paidós Ibérica, Barcelona, 1988.
- **Pichon-Riviere, E.:** *El proceso grupal*. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1983.
- **Rascovan, Sergio (comp.):** *Orientación vocacional. Aportes para la formación de orientadores*. Ediciones Novedades Educativas, 1998.
- **Satir, V.:** *Psicoterapia familiar conjunta*. La Prensa Médica Mexicana, México, 1986.
- **White, R.:** *El yo y la realidad en la teoría psicoanalítica*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1973.

PARTE 3

**Aspectos sociales
en la elección vocacional**



Fragmento de una entrevista.

Juan Ernesto: No veo la diferencia entre Administración de Empresas y Administración a secas. ¿Es lo mismo?

Orientador: En este caso son dos carreras similares que se dictan, bajo distinto nombre, en dos universidades diferentes.

Juan Ernesto: ¡Ah! Lo que pasa es que son demasiadas carreras y me confundo... Y además son tantas universidades...

Orientadora: Es cierto, no sólo estás eligiendo qué carrera estudiar, sino también dónde hacerlo.

Juan Ernesto: Claro, y eso también me confunde. (Silencio...) Mi padre me dice que lo importante es elegir algo que tenga porvenir. Pero, ¿cómo se hace para saber lo que tiene porvenir?

Orientadora: A veces las cosas que te dice la gente te resultan contradictorias, ¿no?

Juan Ernesto: ¡Seguro! El otro día viene mi tío Pablo y me dice: "Mirá, estudiá lo que quieras pero aprendé a manejar bien. Te va a hacer falta para conducir el taxi." Y se reía... Tal vez me lo dijo en chiste, pero a mí no me causó ninguna gracia.

Los modelos de trabajo y estudio

*Carrera y necesidad social. Los trabajos del futuro.
Papel de la sociedad en la búsqueda vocacional. La mujer.
Impacto de los cambios en la orientación vocacional.
El caso de los relojes japoneses de cuarzo.
Eligiendo mejor. El punto de equilibrio.*

Carreras en el marco social.

Ezequiel decide estudiar Medicina. Pero ¿en qué se inspira este chico para elegir esa carrera en particular? ¿De qué datos de la realidad se apropia para decidir cuál será su actividad?

Evidentemente, Ezequiel elige hacer algo que ve o ha visto hacer a otras personas.

Durante su niñez, él o sus hermanos han sido atendidos por el pediatra de la familia. Tuvo oportunidad de visitar sanatorios en distintos momentos y observar el trabajo de los médicos. Conoce la estima y la necesidad que las personas tienen respecto de la labor de estos profesionales.

Ezequiel elige, por lo tanto, una actividad que ya existe en la realidad y que es necesaria por su utilidad social.

Si este chico viviera en una aislada tribu del Amazonas, no tendría la inquietud de estudiar medicina. Para dar satisfacción a su deseo de curar debería volverse hechicero, aprendiendo con el brujo de la aldea los rituales necesarios para sanar a los enfermos. Ser hechicero es la opción que ese grupo social brinda a quienes sienten el deseo de curar.

No existen carreras o actividades en abstracto. Cada grupo social y cada época histórica determinan la existencia de ciertas funciones de trabajo y su correspondiente valorización o desprestigio.

Porque, en efecto, hay labores que en ciertos contextos avergüenzan, así como hay actividades que producen un particular orgullo, y tareas que provocan desconfianza, y otras que pareciera que hay que hacerse *perdonar*, y también hay profesiones que de pronto se ponen de moda.

Las nuevas carreras suelen ser a menudo resistidas, simplemente porque son desconocidas. Esta la historia de todas las carreras que nacieron y se multiplicaron después de muchísimos años durante los cuales sólo existían en la Universidad once facultades tradicionales:

Derecho, Medicina, Arquitectura, Farmacia y Bioquímica, Ciencias Exactas, Filosofía y Letras, Odontología, Ingeniería, Ciencias Económicas, Agronomía y Veterinaria.

Las *nuevas carreras* surgidas durante las décadas de 1960 y 1970, como por ejemplo Psicología, Ciencias de la Comunicación o Diseño Gráfico, aparecían por entonces como opciones extrañas o con pocas posibilidades. Sin embargo, cuando la sociedad comenzó a tener conciencia de la utilidad de esas nuevas profesiones comenzó también la demanda de esos nuevos profesionales.

Asistimos en nuestros días al nacimiento, cada vez más veloz, de nuevas actividades y/o profesiones cuya existencia años atrás no podíamos sospechar.

Es importante destacar, en este contexto, la incidencia de los condicionantes sociales en la elección vocacional.

Cuanto más conocida sea una actividad, mayores posibilidades tendrá de ser elegida por los jóvenes. Los medios de comunicación juegan aquí un rol importantísimo.

Muchos años atrás, por ejemplo, cuando se difundían por televisión los documentales de Jacques Cousteau, un famoso investigador de las profundidades submarinas, aumentaba significativamente el número de aspirantes a la carrera de biología marina.

Del mismo modo, numerosas chicas –pero también varones– aspiran hoy a ser modelos, influidos por el lugar de privilegio económico y social que nuestra sociedad le asigna a la belleza y la juventud.

Cada época posee pautas diferentes para valorar las tareas humanas. En la actualidad no despierta la misma aceptación que en la década de 1940 el magisterio o la carrera militar, por citar sólo un par de ejemplos posibles.

Carreras y necesidad social.

Nadie puede elegir una carrera que no existe, pero sí puede en cambio, partiendo de alguna carrera existente que presente puntos de contacto con la que se desea, *construir* su propia disciplina.

De hecho esto ha estado ocurriendo: ¿de dónde salieron, por ejemplo, los primeros expertos en computación? De carreras afines: muchos vinieron de las filas de los biólogos, de los contadores, de los matemáticos...

¿Y los primeros psicólogos? Surgieron mayormente de las huestes de filósofos, antropólogos, médicos psicoanalistas o psiquiatras, hasta

convertirse –paso del tiempo mediante– en profesionales de la disciplina autónoma, hoy plenamente reconocida, que en la actualidad convoca una inusitada cantidad de ingresantes.

Cuando la psicología o la computación fueron *inventadas* eran disciplinas novedosas, sin representación social. Poco a poco lograron ganar su espacio y hoy ya nadie puede pensar en ellas como *carreras nuevas*.

Debemos aclarar, sin embargo, que no cualquier tarea novedosa está en condiciones de prosperar. Para que ello ocurra deben darse al menos dos condiciones:

Por una parte, deben existir las posibilidades de adquirir los conocimientos necesarios. Esto es, debe haber maestros de quienes aprender, cursos, bibliografía. En este sentido la globalización juega un rol preponderante, pues facilita la adquisición instantánea de los saberes requeridos.

En segundo lugar, debe existir también la necesidad social de la actividad de que se trate. Aquí el contexto juega un rol primordial, pues será el que determine si dicha actividad puede ser útil (y por lo tanto requerida) para un número significativo de integrantes de la sociedad.

Demos un ejemplo sencillo: el tema de la inseguridad funciona en los hechos como un nuevo contexto, que produce en consecuencia cambios en los hábitos. En un barrio de casas, donde se hace preciso lavar las veredas, el hecho de estar en la calle produce temor a ser asaltado.

La aparición de un servicio de lavado de veredas, que deja la tarea en manos de personas externas a la casa, ha sido muy bien recibido en esta clase de barrios. Muchísimos vecinos lo han adoptado.

Los *lavadores de veredas* supieron captar creativamente la necesidad y la utilidad de su servicio. Inventaron una tarea y lograron darle una imagen social.

Otro ejemplo posible es el de los *cartoneros*, que surgieron de la crisis del 2001 y que quedaron posteriormente instalados en el repertorio de actividades de la ciudad.

Toda nueva tarea pasa por varias etapas:

- *Ofrecimiento oportuno de un servicio.*
- *Aceptación del mismo por parte de la comunidad.*
- *Requerimiento por parte de un público numeroso.*

El momento del ofrecimiento es muy importante. A veces una nueva función no *prende*. Tal vez no es el momento apropiado y más tarde el mismo servicio o actividad reciba aceptación. En ocasiones, lo que en una sociedad tiene éxito, en otra fracasa.

Los cambios tecnológicos, en particular los asociados a la informática, han traído aparejadas nuevas y enormes posibilidades. Transacciones *on-line* de todo tipo, adquisiciones de pasajes, entradas a espectáculos, ofrecimientos de trabajo o empresas virtuales, la publicidad digital, el aprendizaje o la enseñanza por medios virtuales, entre muchas otras alternativas, han cambiado en muy poco tiempo el espectro de actividades posibles en la sociedad actual.

En síntesis, en el área de las innovaciones laborales la conexión con las necesidades del medio es un factor indispensable.

De todos modos, es mucho más fácil detectar una necesidad actual, ofreciendo en consecuencia una solución para un problema presente, que captar una necesidad futura y saber con certeza cuáles serán las demandas reales a seis o siete años a futuro, vale decir al momento aproximado de finalización de la carrera que se emprenda el día de hoy.

Pero al menos podríamos hablar de tendencias y preguntarnos, de una manera más general, cuáles son las expectativas del mundo del trabajo para los próximos veinte años.

Al respecto nos puede resultar útil un informe que el Ministerio de Industria e Innovación británico encargó a la consultora inglesa *Fast Future* para identificar las ofertas de trabajo requeridas por la sociedad entre los años 2015 y 2030.

El pedido ponía especial énfasis en los efectos del cambio climático y el desarrollo científico tecnológico en el mercado laboral

Sin olvidar el carácter hipotético del informe, señalaremos los cambios de patrones que se rastrean allí. Los nuevos paradigmas, considerados de una manera general, se refieren a los siguientes puntos:

- los cambios demográficos, debido a un impresionante aumento de la población;
- la creciente complejidad social, política y económica de un mundo globalizado;
- el rol fundamental de la ciencia y la tecnología;
- un mayor intercambio generacional, generado por la prolongación de la vida humana;
- la necesidad de repensar los conceptos de educación, talento y entrenamiento;
- la expansión global de los negocios, cada vez más sofisticados, y la multimedia electrónica;
- la resolución de los innumerables desafíos ecológicos.

El Primer Ministro de Gran Bretaña, Gordon Brown, resumió de este modo las conclusiones de este informe, referido en un artículo firmado por Adam Gabbatt, publicado por *The Guardian* el 14 de enero de 2010: "Una prioridad de este gobierno es preparar al país para la economía del futuro ... y asegurarnos de que los jóvenes puedan aprehender las oportunidades que las innovaciones de la ciencia y la técnica van a brindar."

Y agrega: "Los nuevos trabajos que vendrán muestran cuáles deben ser las ofertas educativas que deberemos hacer a la próxima generación. Espero que la gente joven se prepare para lograr las habilidades y entrenamiento necesarios para el éxito."

Los trabajos del futuro.

Aparentemente los trabajos del futuro se encontrarán dentro de una amplia franja que abarca desde los roles ejercidos en base a las ciencias duras (como la nano-medicina, por ejemplo) a aquellos otros que ayudarán a lidiar con el impacto de la tecnología en nuestras vidas, tales como los futuros *organizadores virtuales de desorden informático*.

La lista de nuevas profesiones, que por momentos parece remitir a literatura de ciencia ficción, incluye tareas como las siguientes:

- *Diseño y producción de piezas corporales*. Esto incluye toda la cadena de producción: diseñadores, fabricantes, comercializadores y servicios post-venta (mantenimiento y reparación).

- *Nano-medicina*. Estos profesionales se ocuparán de aplicar tratamientos médicos mediante dispositivos de escala molecular.

- *Especialistas en agricultura y ganadería genéticamente modificadas*. Granjeros ocupados en la producción de animales transgénicos, por ejemplo para lograr un ganado con mayor cantidad de proteínas que sean beneficiosas para nuestra salud.

- *Gestor/Consultor del bienestar en los ancianos*. Estos especialistas en las necesidades personales de una población que envejece facilitarán recursos tales como nuevas drogas médicas, tratamientos naturales, prótesis, atención de la salud mental, etc.

- *Cirujanos especialistas en ampliación de la memoria*. Serán los profesionales capaces de añadir más memoria a las personas que precisen aumentarla o de ayudar a quienes tengan la necesidad de almacenar mayores cantidades de información.

- *Especialistas en Ética para la Nueva Ciencia*. Los avances científicos y tecnológicos abren la necesidad de este nuevo tipo de especialista en

Etica, que sea capaz de comprender las nuevas posibilidades y ayudar a tomar decisiones relativas a lo que el desarrollo de la ciencia debería o no permitirse desde el punto de vista moral.

- *Pilotos, guías y arquitectos espaciales.* El turismo espacial demandará pilotos y personal para aeronaves, guías turísticos especializados, así como arquitectos encargados de diseñar los habitáculos en los cuales la gente deberá permanecer y trabajar en dichos destinos. Los primeros módulos de un futuro hotel espacial, desde los cuales será posible observar la Tierra a través de grandes portillas, podrían estar listos para ser puestos en órbita en muy poco tiempo más.

- *Granjeros de cultivos verticales o hidropónicos.* La agricultura del futuro próximo podría desarrollarse en granjas verticales que no necesitan tierra y pueden crecer adosadas a los edificios de las grandes ciudades. Si bien ésta es una técnica muy antigua, que utilizaron viejas civilizaciones, el desarrollo del plástico hoy permite una interesante expansión de la misma. Esta clase de cultivos se ofrece como una solución potencial a la desaparición de tierras de cultivo y al paralelo aumento de la población. Los datos en este sentido son elocuentes. Consideremos un dato puntual: "En 1950 había un total de 3.7 millones de acres de tierra cultivada en los Estados Unidos. En ese momento la población en los Estados Unidos era de 150.718.000. En 1970 la extensión cultivada total en acres cayó a 3.2 millones y la población había crecido a 204.000.000. En los próximos 20 años se estima que la población de los Estados Unidos crecerá a 278.570.000, lo cual representa un aumento de 79.000.000 de habitantes. Es difícil proyectar cuántos acres para producción se perderán durante ese tiempo." (Fuente: *United States Department of Agriculture and United States Department of Commerce.*)

- *Especialistas en revertir el cambio climático.* Ingenieros científicos o geo-ingenieros serán necesarios para ayudar a reducir o revertir los efectos del cambio climático. Como ejemplo de estas tareas podemos mencionar el polémico proyecto de sembrado de limaduras de hierro en el océano, también conocido como *fertilización oceánica*. El cuestionado proyecto Lohaflex, ya en vías de concreción, se basa en el *plantado* en el océano de limaduras de hierro. Se espera que las mismas estimularán el crecimiento de algas que a su vez absorberán dióxido de carbono de la atmósfera en el Atlántico Austral. (Fuente: *Carla Sepúlveda Campos, Facultad de Ciencias Universidad Austral de Chile.*) Otros planes, como la colocación de sombrillas enormes que sirvan para atajar los rayos del sol en zonas desérticas, también están siendo estudiados. No es ciencia ficción: son proyectos existentes, con todos los riesgos que conllevan para el planeta para el eventual caso de que salgan mal.

- *Inspectores del cumplimiento de cuarentenas.* Ante emergencias epidémicas, que supongan un riesgo para la humanidad, existirán profesionales encargados de establecer medidas para evitar la diseminación de enfermedades. El incremento de los viajes ha aumentado considerablemente el peligro de contagios epidémicos, lo cual ha vuelto más necesaria la existencia de esta clase de expertos.

- *Controlador de los cambios climáticos.* La policía de modificación del clima será necesaria para vigilar cambios que puedan provocar posibles alteraciones en el ecosistema, tales como las que mencionábamos antes al referirnos a la geo-ingeniería.

- *Abogados virtuales.* Serán agentes especializados en resolver conflictos jurídicos que, debido a la globalización, podrían involucrar a personas de distintos países, con diferentes marcos legislativos.

- *Gestores de Avatares/Educadores Virtuales.* A la manera de avatares inteligentes o personajes virtuales, estos educadores virtuales serán los eventuales sustitutos informáticos de los profesores en el aula.

- *Ingenieros en vehículos alternativos.* Hay ya una gran necesidad de transportes que funcionen en base a materiales y combustibles alternativos, sin emisión de gases que dañen el planeta.

- *Especialistas en microdifusión.* Ellos trabajarán con productores y anunciantes para crear noticias, entretenimiento e información adaptada a micro-audiencias, e incluso a intereses personales específicos.

- *Controlador de datos-basura.* Serán los encargados de borrar información personal en los equipos informáticos y en los sitios de Internet para evitar delitos informáticos tales como robos, rastreos o alteraciones de la identidad.

- *Organizador virtual del desorden informático.* Gestores que contribuyan organizar la vida en la esfera electrónica: correo electrónico, almacenamiento de datos, gestión de contraseñas electrónicas y perfiles.

- *Administrador de tiempo/Corredor comercial de cuentas de tiempo.* Entendido el tiempo como un bien a administrar, el *dinero de tiempo* es una nueva moneda, apta para proporcionar una solución a determinados problemas. Incluso ya existen bancos de tiempo; en ellos se intercambian servicios por tiempo. El trabajo por hora equivale así a dinero.

- *Trabajador social especialista en redes sociales.* Trabajadores al servicio de personas traumatizadas o marginadas de las redes sociales.

- *Marcas o looks personales.* Como ocurre con los famosos, estos especialistas trabajarán para que cualquier persona disponga de una marca personal, desarrollando sus perfiles través de las redes sociales e identificando valores a partir de los cuales construir una imagen coherente con su personalidad.

¿Cuál es la importancia de conocer estas profesiones, algunas hipotéticas y otras bien reales, en vistas al futuro? Sean ellas u otras las que surjan en los próximos años, lo importante es entender el concepto de cambio permanente y acelerado que está sucediendo.

Los jóvenes deben estar entrenados para estos cambios y tener su mente abierta a las nuevas posibilidades que día a día se irán desplegando ante sus ojos y que será preciso reconocer rápidamente.

Los estudiantes deben estar al tanto, además, de que así como aparecerán permanentemente nuevas opciones laborales, podrá ocurrir también lo contrario. Deberán estar preparados lo mismo para aprender como para desaprender con gran velocidad.

Funciones tradicionales pueden desaparecer. Ninguna tarea tiene un lugar permanente en una sociedad. Suponer que hay labores absolutamente seguras crea una confianza engañosa que más tarde se puede transformar en decepción.

Y aunque algunas tareas permanezcan, de todos modos también pueden cambiar las condiciones en las cuales ellas se producen, la remuneración, las características o la valoración social de las mismas.

Así ha ocurrido, por ejemplo, con el antiguo ejercicio liberal de la profesión de médico. La existencia de servicios sociales y de empresas de medicina pre-pagas ha empequeñecido las posibilidades de ejercicio privado y recortado las gratificaciones económicas que antes existían.

Papel de la sociedad en la búsqueda vocacional.

No se puede discutir el peso que tiene la sociedad en lo relativo a una elección vocacional. Pero conviene realizar una importante aclaración: al hablar de sociedad nos referiremos a dos aspectos complementarios pero diferentes de la misma.

Hay una serie de *aspectos reales*, que se relacionan con las ofertas concretas de estudio y/o trabajo. Son los pedidos que aparecen en los diarios, las búsquedas por Internet o en las empresas selectoras de personal. Se incluyen acá las condiciones actuales de estas labores: sueldos promedio, horarios, índices de ocupación o de desempleo.

Por otra parte se cuentan los *aspectos ideales*, que son propios de un grupo social dado. Ellos determinan la aprobación o el rechazo de ciertas tareas en particular, el prestigio, la noción de éxito profesional y la retribución económica que merece una persona en función de la tarea que realiza y del referido prestigio de su actividad.

Veamos un ejemplo muy claro de tarea desvalorizada. Años atrás se votaba en un país nórdico una ley que podía llegar a restringir el ingreso de extranjeros. La gente temía que los inmigrantes terminaran incrementando su número de un modo alarmante en el futuro (suposición muy razonable, habida cuenta del mayor índice de crecimiento demográfico de dichos extranjeros).

En ese contexto un afiche, supuestamente liberal y a favor del ingreso de dichos inmigrantes, mostraba una mano de piel oscura limpiando un inodoro. El epígrafe que acompañaba dicha imagen rezaba así: “¿A usted le gustaría hacer este trabajo?”

No es necesario profundizar en el contenido profundamente racista del supuesto mensaje a favor de la inmigración.

El dinamismo de los fenómenos sociales modifica los ideales propios de un período histórico determinado y produce cambios en los ideales y roles sociales. Por esa razón la realidad laboral de hoy es muy compleja y diferente de la que existía una o dos generaciones atrás.

Por otra parte, a mayor cantidad de ocupaciones posibles, mayor es el repertorio de opciones. La creciente complejidad del mundo laboral también complejiza las decisiones vocacionales.

No es lo mismo elegir entre once carreras universitarias, propias del viejo sistema, que elegir entre más de tres mil quinientas carreras.

Si nos preguntamos por las tareas que desempeñaban nuestros abuelos es muy fácil comprobar que en los años cincuenta, por ejemplo, los roles según el sexo y la edad eran relativamente fijos. En lo que concierne a la labor femenina sólo el 10% de las mujeres trabajaba fuera su casa. Los hombres mantenían a la familia y las mujeres permanecían en el hogar, cuidando los aspectos domésticos y los hijos.

También hay que decir que años atrás era común que se entrara en una empresa como cadete y poco a poco, ascenso tras ascenso, se escalaran puestos hasta llegar, en la madurez, a funciones de mayor importancia. La realidad actual es muy distinta: la permanencia en una empresa suele ser breve y los puestos de importancia pueden estar en manos de gente muy joven.

La mujer.

Un apartado especial merece la transformación del rol laboral de la mujer en los últimos sesenta años. El voto femenino, sancionado en la Argentina en 1947, recién se *estrenó* en 1951, cuando por primera vez tres millones y medio de mujeres pudieron votar.

Indudablemente, desde entonces se han producido grandes cambios, muchos de ellos vertiginosos. Sin embargo, no se ha logrado todavía una homologación real de la mujer respecto del hombre.

Subsiste aun discriminación en los salarios, en el ascenso a cargos jerárquicos, a cargos políticos, y se padece todavía la doble jornada laboral y hogareña, sin olvidar el silencioso maltrato verbal y físico al que muchas mujeres -más de las que creemos- se ven sometidas.

Las mujeres jóvenes suelen presentar en la consulta vocacional la duda de cómo compaginar en su elección de su trabajo futuro el rol laboral externo y el rol familiar.

Si bien la edad del primer hijo se ha desplazado (no en vano los resultados del último censo reflejan un crecimiento demográfico cada vez más lento), suele existir un momento -generalmente al promediar la treintena- en que se verifica el acuciante deseo de la maternidad. Esto ocurre, generalmente, con aquellas mujeres que han privilegiado sus aspectos profesionales y se han identificado, tal vez sin darse cuenta, con el universo masculino.

Al ver más cerca el final de su período reproductivo, aparece el llamado de la especie y el consecuente deseo de convertirse en madre.

Para la mujer actual no es fácil resolver esta ecuación. Inmersa en un mundo contradictorio en el cual subsisten viejos conceptos acerca de las cualidades femeninas, tales como la belleza, la dulzura, el sometimiento, la resignación, la fragilidad o la disposición para ayudar a los otros (ejemplo de esto es la famosa frase que asegura que *detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer*), ven al mismo tiempo que pueden desarrollarse, competir, ser responsables, estudiosas y sumamente activas. ¿Por qué quedarse *atrás del gran hombre*, entonces?

Esas características femeninas, estimuladas y valoradas desde la infancia se oponen, en ocasiones, a anhelos vocacionales más *jugados*, capaces de despertar rechazos familiares o incluso sociales. Esta es una presión que las jóvenes pueden recibir como condicionantes en el presente y que otras mujeres, ya mayores, recibieron en su momento.

El prejuicio relativo a un supuesto contraste del espíritu femenino en relación al espíritu masculino determina la falsa creencia de que los hombres se inclinan, por naturaleza, a las carreras científicas y técnicas, en tanto las mujeres se vinculan mejor con las tareas humanísticas, especialmente aquellas que tienen que ver con el cuidado de los demás.

Además de erróneo, esto es injusto con hombres y mujeres. ¿Cuántos padres se muestran preocupados acerca de la sexualidad de sus hijos varones si éstos eligen la docencia, la música, las letras o la filosofía, por ser carreras a las que no consideran *suficientemente masculinas*?

El gran desafío femenino hoy consiste en ocupar un rol laboral a la par del hombre pero conservando al mismo tiempo la propia identidad. La resolución de este conflicto pasa por un cambio de paradigmas.

La mujer se ha exigido demasiados esfuerzos para cumplir con ambos roles: el maternal y el laboral, para no renunciar a sus logros ni a su femineidad, pero sin la ayuda de su compañero esta doble tarea la excede injustamente.

Los hijos son de ambos, el hogar es de los dos. Compartir el compromiso parece ser la salida más ecuaníme, realista y adecuada para beneficio de la mujer, del hombre y de la familia que ambos constituyen.

Impacto de los cambios en orientación vocacional.

El impacto de las modificaciones a las cuales asistimos en el terreno laboral debe ser evaluado e incorporado en el plano vocacional.

Sabemos que nacerán nuevas profesiones y otras desaparecerán o se verán muy modificadas. Especialistas laborales británicos pronosticaban ya en los años noventa que en las primeras décadas del siglo XXI la mitad de los trabajadores de su país se desempeñarían en funciones por entonces inexistentes, y que este fenómeno se extendería rápidamente por toda la aldea global que es el mundo en la actualidad, involucrando a la mayoría de los países.

Es necesario tener en cuenta la actual fragmentación del conocimiento y el surgimiento de nuevas especializaciones.

En efecto, las múltiples y permanentes investigaciones han ocasionado una extraordinaria cantidad de conocimientos.

Esta acumulación, que se verifica en cualquier área del saber, es tan grande que una sola carrera no basta para abarcarlos. Se vuelve entonces indispensable la colaboración de técnicos especializados en distintos aspectos de ese saber.

Por ejemplo, el alargamiento del promedio de vida hace que haya cada vez más personas ancianas. El censo de 2010 muestra que en la ciudad de Buenos Aires la tasa de personas de 60 años o más es del 21,7%. En el contexto mundial, la ciudad posee una estructura poblacional por edades similar a la de los países europeos, donde el porcentaje de la población menor a los 15 años es inferior al 20% del total y casi similar o inferior al de la población de 65 años o más. Para atender a esta gran franja poblacional son necesarios psicólogos especialistas en el tema, expertos previsionales, en recreación y gimnasia, en educación, además de los gerontólogos con los que ya contamos.

En el ejemplo citado, hay varias carreras (psicología, ciencias de la educación, kinesiología, trabajo social) que comparten con la gerontología un mismo objeto de estudio y trabajo: el adulto mayor.

Contemplar estas nuevas posibilidades sorprende, maravilla y también asusta, pero lo debemos enfrentar, ya que toda decisión vocacional habrá de operar en el futuro.

Los chicos que hoy se encuentran terminando su secundario ejercerán su trabajo por cuarenta o cincuenta años y tendrán que estar preparados para los desafíos y novedades que ya estamos viviendo y también los que habrán de llegar.

Es indispensable evaluar e incluir, en el análisis de las variables vocacionales, las consecuencias posibles de esta acelerada transformación de nuestros actuales parámetros.

Ello engendra una considerable dosis de incertidumbre y temor. Pero es necesario superar la crisis que surge ante lo desconocido y producir un giro importante en los estudios y la capacitación humana.

Será imprescindible estar abierto a las oportunidades que sobrevendrán y alejarse a tiempo de lo perimido. Al respecto, la siguiente anécdota puede resultar interesante.

Historia de los relojes japoneses de cuarzo.

Aunque parezca un juego de palabras, los relojes japoneses de cuarzo no fueron inventados por japoneses. En efecto, esta creación parte de un invento generado en 1920 por dos norteamericanos, que en algún momento fue presentado a un grupo de empresarios suizos, relojeros de fama mundial.

Sin embargo, acostumbrados desde siempre a un tipo de maquinaria de relojería con resortes, ejes y engranajes, estos empresarios supusieron que la innovación que se les proponía no tenía posibilidades de éxito y descartaron la alternativa de producir los nuevos relojes.

Pero cuando el *inútil* invento fue mostrado en un congreso mundial de relojería, la gente de *Seiko* lo vio, eso cambió la historia y Suiza perdió su liderazgo mundial como país fabricante de relojes.

Abiertos a nuevas opciones, *desenganchados* de creencias tradicionales, los japoneses adoptaron la novedad, y con ella lograron revolucionar el mercado, para terminar obteniendo el liderazgo que antes ostentaban los suizos.

Evidentemente los nuevos tiempos imponen cierta plasticidad para anticiparse y adecuarse a las situaciones de cambio.

Eligiendo mejor.

Una buena orientación vocacional debe integrar lo social y lo individual. Para elegir es preciso, además, que exista libertad.

La sociedad debe permitir que sus miembros sean libres de optar. La posibilidad de la libre elección está ligada a un factor político.

Acaso en un régimen feudal, donde los hijos estaban forzados a seguir con las mismas labores de los padres, ¿era posible elegir?

O en un estado totalitario y/o en situaciones de desigualdad o exclusión social, ¿elegir no se convierte acaso en una utopía?

La orientación vocacional nació hace poco más de un siglo. Esto es muy poco tiempo en la historia de la humanidad.

La posibilidad de que ciertas personas tengan derecho a reflexionar y decidir sobre la actividad futura que desarrollarán es una conquista humana reciente y todavía al alcance de unos pocos.

En términos globales aun es muy pequeño el porcentaje de quienes pueden elegir libremente su destino.

Planteado en esos términos, acceder a un proceso de orientación vocacional es un verdadero privilegio.

Contar con libertad interior, es decir, estar despojado de miedos, de culpas o de adhesiones demasiado incuestionadas a determinados mensajes familiares, es fundamental pero no es factor suficiente para llevar adelante una correcta decisión. Es necesario contar además con una libertad exterior pues toda decisión individual se sostiene en el concepto de movilidad social.

Si el hijo de un barrendero no puede ser abogado, no hay orientación social para él que valga. Si un chico tiene que salir a trabajar porque en su casa la plata no alcanza, tampoco hay orientación vocacional posible.

Es que ambas libertades, la interior y la exterior, confluyen en la elección. Aunque la universidad argentina sea gratuita –llamativa excepción en el mundo contemporáneo– no nos engañemos: no es sencillo llegar a ella.

Antes hay que atravesar una escuela secundaria con altos índices de deserción, vinculados mayormente con la pobreza y la falta de recursos de todo tipo, como ya veremos hacia el final de este libro.

Leemos en el *Informe para el Desarrollo Humano* de las Naciones Unidas de 2010: “El desarrollo humano no se trata solamente de salud, educación e ingresos, sino también de la participación activa de las personas en los procesos de adelantamiento, equidad y sostenibilidad,

que forman parte integral de la libertad de la gente para conducir su vida de una manera que le sea significativa.”

Lo político condiciona un aspecto esencial en la tarea vocacional: sin el reconocimiento de iguales oportunidades para todos no podemos pensar en una tarea de orientación.

El citado *Informe* continúa: “El desarrollo humano es el proceso de expansión de las oportunidades del ser humano, entre las cuales las tres más esenciales son: disfrutar de una vida prolongada y saludable, adquirir conocimientos y lograr un nivel de vida decente.” (*Naciones Unidas, Informe para el Desarrollo Humano, 2010, pág. 12.*)

El punto de equilibrio.

Pero, ¿qué sucede cuando ambas libertades, la exterior y la interior, por algún motivo entran en colisión?

Si Ana, por ejemplo, quiere ser arquitecta pero ya hay demasiados profesionales de esa disciplina, ¿hay derecho a impedirle que cumpla de todos modos con su deseo?

Pero, por otra parte, si ella logra su objetivo y se recibe, ¿conseguirá luego trabajo? Tal vez permitiéndole que estudie se le evitó una primera frustración, pero se le ocasiona luego otra más grave al no ofrecérsele posibilidades de ejercer la actividad para la cual se la ha capacitado

Si la sociedad necesita profesores porque escasean, ¿cómo los obtendrá? Y si faltan maestros, ¿quién enseñará a los niños?

Es necesario pues encontrar un punto de equilibrio entre la necesidad individual y la necesidad social.

El problema principal consiste en saber hasta dónde le corresponde a la sociedad determinar las oportunidades de trabajo o carrera y hasta dónde puede el individuo, por su parte, elegir sin tener en cuenta las necesidades sociales.

En las sociedades donde prime el individualismo no se aceptarán formas de regulación. “Que cada quien elija lo que quiera, aunque después sufra las consecuencias”, parece ser la premisa.

Claro que más tarde las leyes de la oferta y la demanda serán sencillamente implacables.

En las sociedades donde se privilegian las necesidades colectivas, en cambio, va a resultar difícil que se atienda a los deseos personales. Lo más probable es que sólo se consideren las aptitudes individuales para garantizar un mejor rendimiento laboral en beneficio de la sociedad.

Muchos países europeos mantienen un determinado cupo por carrera, teniendo en cuenta la existencia de una cierta cantidad de puestos de trabajo. Así son necesarios determinados puntajes al egreso del secundario para acceder a esas opciones. Quienes presentan cifras menores no pueden ingresar a esas carreras.

Es un método efectivo para mantener controlado el número de futuros graduados y garantizarles trabajo al egreso.

En Argentina no existe ninguna clase de regulación al respecto. Cada uno estudia lo que quiere y se atiene luego a las reglas de oferta y demanda del mercado laboral.

Ello explica el alto grado de temor e incertidumbre que acucia a los jóvenes al momento de elegir y que los lleva a optar mayoritariamente por las carreras tradicionales, creyendo en la falsa seguridad que esto despierta en ellos.

Los datos siguientes fueron tomados de una encuesta realizada por el portal *www.quevasaestudiar.com* y citada por el diario La Nación en el año 2011. Sobre un universo de 500 jóvenes de entre 18 y 21 años, el resultado fue el siguiente: el 18% de los consultados eligió estudiar Medicina; 12% Derecho; 12% Arquitectura; 10% Contador Público; 9% Licenciatura en Turismo; 9% Licenciatura en Psicología y 5% Licenciatura en Administración de Empresas.

Lo nuevo asusta y el impresionante número de carreras apabulla. Actualmente existen en Argentina 5136 opciones de estudios en entidades públicas; 4339 en instituciones privadas; 26 títulos internacionales y 137 posibilidades en universidades provinciales. Resulta muy difícil acceder a buena información sobre un monto tan impresionante de posibilidades de estudio.

Si bien es cierto que muchas carreras tienen distintos nombres según la Universidad donde se dicte, conocer las incumbencias, los contenidos y la posible salida laboral de las más recientes es una tarea casi imposible para quienes están a punto de decidir sus estudios futuros.

Generalmente las nuevas opciones carecen de una imagen social, que sí poseen –aunque a menudo anclada en el pasado– las carreras tradicionales. Como lo desconocido asusta, ante la duda, los adolescentes terminan inclinándose por lo tradicionalmente conocido.

Se manifiesta así una clara incongruencia. Según veíamos en el informe presentado al gobierno inglés sobre los trabajos del futuro, los mismos demandarán opciones de estudio novedosas centradas en nuevos campos de interés.

Sin embargo, ¡nuestros jóvenes se preparan para ese futuro estudiando carreras tradicionales!

La necesidad de información resulta absolutamente básica, pero es difícil obtenerla. No hay ninguna publicación oficial que consigne, año tras año, el número, la proporción en base a la población, los índices de ocupación, subocupación y desocupación de los profesionales o la distribución geográfica de los mismos. No existen datos estadísticos suficientes ni tampoco proyecciones a futuro.

Esta carencia de datos ciertos produce, como es natural, efectos indeseados.

La ignorancia engendra mitos que, intentando suplir el desconocimiento, terminan dando una visión distorsionada de la realidad y originan decisiones erradas.

Cuanto mayor y más sensata sea la información que esté disponible, mejor preparada estará la persona para elegir correctamente su futuro.

Bibliografía

- **Arendt, Hanna:** *La condición humana*. Editorial Paidós, Barcelona, 1993.
- **Bauman, Zygmunt:** *La globalización. Consecuencias humanas*. Editorial Fondo de Cultura Económica, 1999.
- **Diario Clarín:** *El primer hotel espacial se pone a punto*. Buenos Aires, 4 de octubre de 2010.
- **Diario La Nación:** *El 75% de los jóvenes opta por las carreras tradicionales*. Buenos Aires, 29 de septiembre de 2011.
- **Fast Future Research Consulting:** *Butcher, Baker, Body Part Maker – Futurists Vote on Tomorrow's Jobs*. Launch of New Fast Future Foresight Study, en 'The Shape of Jobs to Come'. www.fastfuture.com
- **Gabbatt, Adam:** *Futurists Predict Fewer Butchers, More Space Pilots –and Spare Legs for Top Football Stars*. The Guardian, 14 January 2010.
- **Müller, Marina:** *Orientar para un mundo en transformación*. Bonum, 2007.
- **Rascovan, Sergio:** *Orientación Vocacional*. Editorial Paidós, 2005.
- **Semidober, Isabel:** *Identidad femenina y rol ocupacional. Orientación y sociedad*. Versión on-line: www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1851-88932002000100012&script=sci_arttext
- **Sepúlveda Campos, Carla:** *Investigador participa en experimento de fertilización en la Antártida*. Facultad de Ciencias, Universidad Austral de Chile. www.ciencias.uach.cl/noticia.php?codigo=6493
- **Strieber, Andrew:** *Jobs Rated 2009. Comprehensive Ranking of 200 Different Jobs*. www.careercast.com/jobs-rated/jobs-rated-2009-comprehensive-ranking-200-different-jobs
- **ONU:** *Informe para el Desarrollo Humano 2010. La verdadera riqueza de las naciones*. http://hdr.undp.org/en/media/HDR_2010_ES_complete.pdf

Fragmento de una entrevista.

Padre: Lo malo es que hay muchos médicos...

Madre: Además, no es que uno sea materialista, pero ¡los médicos ganan tan poco!

Padre: Sin embargo, a mi primo Jorge le va genial. Tiene un piso bárbaro, un auto importante, casa en un country...

Madre: Sí, pero mirá Tomás, el amigo de tu hermano... Una persona tan estudiosa... Se ganó una beca en Alemania y, sin embargo, ahí lo tenés: la plata no le alcanza.

Orientadora: Tengan cuidado. Parece que están extrayendo conclusiones generales de casos particulares. Tomás gana poco. Jorge gana mucho. Ambos tienen la misma profesión. Que a uno le vaya bien en lo económico, no quiere decir que, automáticamente, al otro también le tenga que ir bien. Hay muchas cuestiones, no solamente la carrera elegida, que inciden en el hecho de ganar o no dinero. Factores personales, por ejemplo.

Juan Ernesto: ¿Ves, papá? Vos decís siempre que estudie Ciencias Económicas para gana plata. ¡No tiene nada que ver! ¡Yo quiero disfrutar con mi trabajo!

Orientadora: Las carreras no son como un *paquete turístico* que incluye gratificaciones, honorarios y estilo de vida determinados. La carrera es un instrumento que cada uno va a usar según sus posibilidades. Como les decía antes: también depende de factores personales. Así hay gente a la cual le interesa el dinero y es hábil para ganarlo. Otras personas, por el contrario, no pueden, no saben o no se interesan tanto en ganar dinero. Y esto ya no tiene que ver solamente con la profesión que se elija.

Mitos y realidades acerca del estudio y el trabajo

Clasificación del trabajo. Los analistas simbólicos y María Clara.

El caso de los camiones desaprovechados.

Consecuencias de los cambios laborales.

Fábula de las abejas y las moscas.

Los mitos vocacionales.

¿Es verdad que sobran abogados? ¿Está saturado el mercado laboral de psicólogos? ¿Qué profesionales hacen falta?

Con certeza, estas preguntas son muy difíciles de contestar en un país como la Argentina.

En verdad no existen datos oficiales, sistemáticos y organizados, relativos a la distribución del trabajo o los correspondientes índices de ocupación, subocupación y desocupación. Ello impide cualquier posibilidad de realizar una adecuada planificación al respecto.

Pero el ser humano no se conforma con la ignorancia. Cuando las fuentes de información, como sucede en este caso, no resultan seguras o confiables, las personas recurren a las opiniones de los demás, a hechos concretos conocidos o a datos de la realidad a los cuales se tiene acceso, como un intento de remediar la falta de información.

Pero así sucede entonces que, a partir de datos individuales y dispersos, se realizan generalizaciones que son tomadas por verdaderas. Veamos, por ejemplo, este diálogo:

- El Dr. L. es oftalmólogo y gana muy bien.

- El Dr. G. también. Además, un visitador médico me dijo que en esa especialidad se trabaja mucho.

- ¡Hay que elegir oftalmología entonces!

Llamaremos *mitos vocacionales* a estas opiniones o fantasías laborales que circulan entre la gente y que, de tanto ser escuchadas y repetidas, terminan siendo creídas por todos.

Hay varias características que son propias de estos mitos vocacionales, que es aconsejable considerar:

- **Son incuestionables:** Los mitos vocacionales se sostienen como axiomas, como si de verdad fuesen verdades comprobadas. "Todos los científicos tienen que irse del país."

- **Resisten a la contradicción.** En otras palabras, son capaces de coexistir en un marco de opiniones opuestas. Se considera cierto, por ejemplo, que *"hay que estudiar una carrera universitaria"*, pero al mismo tiempo también se otorga validez a la sentencia según la cual *"el país está lleno de profesionales que no consiguen trabajo"*.

- **Son totalizadoras.** Aunque se construyan a partir de casos individuales, se les otorga una validez general. Si se conoce a algunos contadores muy ocupados, por ejemplo, se extrae como conclusión que *"todos los contadores tienen trabajo"*. O, por el contrario: *"Todos los artistas se mueren de hambre."*

- **Son atemporales.** Los mitos vocacionales se muestran inmunes al paso del tiempo. Si fueron válidos en otras épocas, se les sigue otorgando una vigencia que la realidad se ocupa de desmentir. Por ejemplo, el estatus que otorga un diploma universitario en la actualidad ya no es el mismo que hace cincuenta años; sin embargo, permanece vigente la idea de que *"es necesario tener un título"*.

- **Son emocionales:** Es común que provoquen adhesiones o rechazos violentos. Si Marcos decide estudiar música, su padre exclama con enojo: *"¿Quieres ser artista? ¡Te voy a tener que mantener toda la vida!"*

- **Son resistentes.** Estos mitos resultan muy difíciles de remover e impiden, por este motivo, realizar una buena reflexión vocacional. Muchos consultantes quieren estudiar carreras que no les gustan porque la voz popular les atribuye una buena salida laboral.

Vamos a referirnos ahora a algunos de los mitos vocacionales más comunes:

- La única opción posible es estudiar una carrera universitaria.

Cuando un adolescente asiste a la consulta vocacional, lo hace para elegir una carrera. Nunca se plantean otras opciones que en definitiva son tan válidas como estudiar: instalar un comercio, por ejemplo, o trabajar, o fabricar algo, o ejercer cualquier actividad que no requiera de estudios universitarios.

Existe la fantasía de que un título abre grandes posibilidades a quien lo haya obtenido. Este era un hecho cierto a principios del siglo XX. Entonces, en un país con un treinta por ciento de inmigrantes pobres, un diploma universitario significaba un enorme prestigio y una oportunidad de progreso cierta para quienes conseguían estudiar.

Destaquemos que en 1907, en un país con siete millones de habitantes, egresaban sólo doscientos cincuenta y ocho profesionales por año. En nuestro país actual, como en muchos otros lugares, la proporción

entre las cifras de población y de egreso universitario son muy diferentes. Leemos en el diario La Nación del 21/12/2004, por ejemplo, que, sólo en el año 2002 egresaron 74.793 profesionales de las distintas casas de estudios superiores.

Sin embargo, el prestigio del título se mantiene, aunque los jóvenes y sus familias saben que el mismo ya no supone las oportunidades de fácil progreso que deparaba en el pasado.

- Visión cerrada acerca de las incumbencias profesionales.

¡Los arquitectos hacen casas! ¡Los contadores, balances!

¡Los psicólogos llevan adelante terapias! ¡Los abogados, juicios!

Suele haber una visión muy restringida de las posibilidades profesionales. Se visualiza cada carrera como una cinta transportadora que lleva a un campo de acción específico.

Esto está lejos de la realidad actual, donde es posible encontrar a un Licenciado de Filosofía trabajando de gerente si sus méritos laborales lo califican para ello, independientemente del título académico que posea.

Hoy ante cada profesional se extiende un campo de acción desplegado como un abanico, cuyos extremos comparte con otros profesionales egresados de carreras diferentes. Son los espacios interdisciplinarios, tales como la bioingeniería (que aún médicos e ingenieros) o la neurolingüística (ámbito de psicólogos y especialistas del lenguaje), entre otros muchos ejemplos posibles.

Como los límites entre las profesiones se han vuelto menos estrictos, no es imposible que en estos días un Licenciado en Filosofía o Sociología desempeñe tareas supuestamente reservadas a egresados de carreras de Ciencias Económicas, por ejemplo.

- Carreras rentables y profesiones que dan dinero.

Muchas veces la exigencia que se plantea de que la actividad elegida proporcione buenos ingresos económicos lleva a descartar opciones atrayentes a las que no se considera capaces de generar dinero.

Se establecen así enlaces apresurados entre determinadas profesiones y un mayor o menor rendimiento económico. Así se afirma, por ejemplo: *"Los ingenieros industriales ganan más."*

Pero cuando se realizan afirmaciones lineales de este tipo se desconocen las variables personales, a las que ya hemos hecho referencia. Por otra parte, se confunde el objeto de una actividad con el sujeto que la desempeña: trabajar en una gran empresa cuya finalidad es ganar dinero, no significa que necesariamente la persona que trabaja en esa empresa vaya a ganar un salario particularmente elevado.

Pensar de esta manera es negar también el peso de la creatividad en las acciones humanas. Encontrar un nicho productivo puede darse en cualquier actividad y no es un *a priori* de ninguna profesión. Es un atributo personal del que cada uno puede sacar provecho, cualquiera haya sido la elección vocacional realizada.

- Científicos fríos, artistas apasionados.

"Para ser científico hay que ser frío." Esta es una idea errónea que se reitera: la que supone al hombre de ciencia como un ser despojado de afectos, incapaz de conmoverse ante nada.

En este caso se produce una confusión. Se desplazan las características del método científico, que implica una serie de pasos racionales, fríamente comprobados, a la persona que utiliza ese método de trabajo.

Sin embargo, el científico puede apasionarse con sus hipótesis, vivir con ansiedad los pasos del descubrimiento científico, sufrir si sus hallazgos no son comprobados, competir, rivalizar o gozar con su actividad como cualquier persona. Las peleas por la paternidad de algunos descubrimientos científicos o la atormentada vida amorosa de Albert Einstein prueban sobradamente estas afirmaciones.

Suponer, por lo tanto, que para desempeñarse en un campo científico hace falta un determinado temperamento, es un mito que nada tiene que ver con la realidad.

Las diferencias entre las disciplinas científicas y las artísticas existen, en todo caso, en los métodos y los objetivos. El artista se maneja con la intuición. El científico, con el método que es propio de las ciencias. Allí donde el artista busca la belleza, el hombre de ciencia persigue una verdad anclada a ciertos hechos.

Pero los dos, tanto el artista como el científico, ponen en esa búsqueda el mismo entusiasmo, esfuerzo y pasión. Sin pasión no es posible hacer nada. Es tan creador un investigador científico cuando elabora sus hipótesis, como un poeta cuando escribe sus versos.

Párrafo aparte merece el temor de los adolescentes a las carreras científicas. "Son muy difíciles y después hay que emigrar para conseguir un trabajo", es la fantasía que se expresa y circula con frecuencia entre los jóvenes dispuestos a diseñar su futuro.

Advertimos desde aquí que estamos ante un pensamiento negativo que, de no revertirse, habrá de acarrear perjuicios muy serios a un país que necesita para su desarrollo contar con un considerable caudal de técnicos y científicos.

Clasificación del trabajo humano.

Existen muchas y engorrosas clasificaciones de las labores humanas. Tradicionalmente, las tareas se han dividido en función del prestigio y el ingreso económico que ellas deparan.

Pero hoy la mayoría de las clasificaciones aparecen desactualizadas en relación a los profundos y veloces cambios que caracterizan nuestra época en el plano laboral.

De todas maneras, es necesario establecer algún ordenamiento para comprender mejor las opciones de empleo y trabajo asalariado que brinda la sociedad.

A estos efectos, recurriremos a la clasificación del trabajo realizada por Robert Reich en su libro *El trabajo de las Naciones*.

El autor muestra tres grandes conjuntos de trabajadores en los Estados Unidos. Hace la advertencia, además, de que esas mismas categorías existen o están a punto de existir en otros países.

Servicios rutinarios de producción:

Este primer grupo descrito por Reich comprende las tareas realizadas en empresas por obreros y supervisores que desempeñan tareas sencillas. Los requerimientos son mínimos y los salarios básicos.

La gente que integra este grupo no ha tenido por lo general mayores posibilidades de elección. Algunos elementos constantes que pueden hallarse aquí son bajos niveles educativos, mensajes y modelos familiares que empujan en dirección a los mismos trabajos de los padres y carencias materiales que obligan a que los jóvenes salgan, muy tempranamente, a trabajar en las fábricas.

Estos servicios, propios de la línea de producción clásica, existen también en el marco de muchas nuevas actividades. Un ejemplo posible es la tarea realizada por los *data entry* en la industria de la informática.

Estas son opciones de trabajo surgidas de la necesidad económica. No constituyen el resultado de ninguna elección vocacional.

Cabe señalar que cada vez hay menor demanda de estas labores en las naciones con mano de obra sindicalizada o demasiado costosa. Las comunicaciones, cada vez más dinámicas, y el más bajo costo de los transportes, permite conseguir obreros más baratos en otros países.

Así sucede, por ejemplo, entre nosotros, con los inmigrantes bolivianos que trabajan percibiendo bajísimos salarios en la industria textil clandestina.

En conclusión, se puede afirmar que, indudablemente, a mayor necesidad económica existe una menor libertad de elección.

Servicios vinculados a personas.

También en este caso se trata de tareas sencillas y reiteradas, pero a diferencia del grupo anterior en este caso estas tareas guardan una vinculación directa con el cliente.

Camareros, vendedores, taxistas, secretarías, peluqueros, vendedores de bienes inmuebles, etcétera, pertenecen a este conjunto.

También se pueden incluir en este grupo a los profesionales (kinesiólogos, abogados, médicos, etc.) cuando éstos interactúan con sus clientes de manera rutinaria. Así, por ejemplo, cuando un abogado se dedica a sucesiones o divorcios, o bien el caso de un podólogo, que atiende directamente a sus pacientes.

Dado que el buen trato al cliente es un requisito de esta clase de trabajos, y que por una cuestión cultural se supone que la amabilidad es una virtud femenina, algunas de las tareas comprendidas en este grupo suelen ser desempeñadas más frecuentemente por mujeres. Tal es el caso de secretarías y recepcionistas, por ejemplo.

La observación de estas labores vinculadas a una cuestión de género nos remiten al actual fenómeno de la creciente feminización en el mundo laboral. Este fenómeno consiste en la inclusión, dentro de los trabajos, de determinados valores considerados esencialmente *femeninos*, tales como las buenas relaciones, la cooperación, la permanencia en el empleo, la benevolencia y criterios de seguridad.

Estos *valores femeninos* se contraponen a otros valores tradicionalmente considerados *masculinos*. Así, por ejemplo, los retos, las promociones, el reconocimiento, el dinero y los bienes materiales, de los cuales parecen seguir siendo los hombres los proveedores naturales.

La demanda de este tipo de tareas no decrece, pues las personas siguen reclamando ser atendidas por otras personas.

Servicios simbólico-analíticos.

Los analistas-simbólicos son los trabajadores que realizan descubrimientos, curan, venden, entretienen o hacen reflexionar a la gente. Son investigadores científicos, ejecutivos, abogados, ingenieros, analistas de sistemas, publicistas, músicos, investigadores médicos, escritores, productores de cine y televisión.

Para realizar sus tareas, estas personas utilizan herramientas que son específicas: algoritmos matemáticos, tácticas legales, estrategias

financieras, observaciones psicológicas o principios científicos. Con estos instrumentos consiguen ahorrar tiempo, gastos o energía.

Para el logro de sus objetivos, el trabajo en equipo es fundamental. Por lo tanto, un requisito básico en este tercer grupo clasificatorio es la capacidad de integrar equipos y participar en ellos con eficacia.

En ocasiones, sin embargo, dependiendo de sus funciones, los analistas-simbólicos pueden trabajar solos o en grupos pequeños. Por lo común no tienen jefes. Sus salarios dependen de los resultados obtenidos. Interactúan con otros analistas, con quienes, además, compiten.

Una condición importante de esta clase de labores es que siempre se deben obtener logros. Pero no basta con un único triunfo, sino que hay que seguir triunfando de manera permanente. El esfuerzo psíquico y físico que esto demanda es alto y ocasiona, a menudo, situaciones de estrés importantes.

Los analistas trabajan con sus computadoras, hacen viajes breves a lugares lejanos, hablan horas por teléfono, participan de video conferencias, elaboran informes, planes, proyectos y participan en numerosas reuniones para llegar a los objetivos propuestos. Después de alcanzar esos logros, deben recomenzar con un nuevo proyecto.

Esta clase de trabajadores son fundamentales en la estructura de las organizaciones modernas.

Las empresas saben que no alcanza con el capital financiero ni con la mejor tecnología para lograr un crecimiento sostenido. Para ello se requiere además del talento humano. Y ese *talento* deviene de una nueva educación, no ya basada en la información -porque ésta se vuelve obsoleta rápidamente- sino en el dominio de ciertas aptitudes o competencias.

Este grupo de trabajadores se halla integrado mayormente por profesionales, pero no existe una relación lineal entre graduación universitaria y función analítico-simbólica, ya que lo que da carácter simbólico a una actividad cualquiera es la capacidad de identificar y resolver situaciones conflictivas.

Si una secretaria se limita a organizar las citas de su jefe, a recibir llamados telefónicos, a atender a los visitantes con su mejor sonrisa y a ofrecerles un café, su trabajo se ubica en la categoría de servicios persona a persona.

Pero si inventa alternativas novedosas, toma resoluciones o soluciona situaciones de conflicto, ya se encuentra realizando funciones analítico-simbólicas.

El caso de María Clara.

María Clara es la secretaria privada del director de una exitosa empresa mediana. Mientras su jefe se halla reunido con un secretario de Estado y no puede ser molestado bajo ningún concepto, María Clara recibe un llamado urgente para el director. Un problema muy delicado se ha suscitado y requiere inmediata atención.

¿Qué hace la secretaria? Imagina una solución. Busca alternativas. Trata de comunicarse con un asistente de su jefe, especializado en esta clase de problemas. No está en su oficina. Lo busca hasta que lo localiza y, entre ambos, idean una alternativa transitoria hasta que el director se desocupe y pueda resolver personalmente la cuestión.

En el ejemplo que se acaba de describir, María Clara -quien no tiene ningún título profesional- ha desempeñado funciones propias de una analista simbólica.

Entonces nos preguntamos: ¿alcanza con la Facultad?

El diploma universitario puede ser una condición necesaria, en algunos casos, pero no suficiente para este tipo de labores. Y, de modo inverso, un no-graduado con habilidad, como vimos en el caso de María Clara, puede desempeñarse perfectamente en ese rol.

Dicho en otros términos: con la Facultad no alcanza.

Entender esto es fundamental, porque obedece a un cambio profundo de la sociedad y de las relaciones de trabajo. Las transformaciones ocurridas a nivel teórico, económico y social significan un cambio de paradigma, es decir de modelo, de referentes.

No importa tanto el diploma, con su marco dorado, sino el uso que su poseedor hace de los conocimientos recibidos y no recibidos en la Facultad, de lo que sigue aprendiendo y desaprendiendo permanentemente, de los recursos intelectuales que maneja y de la inteligencia emocional que se conjugan en su accionar.

Así, un contador puede realizar funciones del tipo *servicios vinculados a personas* si se limita a realizar balances o declaraciones de impuestos de pequeños contribuyentes. En cambio, si utiliza creativamente los conocimientos adquiridos en la Facultad (y fuera de ella), haciendo estudios económicos complejos, su trabajo se vuelve propio de un analista simbólico.

¿Por qué son importantes los analistas-simbólicos? Según Reich la riqueza de un país depende de lo que ese país aporta en conocimientos y habilidades a la economía mundial.

Esos aportes incluyen -esto es muy importante- la capacidad de reconocer y resolver problemas utilizando para ello símbolos. Estos símbolos son palabras, datos, cifras o también representaciones, sean ellas visuales u orales.

Es decir que las ganancias de las empresas dependen, en un altísimo grado, del talento y la habilidad de los analistas simbólicos.

El caso de los camiones desaprovechados.

Veamos un ejemplo concreto, ocurrido en Canadá. Una empresa internacional, fabricante de medicamentos, que tenía su planta fabril en Toronto, debía transportar sus productos a una importante distribuidora de Vancouver, situada en el otro extremo del país. La enorme distancia entre ambos puntos era cubierta por camiones de carga.

Un ejecutivo con mucha imaginación encontró un detalle que, durante años, se les había escapado a los directivos del laboratorio: los camiones, debido al poco volumen y peso de los remedios transportados, nunca iban llenos. En ellos sobraba lugar.

Entonces, el ejecutivo ideó una alternativa para ahorrar en el precio del transporte. Buscó contacto con los directivos de otra empresa que también despachaba sus cargas a Vancouver. Esos envíos debían reunir cierta condición: que fuesen voluminosos y baratos; es decir, lo contrario de la carga del laboratorio. (Si ambos productos hubieran sido costosos el valor de los seguros habría de resultar demasiado alto.)

El ejecutivo encontró una empresa de cereales que necesitaba enviar sus granos a Vancouver y firmó un acuerdo con ella. A partir de entonces, cada camión fue compartido por ambas organizaciones. El grueso del volumen lo ocupaban los granos -de bajo costo- y en los espacios pequeños se apilaban los valiosos medicamentos. Con el acuerdo, ambas compañías se beneficiaron. Redujeron los gastos de transporte a la mitad.

De este modo, un analista-simbólico creativo incrementó las ganancias del laboratorio.

Mientras la mano de obra resultará cada vez más barata y fácil de conseguir para las empresas, los buenos analistas serán muy buscados y por ende también muy bien pagos.

El citado Reich agrega que, por lo tanto, quienes hoy reciban mejores salarios, ganarán aun más en el futuro. Quienes ahora tengan ingresos bajos, mañana ganarán menos. En una palabra, los ricos serán más ricos y los pobres serán aun más pobres.

Lo que acabamos de ver acerca de los analistas simbólicos nos muestra un interesante desplazamiento de la valoración tradicional de las profesiones.

No son seguros los pronósticos a largo plazo... ni depositar, por lo tanto, una certeza absoluta en determinadas carreras o universidades.

Dos personas pueden tener el mismo título: ser ambos abogados, por ejemplo. Pero uno de ellos puede prestar servicios rutinarios, y el otro servicios simbólicos. Las diferencias de trabajo, de ingresos y de prestigio entre ambos profesionales, egresados los dos de la misma Facultad, pueden ser, entonces, muy grandes.

También serán grandes las diferencias en cuanto a las exigencias del trabajo y el estilo de vida de cada uno.

Crear entonces que hay profesiones que generan de por sí mayores ingresos es desconocer estos cambios producidos en el campo del trabajo. La índole de la tarea realizada es la que determinará el ingreso, no la carrera en sí misma.

Hoy importa más el cómo se cumpla una función que la función considerada de por sí. Hay empresas que colocan Licenciados en Filosofía o en Ciencias Políticas en puestos gerenciales de importancia. Muchos egresados universitarios se desempeñan hoy en roles que antes no eran ocupados por profesionales de esas disciplinas.

Vemos entonces que no es el diploma, sino el *curriculum vitae*, lo que determina finalmente la inclusión de una persona en un cierto puesto de trabajo.

La expansión de las posibilidades profesionales ha esfumado así las barreras habituales entre los distintos campos de acción.

Consecuencias de los cambios laborales.

Estos nuevos enfoques traen aparejada una serie de consecuencias que analizaremos a continuación.

No hay que dormirse en los laureles. Ya no es cierto el concepto de carrera tradicional dentro de las empresas o instituciones. La historia que todos escuchamos alguna vez, del muchacho que ingresaba como cadete, ascendía, y poco a poco lograba llegar a la vicepresidencia, hoy ya no resulta más válida.

Hoy ya no existe una relación lineal entre veteranía y reconocimiento y/o mayores ingresos. Ahora, para el éxito, no hay una edad determinada. Se puede triunfar tempranamente y luego detenerse.

Las posiciones, en todo caso, se re-defienden y re-definen día a día. Nunca ha sido más cierto aquello de la inconveniencia de *dormirse en los laureles*.

El concepto tradicional de empleo ha sido sucedido por el de empleabilidad. ¿En que consiste la diferencia? Si hasta hace un tiempo ser eficiente y leal constituía una garantía de estabilidad para el empleado, ahora las cosas han cambiado.

Ganancias menores y la necesidad de crear nuevos productos para satisfacer un mercado consumidor cada vez más exigente, demandan de las empresas cambios muy veloces. Súbitamente se dejan de fabricar determinados productos, se cierran departamentos enteros y muchos trabajadores se quedan sin su trabajo.

La búsqueda de la tan mentada calidad total termina subordinando la empresa toda a los deseos del cliente. La transitoriedad de los productos y de los procesos, de las personas, de los puestos de trabajo e incluso de las propias empresas, signa el momento actual.

Los empleadores ya no pueden ofrecer contratos seguros a largo plazo a nadie, por más incondicional y eficaz que demuestre ser el empleado en cuestión.

Esto produce que la tradicional búsqueda del empleo haya sido sucedida por la búsqueda de la empleabilidad, es decir de la capacidad de lograr y/o mantener distintas clases de empleos bien cotizados en el mercado. Es una forma de asegurarse frente las críticas condiciones económicas actuales y mantenerse *valioso*, para tener de este modo posibilidades en diferentes lugares.

¡Peligro! Hoy no es bueno aferrarse a una compañía o a una estructura de carrera. Si antes era positivo quedarse en una empresa y sobresalir en un área especializada, hoy resulta más seguro ser capaz de tener múltiples actividades. Esto es, poseer lo que se ha dado en llamar *polifuncionalidad*.

El cambio implica disponer de las habilidades competitivas que se requieran para conseguir un trabajo en cualquier lugar. Estamos hablando de lo que hoy se denomina *talento*.

La búsqueda del talento. Ya hemos dicho que antes las empresas eran sistemas jerárquicos y estables en los cuales el estatus era algo importante. Los empleados respetaban esta jerarquía. Era prioritaria la idea de la permanencia en el trabajo y esa estabilidad laboral era clave en el marco de la organización.

Las ventajas de ese equilibrio sostenían por largo tiempo, a veces por toda la vida de trabajo de una persona, el contrato laboral entre empleados y empleadores.

Pero tuvieron lugar cambios enormes en el contexto externo, signados por los desafíos de la competencia y la globalización vertiginosa de los nuevos tiempos. Las demandas se volvieron perentorias y se reflejaron rápidamente en el contexto interno de las empresas.

A la estabilidad y a la lealtad de otrora le sucedieron modificaciones tumultuosas, crisis y complejidades crecientes.

Debido a los nuevos valores, al dinamismo de los cambios y al fenómeno de la globalización, el trabajo se volvió más heterogéneo y la necesidad del talento se volvió acuciante.

Comenzó un período muy promisorio para los empleados talentosos, que son quienes hoy detentan el poder de negociación. Las organizaciones que necesiten a los mejores tendrán que implementar procedimientos novedosos para atraer, conservar, desarrollar y retener a los más capaces.

Es un fenómeno muy interesante el que tiene lugar hoy con la selección de personal idóneo. Los ahora solicitados son los empleados, quienes, muchas veces, sin haber participado de ninguna búsqueda laboral, reciben proposiciones de trabajo sorprendentes y tentadoras.

Los buscadores de esa clase de empleados, conocidos como *head hunters*, apelan a técnicas novedosas y muy poco convencionales para detectar esos talentos tan demandados por las empresas.

Un hecho real narrado por Adrián Paenza ilustra esta cuestión. Hace unos años, aparecieron colocados a la entrada del subterráneo de Boston, donde se encuentra la Universidad de Harvard, grandes carteles en los cuales se enunciaba un difícil problema matemático, cuya solución se instaba a encontrar, para luego enviarla a un sitio de Internet.

Quienes así lo hicieron se encontraron allí con otro problema, muy complejo también. Y solamente las personas que lograron resolver este segundo enigma tuvieron acceso a una invitación de Google, que era en definitiva la empresa que había organizado esta estrategia, para presentar su curriculum y optar por un contrato de trabajo con ellos. El ofrecimiento obedecía, según Google, a que esa persona “había superado los obstáculos que ellos creían suficientes para poder pertenecer a la firma”.

Esa fue la forma ingeniosa que hallaron en Google para reclutar candidatos dotados intelectualmente y hacerles una oferta laboral tanto prestigiosa como muy bien remunerada.

Los matemáticos que resolvieron el dilema habían respondido, sin saberlo, a un aviso de búsqueda de talento.

¿Estudiar matemáticas ahora sirve, entonces? A la luz de estos cambios de paradigma ¿ser Licenciado en Matemáticas es una opción válida *para no morir de hambre*?

Hay una cuestión cierta: no conocer los nuevos paradigmas puede resultar no solo algo anticuado sino además peligroso. Repensar la orientación vocacional para ponerla a la altura de las demandas de la sociedad actual resulta indispensable.

La orientación tradicional, con sus tests de aptitudes y preferencias y su correlación estricta con las carreras universitarias, no puede responder al dinamismo actual.

Aquellas orientaciones estaban pensadas para un mundo más estático y jerárquico, donde el trabajador podía pensar en desempeñarse en una tarea y un área determinadas durante toda su vida laboral.

Hoy los tiempos se han acortado. La permanencia en las tareas es cada vez más breve. Se prevé que las personas han de cambiar de trabajo cada vez más rápidamente.

Para el dinamismo de esta hora, la vieja orientación ya no alcanza. Se ha pasado de poner el acento en la carrera externa (el título habilitante para un desempeño predeterminado al cual la persona se ajustaba) a la *carrera-persona*, que se crea y recrea continuamente y resulta en definitiva algo *siempre cambiante*.

Por eso, para orientar hoy es preciso sustituir parámetros ya perimidos por otras concepciones más acordes a las necesidades actuales. Y los jóvenes, sus padres y educadores deben sin duda poder incluir y considerar estos nuevos roles, estas nuevas circunstancias y espacios laborales de los que estamos dando cuenta.

Adueñarse de la propia carrera. El éxito personal empieza a depender de la manera en que cada uno maneje su propia carrera y no del lugar en el cual se trabaja.

Esto supone, además de una permanente actualización, el reforzamiento de la auto-estima laboral. No se puede depender de la opinión de la compañía para la cual uno se desempeña. Un despido no tiene por qué significar una descalificación. Simplemente es un convenio de trabajo en particular que termina. Hay que poner las fuerzas y las energías en otro lugar, para otro proyecto.

El cambio de perspectiva opera también en la compañía: el empleado que se va por su cuenta, en busca de mejores condiciones, no es visto como un traidor. De todos modos, se trata de retener a los

empleados más capaces, aquéllos (ubicados en la categoría de analistas simbólicos) cuyo talento resulta esencial. Esto no ocurre solo en los niveles gerenciales sino también en los niveles medios.

Así se produce el pasaje del estatismo y el paternalismo propios de la idea de *"la empresa me protege y yo dependo de ella"* a una nueva situación. A diferencia del pasado, en el cual la carrera laboral se desarrollaba en pocas empresas, ahora se *salta* de una a otra.

El compromiso no es con una empresa, sino con uno mismo. Como vimos antes, esto le otorga al empleado un gran poder de negociación y lo posiciona en un sitio más dinámico y autónomo. Ahora la idea es: *"trabajo para quien me convenga más"*.

Cabe preguntarse, desde el punto de vista de la salud, por las consecuencias de esta permanente carrera a la que el hombre se ve expuesto. Como se ve obligado a estar siempre alerta, esta exigencia personal puede sumirlo en la ansiedad y el estrés, con sus consecuentes riesgos psico-físicos.

Lo cierto es que a los nuevos trabajadores les conviene ser autosuficientes para administrar su propia carrera, re-inventándose a si mismos en cada ocasión que sea preciso.

Para eso deben mejorar su empleabilidad a largo plazo. Dicho sencillamente, una parte del trabajo será siempre estar atentos a la búsqueda del próximo trabajo.

Para afrontar los nuevos requerimientos laborales no alcanza, sin embargo, solamente con la capacidad de adelantarse a los cambios, el permanente aprendizaje y una continua actualización de las habilidades que se tengan. Para mejorar su empleabilidad a largo plazo, es muy importante que las personas logren aprender a conocer también sus propias virtudes y defectos .

Esta visión sobre sí mismo tiene que ser lo más completa posible y constituir un eficaz relevamiento del bagaje con que cada uno cuenta. El conocimiento de las habilidades, los intereses, las aspiraciones, el temperamento o los valores que sustentan la conducta propia permite elaborar un perfil objetivo y satisfacer aquel viejo principio griego que manda: *"Conócete a ti mismo"*.

En esto puede colaborar también la orientación vocacional. Un proceso eficaz debe ser capaz de mostrarle al interesado sus virtudes laborales y sus defectos, sus fortalezas y sus debilidades, para que aprenda a implementar las primeras y neutralizar las segundas.

Más consecuencias.

Organizaciones más planas. En las nuevas organizaciones, más planas, hay una diferente distribución del poder. Ya no se trata de trepar en la pirámide tradicional.

Antes, cuando más alto se hallaba un ejecutivo en la pirámide jerárquica, mayor era el poder que tenía. Ahora no es necesariamente así: una organización más plana y más participativa desalienta el objetivo de *trepar* dentro de una escala de jerarquías. Esto implica menos pasos de carrera para ascender.

Por otra parte, y como ya lo hemos señalado, la lealtad que en el pasado se debía a un solo empleador, se ha desplazado ahora a la propia carrera personal, con la cual lógicamente habrá siempre una mayor identificación.

Décadas atrás, los gerentes tenían el poder y su autoridad emanaba del puesto. Hoy el poder está en manos del conocimiento, la capacitación y la adaptación a las circunstancias cambiantes de los analistas-simbólicos.

La información por sí sola no alcanza. Esto ocurre por dos razones. Primero porque, a diferencia de lo que sucedía en otras épocas, la información se añaja rápidamente. Hoy los conocimientos de los ingenieros se vuelven obsoletos al poco tiempo de haber sido producidos. En la década del cuarenta, en cambio, esos conocimientos dejaban de ser útiles recién doce años más tarde.

Segundo, porque la simple posesión de informaciones no garantiza nada. Los datos son relativamente sencillos de conseguir. Basta a menudo con saber manejar una computadora. Lo que resulta más difícil es relacionar los conocimientos de una manera creativa.

La necesidad de actualización se vuelve por ende impostergable: se requieren estudios, cursos de pos-gradados o viajes de perfeccionamiento a los centros de conocimiento.

La especialización por sí sola no alcanza. Cuantos más intereses e inquietudes tenga una persona, en mejores condiciones se hallará para competir laboralmente.

Aun en las tareas de orden técnico, por ejemplo, aparece la utilidad de los estudios humanísticos. Por su tendencia a la globalización, ellos permiten *ver no sólo el árbol sino también el bosque*.

En los Estados Unidos y Europa, llevados precisamente por esa necesidad de una percepción global característica de los estudios centrados en el hombre, se incluyen materias humanísticas en los programas de las carreras técnicas.

Dentro de esta línea, hay empresas que inclusive organizan programas de capacitación centrados en las personas y en el desarrollo de sus valores e ideales humanos.

Importancia del modo de estudio. No importa tanto el *qué* de los estudios, sino fundamentalmente el *cómo*. Debe tenerse presente además que las posibilidades del pensamiento no se terminan en la lógica: existen otras formas de pensamiento, con las cuales se puede llegar a soluciones notables, transitando senderos apartados de la lógica tradicional.

Un ejemplo de este pensamiento creativo o lateral está dado por el *brainstorming* o *tormenta de ideas*. Este método propone que cada uno de los miembros de un grupo de discusión o trabajo exprese, sin censura, todas las ideas que se le ocurran espontáneamente, acerca de un tema. Esta técnica, como podemos apreciar, valoriza el papel de la imaginación y la creatividad en la formulación de nuevas ideas.

Actualmente se cuestiona la primacía exclusiva del pensamiento lógico y adquiere relevancia el pensamiento lateral, vinculado a la creatividad y la originalidad. Sin embargo, lo cierto es que una clase de pensamiento no se opone a la otra. Por el contrario, tanto en el ámbito científico, artístico, político o mismo en la vida personal, el pensamiento lógico o vertical también sirve para desarrollar, seleccionar e implementar esas mismas ideas.

Los interesantes trabajos de Edward De Bono acerca del pensamiento lateral demuestran el papel relevante de las ideas surgidas de la intuición y la creatividad.

El saber deja de tener dueños. En la enseñanza tradicional alguien que sabe –el maestro– enseña a quien no sabe. Posteriormente, ese mismo docente es el encargado de evaluar a su alumno.

En consecuencia, el discípulo debe llegar a conocer lo mismo que conoce el maestro. “*Sólo es importante aquello que yo sé*”, parece ser la consigna de este concepto cerrado del conocimiento.

La búsqueda de soluciones originales y creativas implica nuevas formas de aprendizaje. Aprender a pensar por uno mismo permite adaptarse a las nuevas condiciones. Aferrarse al saber tradicional, por el contrario, puede ser riesgoso. Lo prueba la siguiente fábula:

Fábula de las abejas y las moscas.

A los afectos de una experiencia de laboratorio, dos botellas abiertas fueron apoyadas por la base contra el vidrio de un ventanal iluminado por el sol.

En una de las botellas se colocaron moscas. En la restante, abejas. En ambos casos los insectos trataron enseguida de huir de la prisión.

Las abejas, más inteligentes, supusieron que la salida estaba, como resultaba lógico pensar, en la zona iluminada por el sol. Entonces intentaron, vanamente, salir por la base de la botella.

Las moscas, menos evolucionadas, ignoraban que la salida *debía estar en la zona más iluminada*. Por lo tanto volaron al azar, sin ningún propósito. De esa manera, por casualidad, escaparon por el cuello de la botella, que estaba abierto.

Las pobres abejas, esclavas de su conocimiento, murieron chocando una y otra vez contra el vidrio, mientras que las *tontas* moscas pudieron salir.

La moraleja de esta historia nos enseña que, en situaciones desconocidas, no es tan conveniente aferrarse al saber tradicional.

Si en su momento los relojeros suizos, que actuando como las abejas descartaron el reloj de cuarzo, hubieran sido más parecidos a las moscas, otro hubiera sido el final de esa historia.

Orientar para el futuro.

Después de todo lo dicho resulta evidente el papel de enorme importancia que juega el conocimiento sobre uno mismo que pueda brindar una buena orientación vocacional.

Por lo demás, una orientación vocacional seriamente realizada tendrá aplicaciones tanto en el presente como en el futuro. No sólo será útil a los fines inmediatos de la decisión vocacional, sino que otros fines también se alcanzan, en lo mediato, utilizando los conocimientos adquiridos, en el proceso vocacional, acerca de uno mismo.

Una persona no puede saber lo que quiere y necesita si no se conoce plenamente. No sólo Aquiles tenía un punto débil. Todos lo tenemos. Saber ubicar correctamente estas debilidades permitirá que podamos protegernos de nuestras propias jugarretas.

Aprender dónde se encuentran nuestros puntos débiles puede convertirse en una fortaleza que nos permita explotar nuestras virtudes con mayor sabiduría.

El caso de Alberto y Ricardo.

Alberto, gerente de una empresa mediana, es el hermano menor de Ricardo. Ambos fueron al mismo colegio. Los comentarios de los profesores siempre fueron muy elogiosos para el hermano mayor, pero ligeramente tolerantes respecto de Alberto, sin duda un buen alumno, pero no tan brillante como su hermano.

Alberto, comparándose con Ricardo, creció con la falsa concepción de que el *no podía*, pues no era lo suficientemente inteligente o capaz.

Esta es la debilidad de Alberto. Esa sensación de *no voy a poder* reaparece cada vez que enfrenta un problema difícil.

Para este hombre resulta esencial conocer este aspecto personal que lo caracteriza y aprender a combatir ese temor. De otro modo, las consecuencias podrían llegar a ser graves en un trabajo como el suyo, que exige a menudo la inmediata resolución de problemas complejos.

Para sobreponerse a su debilidad, Alberto debe conocer y echar mano de sus virtudes laborales, que por cierto las tiene: tesón, perseverancia, responsabilidad. De esta manera logrará balancear las cosas y mantener a salvo su autoestima laboral.

Bibliografía

- **Andrews, Andy:** *Career Consultancy*. Seminario dictado el 14 y 15 de octubre de 1993, Buenos Aires, KPMG Consultores.
- **Claes, Rita:** *Counselling for New Careers*. International Journal for Education and Vocational Guidance, Vol. 3, N° 1, 2003.
- **De Bono, Edward:** *El pensamiento práctico*. Paidós, Buenos Aires, 1992.
- **De Bono, Edward:** *El pensamiento lateral. Manual de creatividad*. Paidós, Buenos Aires, 1993.
- **Denham, R.:** *Management de la Logística*. Conferencia pronunciada en agosto de 1993. KPMG Consultores.
- **Fierman, J.:** *Beating the Midlife Career Crisis*. Revista Fortune, EE.UU., September 6, 1993.
- **Freud, Sigmund:** *Psicología de las masas y análisis del yo*. Obras completas, Vol. 18. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1993.
- **González, J.R. y Omaira, L.:** *Aspectos más recientes en Orientación Vocacional*. Revista Iberoamericana de Educación (ISSN 1681.5653).
- **Hatum, Andrés:** *El caos del talento*. 20 Harvard Business, Review Edición América Latina, agosto 2009.
- **Hatum, Andrés:** *El futuro del talento*. Temas, Buenos Aires, 2011.
- **Lipovetsky, Gilles:** *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Editorial Anagrama, Barcelona, 1993.
- **Maguire, Hebe:** *Mitos en Orientación Vocacional*. Revista Aprendizaje Hoy, números 20/21, Buenos Aires, 1991.
- **Maguire, Hebe:** *Mitos en Orientación Vocacional*. Artículo aparecido en el diario Página 12, Buenos Aires, 22 de noviembre de 1991.
- **Paenza, Adrián:** *Cómo trabajar para Google*. Artículo aparecido en el diario Página 12, Buenos Aires, 12 de julio de 2006.
- **Reich, Robert:** *El trabajo de las Naciones*. Javier Vergara Editor, Buenos Aires, 1993.
- **Smelser y Erikson:** *Trabajo y amor en la edad adulta*. Ed. Grijalbo, Barcelona, 1992.
- **Udaondo Durán, M.:** *Gestión de calidad*. Editorial Díaz de Santos, Madrid, 1992.

Fragmento de una entrevista.

Orientadora: Por todo lo que venís diciendo, parece que te produce bastante miedo estudiar en la Universidad.

Juan Ernesto: Y, sí... Tengo miedo. Creo que va a ser muy duro. ¡Voy a tener que estudiar horas y horas!

Orientadora: Pero, ¿no estás ya acostumbrado a estudiar en la escuela?

Juan Ernesto: No, no mucho. Leía un poco, especialmente si había prueba. Pero lo que leía eran apuntes, fotocopias, algunos resúmenes. No soy muy amigo de los libros. Con eso nunca me *rompí* demasiado.

Orientadora: ¿Y cómo te fue en los estudios?

Juan Ernesto: Me fue bien, sin exagerar. Tampoco era cuestión de llamar la atención con eso. Me preocupa si esa forma de estudiar lo justo me va a servir para la Facultad.

Orientadora: ¿Lo justo?

Juan Ernesto: Sí, lo necesario para aprobar y nada más... para salir del paso y luego poder olvidarme tranquilo de lo aprendido a las apuradas.

Cultura y educación en nuestros días

Crisis de la educación argentina. La escuela secundaria.

La Universidad. Razones del fracaso.

Lo que piensan y temen los jóvenes. Necesidad de planificación.

La crisis educativa argentina.

En el presente capítulo, y a diferencia de todos los anteriores, vamos a referirnos a aspectos educativos específicos de la Argentina. Puede ser que algunas de las características que enunciaremos, propias de la crisis que atraviesa este país, existan también, al menos de manera parcial, en otras realidades. Pero lo cierto es que todos los datos que se presentan corresponden exclusivamente a este país.

La educación que reciben hasta el momento los estudiantes primarios y secundarios argentinos no parece habilitarlos lo suficiente para realizar, al egreso de la escuela media, una buena elección de su futura carrera u ocupación. Las innovaciones educativas llevadas a cabo en los últimos años no han sido capaces de revertir esta situación.

Evidentemente, hay aspectos de la escolaridad actual que pueden ser vinculados con las dificultades presentadas por algunos chicos para definir su futura actividad. Entre estas características negativas señalaremos las que siguen:

Programas viejos. Si bien los programas de estudio resultaban adecuados para el momento en el cual fueron elaborados, ya no lo resultan ahora, desde el momento en que no han llegado, de ninguna manera, a incluir los avances tecnológicos de nuestra era.

Más allá de los anuncios oficiales y de los cambios de planes de enseñanza –que luego terminan siendo descartados– hay un acuerdo entre los especialistas de la educación en considerar la imperiosa necesidad de renovar los programas escolares para adecuarlos a la actual realidad tecnológica que los programas de estudio no reflejan.

Por supuesto, la reforma no lo es todo. Para que ella fuese realmente efectiva debería acompañarse de una mejor capacitación del docente y de un aumento de la exigencia de rendimiento por parte del alumno. Falta, además, integración entre los distintos contenidos.

Dentro de una estructura academicista como la que existía hace cien años, Biología, Matemáticas, Historia o Geografía son materias se

sucedan a lo largo de las horas de clase sin ninguna clase de conexión o articulación entre ellas.

En una entrevista publicada por el diario La Nación, Guillermina Tiramonti, especialista en educación, recuerda palabras de un inspector de la escuela media que en 1915 expresó lo siguiente: "Pensemos en una biblioteca en la cual, para poder aprobarla, se obliga a leer el conjunto de libros que hay en cada estante, que tratan distintos temas inconexos entre sí, pero donde para pasar de un estante al otro se tiene que aprender y aprobar todo el estante en el cual se esté. Esto, que parece un disparate, es la escuela secundaria."

Los chicos huyen de las aulas. Las cosas no han cambiado, pese al tiempo transcurrido, y obviamente los contenidos de las materias no resultan atrayentes para una población escolar que, como consecuencia de ello, sumado a otros factores que enseguida veremos, huye de las aulas. La deserción en el ciclo medio, si se considera el total del país, alcanza prácticamente a la mitad de los educandos.

Es difícil para los alumnos -pero también para los docentes- aceptar este esquema fragmentado, donde se privilegian ciertos conocimientos tradicionales (que son los contemplados por los planes antiguos) en desmedro de conocimientos más actualizados, capaces de despertar el interés adolescente.

¿Por qué no leer un novelista contemporáneo en lugar del Mío Cid en las clases de Literatura o, en los programas de Física no incluir, por ejemplo, la fibra óptica o dar la posibilidad de comprender el funcionamiento del control remoto de un televisor? De otro modo los programas, alejados de la realidad cotidiana, no resultarán atractivos para los estudiantes.

El conocimiento aparece en partículas. Esta fragmentación del conocimiento, en la que cada asignatura aparece aislada de las demás, tiene efectos. Ellos se reflejan en una concepción de las carreras universitarias o de las profesiones consideradas como entidades separadas de las demás, lo cual atenta contra la noción, más dinámica y moderna, del trabajo interdisciplinario.

Como resultado de este esquema, según el cual cada campo de conocimiento constituye un sector apartado de los demás, cada carrera se considera también algo cerrado, una especie de *cinta transportadora* que conduce a un ejercicio profesional desvinculado de otros ejercicios profesionales. Esto resulta totalmente divorciado de la realidad laboral actual y no favorece el aprendizaje del trabajo en equipo.

Ignorancia de los espacios compartidos. De este modo se desconocen los cada vez más amplios espacios compartidos por diferentes disciplinas (bioingeniería, neurolingüística, musicoterapia, por solo citar algunos ejemplos), se restringe la indispensable percepción global de las cosas y se desdeña el indispensable recurso del equipo interdisciplinario de trabajo.

Es impensable que en la construcción de una represa trabajen solamente ingenieros. Un proyecto de esa envergadura requiere la acción conjunta de un equipo de ingenieros, arquitectos, contadores, economistas, administradores, sociólogos, especialistas en medio ambiente, antropólogos, psicólogos, etcétera, para enfrentar con éxito las múltiples demandas de esa realidad multifacética.

Fragmentar el conocimiento es precisamente lo opuesto a las exigencias actuales de un abordaje múltiple.

El profesor es la materia. Un fenómeno corriente entre los alumnos de la escuela secundaria es la fusión de la materia y el profesor que la dicta en un solo concepto, una sola imagen. Se vuelve difícil la discriminación y así *Economía es el Profesor González* y *Matemáticas es la Profesora Baldi*.

Si González es simpático y da lindas clases, me gusta la Economía. Si la Profesora es exigente o antipática, adiós a las Matemáticas

A la hora de elegir una carrera, esta indiferenciación trae consecuencias. En el capítulo inicial de este libro vimos el caso de Patricio. Recordemos que, cuando este adolescente cursaba cuarto año, le atraía tanto la química -dictada por un excelente profesor- que había decidido seguir esa carrera al terminar sus estudios secundarios. Pero al año siguiente Patricio tuvo otra profesora, con quien no pudo llevarse bien. Entonces el chico creyó que la química no le gustaba más y, confundido, ya no supo si seguir o no esos estudios que tanto lo habían entusiasmado el año anterior.

Patricio pudo resolver su dilema recién cuando comprendió que su relación con la profesora de Química era un hecho subjetivo que no modificaba los contenidos objetivos de la materia que esa persona dictaba.

Nuestro sistema de enseñanza no ayuda a discriminar la persona del profesor de la materia que enseña.

Elevado ausentismo escolar. En la escuela primaria el ausentismo escolar es de una semana por año por cada niño. En la escuela secundaria las cifras se incrementan: más del 40% de los alumnos falta a clase el equivalente de un mes por año lectivo.

Este desaprovechamiento de la oportunidad de generar un correcto aprendizaje, junto a los demás factores que venimos mencionando, conlleva también a malos rendimientos. Esto se muestra en los resultados de las pruebas de evaluación de nivel internacional administradas cada tres años a jóvenes secundarios de sesenta y cinco países a través del *Programa for Internacional Student Assessment* (PISA). Las conclusiones que se derivan de las mismas en relación a los alumnos argentinos resultan decepcionantes.

En las pruebas PISA realizadas en 2009, cuyos resultados se conocieron a fines de 2010, donde se midió la capacidad en Lengua y Comprensión Lectora, participaron los 34 países miembros de la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos) y 65 países asociados, entre ellos la Argentina.

Los resultados ubicaron a nuestro país en la posición 58 del total de esas naciones, y en el conjunto de los países de América Latina quedó detrás de Chile (que obtuvo el puesto 44), Uruguay (47), México (48), Colombia (52) y Brasil (53).

Las razones de este mal desempeño académico pueden vincularse con el ausentismo y la deserción verificadas en la escuela primaria y, más acusadamente, en la escuela secundaria. Las cifras oficiales demuestran que en el promedio nacional solo la mitad de los chicos y chicas que ingresan al secundario terminan el último año.

La pérdida de alumnos muestra un índice del 12% anual. Esto significa que el total de los alumnos que abandonan sus estudios es de 426.564 estudiantes. Como dato adicional, el 40% de estos estudiantes que desertan residen en la Provincia de Buenos Aires.

Las razones del abandono se reparten, por partes iguales, entre las dificultades socioeconómicas de las familias (léase pobreza) y la falta de interés que la escuela despierta, es decir la desmotivación que se evidencia entre los alumnos. Dentro de este segundo grupo se incluyen adolescentes pertenecientes a los sectores medios de la población.

Estos datos surgen de una reciente investigación realizada por el Instituto Internacional de Planeamiento de la Educación de la UNESCO.

Y otro dato importante a tener en consideración es que cada año una cantidad muy importante de adolescentes (el documento citado habla de casi 70000 adolescentes) no se reciben al terminar sus estudios por dejar alguna materia pendiente. Es un número muy crecido de chicos que se autoexilian de las oportunidades de crecimiento y se condenan a trabajos marginales y mal remunerados.

Estos dos fenómenos se trasladan al ámbito universitario y aparecen claramente reconocibles en las estadísticas siguientes.

La universidad.

Elevada deserción en el nivel universitario. En los países desarrollados, más de 30 jóvenes de cada 100 en edad de graduación tienen un título universitario. En la Argentina, menos de 14 jóvenes de cada 100 en edad de graduarse lo obtienen. Este nivel es muy bajo, a pesar de que son numerosos los estudiantes.

Tenemos muchos alumnos y pocos graduados. La tasa de graduación en la Argentina es inferior a las de Panamá, Brasil, México, Chile o Cuba.

Una señal de la eficacia de un sistema universitario se logra obteniendo el cociente entre la matriculación total y el número de graduados en un año. Cuanto menor es esta cifra, más eficiente se demuestra el sistema.

Guarismos correspondientes al año 2008 muestran a la Argentina en una posición desventajosa en este sentido:

Portugal	5,9
España	6,2
Brasil	6,3
Venezuela	10,6
Uruguay	14,7
Argentina	19,6

Mayor extensión de las carreras. La duración media real de las carreras sobrepasa en mucho, en el país, el límite de los seis años que tradicionalmente estos estudios demandan. Existen estimaciones que muestran que en la actualidad la carrera de contador tiene una duración promedio real de 8,1 años, la carrera de arquitecto de 9,5 años y los estudios de abogacía de 8,8 años, por poner tres ejemplos clásicos.

No desarrollaremos la idea en este momento, pero resulta claro que la deserción universitaria y la prolongación de las carreras se vinculan con el problema del ausentismo escolar, como si se tratase de una extensión en diferentes niveles de una misma tendencia.

Falta de salida laboral. La escuela secundaria, especialmente el bachillerato, ha estado planeada para alumnos que habrían de seguir estudios universitarios. Por eso siempre ha constituido, en realidad, una orientación y un anticipo de esos estudios posteriores.

En efecto, si observamos los planes de estudio notamos que las carreras tradicionales se hallan representadas en ellos. En el colegio el chico deberá estudiar física, filosofía, literatura, biología, matemáticas y química, por ejemplo. Sin embargo, no ocurre lo mismo, como veremos luego, con otras carreras que carecen de representación en los programas secundarios.

Las once carreras tradicionales, esto es Medicina, Abogacía, Ingeniería, Filosofía y Letras, Arquitectura, Farmacia, Bioquímica, Ciencias Económicas, Agronomía y Veterinaria, que sí tenían representación en la vieja escuela secundaria, han dado paso a más de tres mil quinientas nuevas opciones.

La inclusión de esas nuevas opciones en la universidad, producida en los últimos años, ha acentuado el desfase y la divergencia entre la escuela media y la enseñanza superior.

La función de puente entre la educación primaria y la universidad ha dejado de ser cumplida adecuadamente por el bachillerato. Esto lo despoja de su sentido primordial.

Como su objetivo era articular los ciclos de enseñanza primaria y superior, el bachillerato nunca se propuso una salida laboral concreta. Por eso, un bachiller *no sabe nada* en especial. Si quiere trabajar, lo hará de mandadero o cadete, manejará un taxi o llevará pizzas en motocicleta.

Los estudiantes son conscientes de esta falta de sentido del bachillerato, y esto los desanima enormemente.

Alejo, de dieciséis años, lo afirma con mucha convicción: "No vale la pena estudiar. Total, el bachillerato no sirve para nada. Hay que tratar, simplemente, de *zafar*."

Imposibilidad de presentar opciones posteriores. Una gran cantidad de carreras universitarias, tales como Antropología, Sociología, Ciencias Políticas, entre otras, carecen de representatividad en la escuela secundaria. No existen en el programa escolar materias que se llamen Sociología o Antropología, por ejemplo, salvo contadísimas excepciones.

Por lo tanto, los alumnos no pueden saber de qué se trata, qué contenidos tienen o cuáles son los problemas fundamentales de esas ciencias. Para poder seguir uno de esos estudios sin representatividad, los adolescentes deben averiguar (pero deben hacerlo por su cuenta) en qué consisten.

De este modo, los chicos corren el riesgo de hacer una elección sobre datos incompletos, proporcionados por una escuela secundaria detenida en el tiempo y retrasada con respecto a la oferta universitaria.

Acendrado individualismo. Un viejo problema de nuestra escuela es la dificultad que muestran los alumnos para el trabajo grupal. Esta dificultad se origina en el acentuado individualismo de la enseñanza tradicional. El éxito de un alumno se basa en la desdicha de otros.

Cuando la maestra felicita a un chico porque contestó la pregunta que nadie más sabía responder, hay un grupo de alumnos que se siente apabullado por su propia ignorancia.

Pero para el chico que sabía la respuesta tampoco las cosas son tan fáciles. Posiblemente percibe la rabia de sus compañeros, cuando quedan posicionados por debajo de él ante sus maestros, y eso no le gusta. Nadie desea ganarse el rechazo de los demás.

En una consulta de orientación vocacional, Ariel se muestra avergonzado. Confiesa que es buen alumno pero se ocupa de destacar que *no es un traga*, y que por eso a él lo quieren. Ariel siente que debe hacerse perdonar por ser un buen alumno.

Situaciones como las descritas no favorecen el aprendizaje del trabajo en equipo, que es un requerimiento básico de los tiempos actuales. Es una lástima, pues dicha forma de aprendizaje permite aprender a tolerar el éxito de los otros y las propias equivocaciones sin derrumbarse anímicamente, y prepara para la vida de trabajo, donde estas situaciones se dan cotidianamente.

Trabajar en equipo es una excelente experiencia que fortalece el crecimiento personal.

Falta de agentes introductorios al mundo profesional y laboral. Existen muchas dificultades de comunicación entre docentes y alumnos. Estas dificultades se originan, la mayoría de las veces, en la implementación, por parte de la escuela, de disposiciones demasiado desactualizadas. Como consecuencia, los profesores dejan de ser modelos de la ciencia o el arte que enseñan o, lo que es aun peor, se erigen en modelos negativos ante sus alumnos.

Cuando una amiga le pregunta a Cecilia si no le gustaría estudiar Derecho, la chica, refiriéndose a su profesora de Historia, que es abogada, contesta: "¡Jamás! Yo no quiero ser como ésa."

En ese caso, la profesora-abogada definitivamente no funciona como una persona capaz de mostrar a sus alumnos el mundo del Derecho como una alternativa profesional.

Por lo general, los profesores han dejado de funcionar como agentes de introducción en el mundo laboral de los adultos.

Aprender a seguir aprendiendo. En la vieja universidad, el diploma era garantía de conocimiento y bienestar. Hoy existe, en cambio, una necesidad de permanente actualización.

Actualmente con el título universitario no alcanza. En todas partes se registra el mismo fenómeno: el graduado universitario requiere la realización de un pos-grado. Este hecho se ve motivado por dos razones:

Las tasas brutas de matrícula universitaria aumentaron en todo el mundo y el mayor número de egresados determina más competencia.

Si comparamos Argentina con Brasil, país latinoamericano y vecino, vemos que allí se gradúan 800.000 universitarios, contra los 95.000 locales. Es cierto que ellos tienen una mayor población, pero mientras que en Brasil se gradúan 4,2 profesionales cada 1000 habitantes, nosotros apenas graduamos 2,4.

¿Por qué esta enorme diferencia? ¿Por qué Brasil gradúa 8,4 veces más universitarios que nosotros cuando tienen una matrícula de apenas 3,5 veces más estudiantes? En Brasil egresa el 63 por ciento de los ingresantes a la universidad; en la Argentina, apenas el 26%. Estas cifras asombran y preocupan, porque atañen a nuestro futuro como país.

Nuestra universidad maximiza la cantidad de estudiantes pero minimiza la cantidad de graduados, según destaca un informe de Alieto Guadagni, en especial en las carreras científicas y tecnológicas, ya que nuestra matrícula sigue anclada en el siglo XIX, sin que se promueva la generación de nuevos ingenieros, físicos, químicos, matemáticos o agrónomos, que son profesionales necesarios para el mundo moderno de la producción.

Es verdad que la enorme expansión actual de los conocimientos no permite que ellos sean abarcados en su totalidad durante el proceso de escolaridad, ni tampoco en las carreras. Sin embargo, la escuela secundaria tampoco prepara a los alumnos para esta exigencia de un aprendizaje constante y creciente. Los alumnos de la escuela media por lo general piensan en aprobar las materias lo más fácilmente posible.

Una realidad cada vez más compleja.

Ana Inés comenta, muy preocupada: "En la Universidad voy a tener que leer páginas y páginas, y yo no estoy acostumbrada..."

Este es un fenómeno generalizado en todo el mundo. Se lee poco. La avasallante presencia de la imagen a través de la computadora, las largas horas dedicadas al chat y a las redes sociales, la televisión, las comunicaciones satelitales, la sucesión de informaciones fugaces que dificultan el análisis profundo, la caída de la demanda de libros, el rechazo de las formas tradicionales de aprendizaje, el estudio de apuntes

fragmentarios, han transformado la metodología del trabajo intelectual y desplazado el riguroso análisis científico por una perspectiva más personal, trayendo cambios cuyos alcances todavía desconocemos.

La vida cotidiana se ha visto transformada por la tecnología. Cualquiera de nosotros tiene hoy acceso a ella. La electrónica invade nuestra vida. Estamos conectados con el mundo entero a través de Internet o mediante las redes sociales. Toda clase de teléfonos están a nuestra disposición: podemos hablar desde trenes o aviones. Permanentemente nos conectamos a través de nuestros celulares.

No hay posibilidad de estar ausentes y en los pocos momentos en los que no podemos atender los llamados, éstos quedan registrados en un buzón de mensajes. Los correos electrónicos nos alcanzan en segundos e interfieren con sus demandas virtuales en nuestros encuentros reales.

Nunca antes la gente viajó tanto. Los aeropuertos se ven saturados. Resulta posible llegar con relativa rapidez a cualquier punto del mundo. Los viajeros internacionales suman millones.

Disponemos al instante de informaciones sobre lo que está ocurriendo en lugares remotos. Pero al mismo tiempo sucede que la información y los mensajes son demasiados. Las personas se ven asediadas permanentemente por tal cantidad de comunicaciones, que finalmente resultan imposibles de ser procesadas en su totalidad.

Hay tantos mensajes en juego que nos ocurre lo mismo que a las líneas telefónicas en las horas pico: se produce la saturación.

Abundancia de mensajes. Además de su número elevado, los mensajes de esta era de alta tecnología tienen las siguientes tres particularidades: a) son disímiles; b) son contradictorios; c) son transitorios.

En efecto, a través de esos mensajes pueden sostenerse opiniones diferentes, o aun opuestas, teniéndoselas por verdaderas. En Internet todo coexiste, y las informaciones pueden provenir tanto de fuentes serias y confiables o de alguien mal informado o tendencioso. Basta con recordar al respecto la insistente circulación de poemas atribuidos a Borges o García Márquez que ellos jamás escribieron.

Los cambios acelerados de nuestro tiempo también afectan la validez temporal de los mensajes de la red. De allí su característica de transitoriedad. Si en la década del cuarenta un conocimiento de ingeniería tardaba doce años en volverse obsoleto, hoy ocurre todo lo contrario: los nuevos conocimientos se suceden y nos impactan con una vertiginosidad apabullante.

Sin embargo, y para complicar más las cosas, en relación a esto también cabe decir que las informaciones que se encuentran en Internet

además suelen carecer de una datación clara y precisa, con lo cual es común que surjan errores relacionados con tomar por actuales informaciones que en verdad pertenecen al pasado.

Disociación entre el sistema de producción y el de enseñanza. Román, que está cursando el quinto año de la escuela secundaria, está muy preocupado por su futuro. El adolescente dice que va a seguir una carrera que no le gusta. Quiere ser contador, para ganar dinero. Y añade que, en su tiempo libre, piensa dedicarse a lo que en verdad a él le atrae mucho más: las matemáticas puras.

Muchos chicos piensan como Román. En ellos se refleja la disociación que existe en nuestra sociedad entre lo que valora el sistema de producción, cuyo objetivo es económico, al igual que las retribuciones que en definitiva ofrece, y lo que idealmente valora el sistema de enseñanza, que es la adquisición de un conocimiento puro.

En los últimos años hemos visto nacer una cultura especulativa que ha suplantado el modelo basado en el esfuerzo y el ahorro. Esto impacta en los jóvenes, que por lo demás observan cómo el conocimiento adquiere un valor utilitario.

En la práctica profesional resulta que hay que teorizar menos y resolver rápidamente situaciones concretas, con criterios pragmáticos. Y esto no tiene nada que ver con lo que la escuela enseña. De hecho, lo que la escuela enseña se desacredita rápidamente en una sociedad pendiente del éxito económico.

Es muy difícil resolver esta cuestión. Román trata de hacerlo desdoblándose. En ese esfuerzo pierde energías, creatividad, esperanzas. Pero también las pierde la sociedad que deja de recibir el entusiasmo y la entrega de alguien que podría realizar sus potencialidades con alegría.

Como vemos, muchas veces el impacto del cambio en los valores desgarran a los adolescentes y los lleva a la necesidad de disociarse. Sin embargo, Román y otros chicos como él tienen derecho a que la sociedad les brinde lo que necesitan. Con la construcción de un proyecto más armónico se podría evitar el actual divorcio entre el sistema de estudios y el sistema de producción.

Recapitulando algunas cuestiones, las nuevas tecnologías de comunicación hacen posible mantener vínculos directos e indirectos con un número cada vez mayor de personas y sin que importen las cuestiones geográficas, pero nos alejan de las formas tradicionales de estudiar y de entender la realidad e impactan en nosotros de un modo que resulta difícil de evaluar por el momento.

A los jóvenes les preocupa descubrir que la necesidad de actualización hoy es permanente, y que el aprendizaje debe durar toda la vida pues los conocimientos se envejecen aceleradamente.

La formación universitaria ha pecado siempre de teórica. Por eso la sola consecución del diploma no ayuda a conseguir trabajo. En los potenciales empleadores existen de hecho muchas dudas acerca de la eficiencia laboral de los graduados.

Esto conduce a una situación paradójica: los egresados no consiguen trabajo porque carecen de experiencia. Y como no consiguen trabajo, nunca pueden adquirir la experiencia necesaria para alcanzarlo. La gente joven sabe que las cosas son de este modo, y este conocimiento no constituye la mejor motivación para encarar una carrera universitaria, larga, dificultosa y en definitiva incompleta, ya que requiere eventualmente continuar con un posgrado.

El posgrado puede resultar entonces necesario y funcionar de hecho como un buen pasaporte al mundo laboral. Esto es muy claro en el área de economía, finanzas y administración, pero es extensivo a todas las ramas del conocimiento.

Los alumnos saben que saben poco. Cuando se acerca el momento de entrar a la universidad, los jóvenes experimentan el temor de no estar bien preparados para estudiar, para investigar o para relacionar sus conocimientos. Por este motivo tienen miedo a fracasar en sus estudios.

Debemos tener presente que el principal recurso de un país no son ni sus campos feraces ni sus ríos caudalosos, sino sus habitantes. De su capacidad y conocimientos depende la posibilidad de generar, conservar e incrementar el capital provisto por la naturaleza.

Los países árabes, por ejemplo, a pesar de la riqueza derivada de los altos precios del petróleo, no lograron salir del subdesarrollo porque no educaron a su gente.

Ya lo dijo con claridad Sarmiento, en cuya época sí existía una política educativa a largo plazo (aunque centrada en la educación primaria): "El poder, la riqueza y la fuerza de una nación dependen de la capacidad industrial, moral e intelectual de los individuos que la componen."

La planificación en el área educativa es una necesidad imposterizable de todo país que apueste al futuro.

Este es un compromiso que el país debería asumir. Y es una deuda pendiente con la juventud que, cuanto antes, debería ser saldada.

Bibliografía

- **Carballo, M.:** *Los argentinos creen cada vez menos en la política.* Diario La Nación, Buenos Aires, 13 de enero de 1996.
- **Centro Interuniversitario de Desarrollo:** *Educación Superior en Iberoamérica.* Informe 2007.
- **Diario Clarín:** *Malos resultados para la educación argentina en una evaluación internacional.* Buenos Aires, 7 de diciembre de 2010.
- **Diario La Nación:** *Menos egresos universitarios.* Buenos Aires, 16 de septiembre de 2011.
- **Diario La Nación:** *Nuevo secundario con viejos problemas.* Buenos Aires, 22 de febrero de 2011.
- **Diario La Nación:** *Los argentinos observados bajo una lente intelectual.* Buenos Aires, 17 de julio de 1990.
- **Diario Página 12:** *Contra la deserción escolar.* Buenos Aires, 5 de septiembre de 2009.
- **Gergen, K.:** *El yo saturado.* Ed. Paidós, Barcelona, 1992.
- **Guía de Estudios Universitarios y Terciarios.** Guías de Estudio Ediciones, Buenos Aires.
- **Guadagni, Alieto:** *Deserción, desigualdad y calidad educativa.* Informe especial 415, Econométrica S.A., Buenos Aires, 2011.
- **Jaim Echeverri, G.:** *¿Quién dice que los estudiantes no comprenden lo que leen?* Diario La Nación, Buenos Aires, febrero de 1994.
- **Laing, R.:** *Experiencia y alienación en la vida contemporánea.* Ed. Paidós, Buenos Aires, 1973
- **Rodríguez, S.:** *La jubilación de los programas.* Diario Página 12, Suplemento de Educación, Buenos Aires, 20 de setiembre de 1992.
- **Secretaría de Políticas Universitarias (SPU):** *Las estadísticas universitarias avances para el 2010.* Ministerio de Educación de la Nación. www.me.gov.ar/.../estadisticas.../Anuario2008.pdf
- **Terragno, Rodolfo:** *La Argentina del siglo 21.* Editorial Sudamericana Planeta, Buenos Aires, 1986.

Fragmento de la última entrevista.

Orientadora: Bueno, hemos llegado al final de nuestro trabajo. ¿Qué pensás?

Juan Ernesto: Creo que elegí bien. No es la carrera perfecta, como yo había soñado, pero es la mejor para mí.

Orientadora: La carrera perfecta no existe. Pero saber lo bueno y lo malo de la elección que hiciste te puede evitar fracasos y desilusiones más adelante.

Juan Ernesto: ¡Claro! ¿Sabés algo? Me pone un poco triste pensar en las cosas que descarté... No voy a ser ni médico ni ingeniero, como muchas veces había pensado.

Orientadora: Cuando elegimos, hay opciones que quedan en el camino. Y eso duele.

Juan Ernesto: Sí, pero también estoy contento. Me preocupaba no saber qué iba a estudiar. Además todo esto me sirvió para conocerme mejor. Ahora me siento más seguro para enfrentar las otras elecciones que vengan.

Orientadora: Es verdad, tendrás que tomar otras decisiones. Primero en la Facultad: cátedras, materias optativas, especialidad. Después en tu vida laboral. ¡Siempre tenemos que hacer elecciones!

Juan Ernesto: ¡Sí! Pero, aprendí a elegir mejor.

Orientadora: Ahora sólo nos resta despedirnos. No olvides que amar y ser amados, y gozar con nuestras tareas, es lo máximo que le podemos pedir a la vida. ¡Que tengas suerte y que, en el futuro, disfrutes mucho con tu trabajo!

